

Rosa Cabezaolías



Ilustraciones de
Iván Lapausa



Ayuntamiento de Madrid



Rosa Cabezaolías

Nací en el Madrid de los Austrias donde pasé mi infancia y juventud.

Estudié y trabajé durante muchos años en Desarrollo de Software. Fui pionera en esta profesión, no solo por lo nueva que era, sino por lo poco representadas que estábamos las mujeres.

Soy una lectora insaciable y durante mucho tiempo compaginé mi trabajo con mi otra gran pasión, la escritura.

En 2016, dejé mi profesión y me dediqué de lleno a la escritura. Me he especializado en literatura infantil y juvenil. Escribo sobre problemas actuales de los jóvenes mezclado con algo de fantasía.

Desde verano de 2018, llevo un blog (rosacabezaolias.com) dirigido a adolescentes. En el blog recomiendo lecturas, películas y sitios que visitar.

Tengo dos novelas publicadas: *El café de los gatos* (2019) y *El mundo de las parejas perdidas* (2020).

Esta novela ha sido una de las ocho finalistas en el II Premio Liliput.

Todos tenemos una historia

TANPASA

758327

Ayuntamiento de Madrid

Nº
CAB
tod

Todos tenemos una historia

TANDAIA

R. 401858327

Ayuntamiento de Madrid

Todos tenemos una historia

AYUNTAMIENTO

R. 401828254

Ayuntamiento de Madrid

N
CAB
tod

Rosa Cabezaolías

Todos tenemos una historia

TANDAIA

R.40.1858327

Ayuntamiento de Madrid



Cepa_082

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

© Rosa Cabezaolías

© Tandaia, s.c.

Cidade da Cultura - Edificio CEM - Monte Gaiás s/n
Santiago de Compostela
15707 A Coruña

Mail: tandaia@tandaia.com
www.tandaia.com

ISBN 978-84-18988-00-4
Depósito legal: C 1317-2021

Diseño de cubierta: © Tandaia
Imagen de cubierta: © Iván Lapausa
Imágenes interiores: Iván Lapausa

Diseño y maquetación: Tandaia, s.c.
Imprime: Ulzama

Muchas gracias a todos los que habéis
aprobado este proyecto destacando a:
Dago, Bernao, Beatriz Canal Boya,
Paloma Cardona Cabezasolles, María
Jesús Cardona Cabezasolles, Alejo,
Gasper y Tolino, Los Madrigales.



Cepa (32)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita algún tipo de copia de esta obra (www.cedro.es; 91 702 19 70 / 92 272 04 47).

© Rina Cabanillas

© Tardío, S.L.

Ciudad de Cultura - Edición CEM - Monte Ulloa s/n

Santiago de Compostela

15701 A Coruña

Mail: ventas@tardio.es

www.tardio.es

ISBN 978-84-1888-033-3

Depósito legal: C/317-0371

Diseño de cubierta: T. Tardío

Impresión de cubierta: C. Iván Lapuerta

Impresión interior: Iván Lapuerta

Tipografía y maquetación: Tardío, S.L.

Impresión: Tardío

Muchas gracias a todos los que habéis apoyado este proyecto destacando a: Bego Bernao, Beatriz Canal Bravo, Paloma Cardona Cabezaolías, María Jesús Cardona Cabezaolías, Alejo, Gaspar y Telmo, Los Madrigales.

Muchas gracias a todos los que habéis
apoyado este proyecto durante la
última semana. Desde el Ayuntamiento
de Madrid, Carlos Caballero, María
José Caballero, Carlos Caballero, Aitor
Cáceres y Teresa Los Angeles.

LA VELIS. SOY GATA

Para todos los seguidores de la saga
El café de los gatos y en especial a Betty,
mi fan número 1.

Estoy debajo de la cama y he encontrado varios
los juguetes que había perdido. Si no quiero que
mi mamá se enfada, ya puedo recogerlos y ponerlos
en el lugar de donde los encontré.

La que estoy en mi forma de gato voy a aprove-
char para sacar todo fuera y ya lo recogeré luego
como jolia.

Digo los pases de mi madre. ¿Vendrás a mi ho-
bitación? Voy a ir a ver a ser humano por el amor.
Me conocen en jolia, pero soy un poco alborotado
y me cuesta hablar. Cuando estoy en esta situación de
cuerpo me precede al cambio, pero grito el pitillo
que me va a dar tiempo a transformarme. Vuelvo a
ponerme lista y salgo sobre mis cuatro patas.

Me quedo asustada mirando a la puerta y me
gusto debajo de la cama, justo antes de que aparez-
ca mi madre en la habitación.

La veo desde mi escondite, mirando extrañada.
No sé si es mejor que esté lista sola en la habitación
o que no haya nadie antes de que empiece a

Para todos los seguidores de la saga
El año de los gatos y en especial a Betty
mi león número 3.

1. A VECES, SOY GATA

Ya llevo un año en la casa nueva y vuelvo a tener todo revuelto. Y eso que me prometí mantener el orden después de la mudanza.

Estoy debajo de la cama y he encontrado todos los juguetes que había perdido. Si no quiero que mamá se enfade, ya puedo recoger o se romperá el pacto de no invasión que hemos hecho.

Ya que estoy en mi forma de gata, voy a aprovechar para sacar todo fuera y ya lo recogeré luego, como Julia.

Oigo los pasos de mi madre. ¿Vendrá a mi habitación? Voy a volver a ser humana por si entra. Me concentro en Julia, pero estoy un poco alterada y me cuesta hacerlo. Cuando noto esa sensación de crecer que precede al cambio, veo girar el pestillo. ¡No me va a dar tiempo a transformarme! Vuelvo a pensar en Leia y caigo sobre mis cuatro patas.

Me quedo aterrada mirando a la puerta y me meto debajo de la cama, justo antes de que aparezca mi madre en la habitación.

La veo desde mi escondite, mirando extrañada. No sé si es mejor que esté Leia sola en la habitación o que no haya nadie. Antes de que empiece a

buscar, salgo y le dirijo una mirada tierna a la vez que maúllo como protestando, porque Julia me ha dejado abandonada.

Se agacha y sacude las pelusas que se me han pegado al lomo, mientras me dice:

—Leia, dile a Julia, cuando la veas, que ya está el desayuno.

Contesto con un maullido y sale de la habitación. No se ha extrañado de ver a Leia y no a Julia. ¿Pensará que estoy en el baño? Esta vez ha salido bien, pero tengo que tener más cuidado...

No quiero ni pensar en lo que pasaría si me pillan convirtiéndome, aunque, a veces, tengo la sensación de que lo sabe. Si este poder lo he heredado de la abuela, es posible que lo conociese, pero no sé cómo hablarlo con ella. Sería un poco raro, no me imagino diciendo: ¿sabes, mamá? A veces, soy gata.

Creo que esto empezó con un peluche de una gata tricolor que me regaló la abuela antes de morir. Lo tuve conmigo en un sitio de honor hasta un día en que tenía que hacer una prueba de Educación Física en el instituto. Estaba preparando el chándal para el día siguiente, cuando me fijé en el peluche. Lo tomé en mis manos, miré a sus ojos de cristal y le dije:

—Ya me gustaría ser gata de verdad. Así sería ágil y grácil y no tan torpona como soy.

Y sucedió. Noté como si me estuviese mareando. Estaba parada delante de la estantería y todo empezó a desaparecer. Cerré los ojos y sentí como si me

estuviese derrumbando. Noté que el peluche caía y yo me precipité hacia delante, hasta quedarme a cuatro patas. Abrí los ojos y me miré las manos.

¡Eran garras! Eso sí, monísimas. Eran blancas por abajo y, según miraba hacia arriba, veía pelo naranja y manchas negras.

Y lo malo vino después, cuando quise volver a mi forma humana. Saltaba, maullaba, daba vueltas en círculo, pero no lo conseguía. Entonces, intenté tranquilizarme, me quedé quieta, cerré los ojos y me imaginé a mí misma como Julia y así lo conseguí.

Ahora, cierro los ojos, me concentro en mi forma humana y noto como si fuese creciendo a la vez que mis patas delanteras se separan del suelo. Me miro en el espejo y me quito algunas pelusas que se me han quedado enredadas en mi melena roja.

Bajo a desayunar pensando en lo afortunada que soy por poder hacerlo en un sitio tan chulo. Con la crisis, papá y mamá se quedaron sin trabajo y aprovecharon el local que tenía la abuela para abrir una cafetería. Está situado en el Madrid de los Austrias, uno de los barrios más antiguos de Madrid, lleno de palacios y leyendas. Por eso, nos tuvimos que venir a vivir aquí desde Las Rozas. Aunque al principio no lo pasé muy bien, ahora estoy contenta con el barrio, mis amigos y nuestra cafetería, que en la parte de abajo tiene un salón con gatos donde la gente puede venir a tomarse un refresco y mimarlos.

Desde el local de la cafetería, se puede subir a nuestro piso, así que podemos desayunar y comer ahí, como si fuésemos clientes.

Cuando llego, ya están papá y mamá esperando en la mesa. Qué poco me queda de estos desayunos tranquilos. A partir de mañana, que empieza el instituto, tendré que ir más deprisa. Estamos todos mirando al plato y pensando en nuestras cosas, cuando papá rompe el silencio:

—Julia, ¿te acuerdas de lo nerviosa que estabas el año pasado por estas fechas?

—Nerviosa..., no, estaba más bien aterrada. Era todo nuevo: el instituto, los chicos, el barrio.

—Pero, no contabas con Iván y los demás chicos —interviene mi madre.

Sí que fue una suerte encontrarme con Iván al que conocía de la escuela infantil. Además de presentarme a todos sus amigos, nos hemos hecho inseparables.

He debido de sonreír, porque mamá me dice:

—Vaya, Julia! ¿Pensabas en él? Cada día está más mono ¿verdad?

He notado cómo me ardían las mejillas. He debido de ponerme colorada como un tomate. Voy a hacer como que no la he oído, aunque papá y ella se miran y sonríen.

—Pensaba en que parece mentira que ya vaya a empezar tercero de la ESO.

No me apetece hablar con ella sobre Iván. La verdad es que cada vez nos llevamos mejor, pero de eso a pensar en él como pareja...

—¿Siguen todos tus amigos en el instituto? —dice papá para salvarme de la encerrona.

Asiento con la cabeza y pienso que también siguen los que no son tan amigos. Celia, esa rubia engreída que me hace la vida imposible y su corte de admiradores, como Ana, su mejor amiga.

Termino de desayunar y salgo a la calle a esperar a Iván. Viene con Flecha, su perro. Es tan grande y negro que lo veo desde lejos. Va tirando de Iván para llegar cuanto antes, no sé si quiere verme a mí o a los gatos.

Mi padre sale a la puerta a saludarlos y a avergonzarme.

—Adiós, chicos. ¡Qué pareja más bonita hacéis!

—Papáaa, vale.

—Ay, hija, me refería a Iván y Flecha. ¿Qué pensabas?

Iván se ha puesto tan rojo como la camiseta que lleva. Mis padres no entienden que somos solo amigos, muy especiales, pero amigos; de hecho, es la única persona que conoce mi secreto.

Iván tiene implantes auditivos para poder oír, pero, ¡también sabe leer los labios!, esto es muy útil en nuestras aventuras.

Cuando salimos a la plaza, Iván suelta a Flecha para que corra y, mientras tanto, sigo practicando el lenguaje de signos. Desde que lo estoy aprendiendo, lo usamos para decirnos cosas sin que nadie se dé cuenta. Solo hay que tener cuidado de que no haya cerca gente que lo entienda.

Al salir del parque, nos paramos a ver un cartel con una gata tricolor. Es muy parecida a mí cuando soy Leia, aunque no hay dos gatas tricolor iguales, porque la distribución de los colores es diferente.

—¡Se ha perdido! —digo señalando el cartel.

—¡Pobre! —dice Iván—, espero que no la hayan robado como a Flecha el año pasado.

El curso pasado empezamos a ver carteles de perros desaparecidos y Flecha fue robado también. Menos mal que conseguimos rescatarlos. No creo que lo de la gata sea lo mismo. Y, además, solo hemos visto que se haya perdido una.

—¿Te imaginas que tus padres ponen un cartel de Leia cuando desapareces?

—¡Tonto!, ellos saben que Leia desaparece a menudo, no la echan de menos.

La verdad es que ya llevo dos años con este poder y cada vez me resulta más difícil que no se den cuenta de que hay algo raro, como no vernos nunca juntas.

Dejamos la plaza y vamos a las Vistillas, que es donde quedamos con todos. Allí están Patri, Fer y Ana, la inseparable de Celia.

Patri está con Brownie, su perro marrón, que también desapareció el año pasado.

Ana les está contando que, desde que volvieron de vacaciones, no ha visto a Celia, que está un poco rara.

—¡Pues como siempre!, ¿no? —dice Patri—, ¿cuándo ha sido normal?

Todos sonreímos, menos Fer, que sale en su defensa.

—¡No os paséis!, seguro que tiene sus razones para ser como es. Cada persona tiene su historia. Me gustaría conocer la de Celia. A veces es maja.

—No sabía que te gustaba —dice Ana—, si no te hace ni caso.

Todos nos quedamos mirando a Fer, que baja la vista avergonzado y solo dice:

—No es eso, pero hay que conocer a la gente antes de juzgarla.

Pues bueno, si ahora resulta que hay que conocer a Celia, pues, no es que me dé muchas oportunidades. He estado un curso completo sentada a su lado y lo único que he conseguido de ella es que se ría de mí.

Nos despedimos todos para ir a comer y no puedo evitar pensar en lo que ha dicho Fer, que cada persona tiene su historia.

Paso el resto de la tarde ensimismada con un libro de historias y leyendas de Madrid que me ha regalado don Jaime y me tiene enganchada.

Don Jaime es un vecino de la casa que vive en el ático. Ahora está jubilado, pero fue un editor muy relevante y también hijo de un escritor famoso. Por eso tiene tantos libros y recibe visitas de gente célebre. Todo el mundo, incluida mi madre le llama don Jaime, en muestra de respeto.

Con la lectura, casi no me da tiempo de preparar las cosas para el día siguiente.

Por la mañana, estoy tan excitada con el comienzo del curso que me he despertado antes de la hora. Tengo curiosidad por ver si hay compañeros nuevos y qué profes me tocan este año. Aunque da un poco de pena perder la libertad del verano, también tengo ganas de volver a estar con todos mis amigos.

Voy a aprovechar que es pronto para que Leia estire las patas. Cierro los ojos y pienso en una gata pequeña y ágil. Empiezo a notar como si cayese desde lo alto del trampolín, mis brazos van hacia el suelo y los dedos de mis manos se juntan. Abro los ojos cuando mis patas delanteras llegan al suelo. Me miro en el espejo y vuelvo a ser Leia.

Bajo las escaleras a toda prisa, pero me cruzo con mi padre, que me intercepta para acariciarme. Le ronroneo para que vea que a él también le quiero, porque tiene celos de lo bien que se lleva Leia con mi madre, ¿y con Julia? Sí, cree que Leia a quien más quiere es a Julia, aunque nunca nos ve juntas. Si él supiera...

No tengo mucho tiempo antes de que me llamen para el desayuno y me tengo que quedar en la plaza donde se sitúa la cafetería y nuestro piso. Doy vueltas correteando y saltando.

Ya hay algunas personas que van a trabajar o madres que llevan a sus niños al colegio. Cuando soy Julia, soy una plasta con los gatos y no me puedo molestar con los niños que son tan plastas como yo. Eso sí, debo tener cuidado, porque no todos son amables.

Estoy en la plaza con dos niños que me están mimando, cuando siento que me llaman, con ese sonido que todos usamos para los gatos y al que nunca acudimos:

—Pssspsss.

Como buena gata, no puedo ir a la primera, pero miro de refilón y veo a una mujer que está en la otra esquina de la plaza. Tiene una mano en la espalda, esconde algo, y con la otra me llama y me mira fijamente:

—Ven, gatita, ven, pssss.

No sé qué lleva a la espalda, pero no me da buen rollo. Es de mediana edad, quizás más joven que mi madre, pero ya tiene todo el pelo blanco, peinado muy moderno, con cresta. Lleva un vaquero desgastado y una sudadera de los chinos.

Como no le hago ni caso, se acerca a mí y a los niños muy despacio. No sé qué pretende, pero, cuando está a punto de alcanzarme con una mano, salgo corriendo y me subo por los balcones del bloque que está al otro lado de la plaza. Llego al ático y desde allí veo la plaza y domino todo. Me gusta esta sensación. Es como si estuviese viendo una película. Sigo mirando hasta que veo a la señora salir de la plaza. Mi sexto sentido gatuno me advierte que tengo que tener cuidado con ella, creo que no tenía buenas intenciones.

Oigo voces desde la ventana del ático. ¡Es Celia! Sabía que vivía cerca de nosotros, pero no pensaba que era justo enfrente de mi casa. Por eso sabe lo de mis padres y la cafetería. Conoce a todos los gatos

que tenemos, hasta a Leia. Dice que le gustan mucho, pero seguro que lo dice por tirarme de la lengua. Ahora tengo claro que nos vigila desde su terraza.

La curiosidad me puede y me quedo escuchando la conversación entre Celia y su madre.

—¡Qué mona te has puesto! —dice la madre—, cómo se nota que es el primer día de clase.

—¿Tú crees? —contesta Celia.

¿Será engreída? Si siempre va divina de la muerte para que todo el mundo le diga lo guapa y elegante que va.

—Pues claro —contesta la madre—, tienes tan buen tipo como yo y te he enseñado bien. Lo importante es ir siempre perfecta, vayas donde vayas. Una mujer siempre tiene que dar buena impresión. A ver si hay algún chico guapo este año.

—¡Mamá!, siempre igual. Además..., a lo mejor ya no me hace falta buscar.

Parece mentira que eso sea todo lo que le tiene que decir su madre sobre el curso que empieza. La conversación se está poniendo interesante, pero tengo que irme, que ya debe de ser la hora del desayuno.

Vuelvo a casa y subo corriendo a mi dormitorio para volver a ser Julia. Me pongo mis vaqueros nuevos y una camiseta de rayas, que me hace más delgada. Mientras me miro en el espejo y me coloco mi melena pelirroja, recuerdo la conversación de Celia y su madre. No creo que esta pinta la considerasen buena para un primer día de clase, pero es lo que hay.

En nuestro desayuno no hablamos de ropa. Hoy charlamos sobre nuestro café de gatos.

—Ya llevamos más de un año con la cafetería abierta —dice mi padre.

—Sí, cómo pasa el tiempo. Con lo preocupados que estábamos, no nos podemos quejar —añade mi madre—, y gracias a la idea de Julia, nos conocen dentro y fuera del barrio.

Sí, el café de gatos fue idea mía. De momento, solo tenemos a Luke, Blanqui, Centella y, por supuesto, a Leia, cuando quiere estar. Aprovecho para meter una cuña de algo que llevo pensando hace unos días.

—¿Habéis pensado en aumentar la población gatuna?

—No estaría mal, pero hay que hacerlo con cabeza —dice mi padre—, entre estos se llevan bien y hay que tener cuidado con los que cogemos. Si decidís hacerlo, podríais ir a la misma asociación donde adoptasteis a Blanqui y a Luke.

No digo nada, pero mi madre me mira y dice:

—Pablo, creo que Julia ya tiene algún candidato. Y ya sabes que es tan cabezota como un gato.

Cómo me conoce mi madre..., ¿quizás demasiado? Pues sí, tengo un candidato, un gatito atigrado que tiene ahora tres meses o así. Su camada fue de ocho cachorros y a este su madre ha dejado de cuidarlo, porque debe de tener algún problema. Es un poco torpe, pero muy mono. Se lo cuento y me dan permiso para cogerlo y llevarlo al veterinario para que le hagan pruebas. ¡Ojalá no tenga nada malo!

Estamos terminando de desayunar cuando entra Iván y saluda a mis padres. Antes de que empiecen a interrogarlo, salgo con él y vamos hacia el instituto.

En la puerta ya hay muchos chicos esperando para entrar. Los pipiolos de primero están en una esquina y no se atreven a acercarse, mientras que los de tercero y cuarto, estamos más cerca de la puerta. Para eso somos veteranos.

Fer nos saluda con la mano y nos acercamos a hablar con él. Estamos charlando los tres cuando pasa Celia por delante, buscando a su amiga Ana, a la que no ha hecho mucho caso este verano, pero a la que ya monopoliza.

Celia nos ignora e Iván y yo también la ignoramos. Va tan mona como decía su madre y Fer se la queda mirando con cara de tonto y le suelta un tímido hola. Ella, que va cogida del brazo de Ana, lo mira con desprecio y ni le contesta. ¿Qué habrá visto Fer en Celia?

Al llegar a clase, veo que vuelvo a estar sentada con Ana y Celia. Los sitios son iguales, nosotras nos apellidamos igual y no hay nadie nuevo.

Celia sigue su conversación con Ana, hablando alto, posiblemente para que yo la oiga.

—No te he visto desde que volví de la playa, —dice Ana, cuando Celia deja un respiro—, y no he podido...

—Chica —interrumpe Celia—, estoy liadísima, tengo que contarte algo muy importante.

—Pues, fuimos a una urbanización nueva y... — intenta contar Ana.

—Tengo novio, tía —vuelve a interrumpir Celia—, y es universitario.

Esto último lo ha dicho tan alto que la han debido oír todos. Ana tiene cara de pocos amigos, Celia no le ha dejado contarle nada y acapara toda la conversación. Continúa con su charla:

—No es de Madrid y vive en Lavapiés, en un piso, con dos amigos...

Ana mira su mochila y empieza a sacar los bolígrafos sin prestar atención. Celia se enfada y le dice a Ana, esta vez en susurros:

—¡Parece mentira!, me pasa algo bueno y lo único que me demuestras es la envidia que me tienes. Pues allá tú.

Ahora están las dos enfadadas y yo miro al frente para que no lo paguen conmigo. Menos mal que entra un profesor nuevo que acapara toda nuestra atención.

Por eso Celia le ha dicho a su madre que no necesita buscar un chico guapo. Ya tiene novio y es universitario.

Pero, si está tan orgullosa de él, ¿por qué no lo conoce su mejor amiga? Han debido de tener muchas oportunidades de verse. ¿Se avergüenza de Ana o de su novio?

2. LUKE EL ESCAPISTA

Da gusto estar fuera en estas tardes de septiembre, todavía hace calor y hay mucha luz.

Ahora tenemos a todos los gatos con nosotros en la terraza de la cafetería. Papá, que es muy mañoso, ha puesto una valla alrededor de las mesas. Es a prueba de gatos y termina con una curva hacia dentro, para que no se puedan escapar.

Algunos días dejamos que nuestros felinos estén en la terraza, hay menos gente y los podemos tener controlados. Nuestros clientes gatunos están encantados, porque pueden merendar al sol y jugar con los gatos.

Lo malo de esta genial idea de mi padre es que no puedo escaparme como Leia. Si no pueden salir los gatos, yo tampoco, a no ser que le eche morro y les pida que me abran la puerta.

Para poder seguir teniendo independencia o, lo que es lo mismo, salir y entrar cuando quiera, he hecho un agujero en la parte baja de la valla, justo en un sitio que está tapado con una jardinera y no se ve. Si papá supiese que he saboteado su recinto seguro de gatos...

Estoy sobre mis cuatro patas con Luke, Centella y Blanqui haciendo la pelota a los clientes y deján-

donos acariciar. Para mis padres, Julia se ha ido a pasear con Iván y Flecha, así que puedo retozar a gusto.

Aprovechando que los gatos están entretenidos, me escondo detrás de la jardinera y salgo por el agujero a la calle. Según estoy saliendo, oigo a mi padre:

—Mira, Carmen, ahí va Leia, otra vez de paseo. No sé cómo ha hecho el agujero. Yo juraría que no estaba antes.

—¿Cómo lo va a hacer Leia? —contesta mi madre—. Estaría en la valla y no te fijaste. Espero que no lo vean el resto de los gatos.

—Si lo supieran, ya se habrían ido más de una vez —dice mi padre.

Y yo que creía que los estaba engañando. ¡Qué listos son los padres!, no se les escapa nada. Bueno, pues, si tienen asumido que Leia puede salir, aprovecharé esta tarde de libertad, ahora que no tenemos deberes.

Desde la plaza, subo a la terraza del ático de Celia, por si pasa algo interesante. Según estoy trotando por los tejados, veo que está todo cerrado. En el fondo, prefiero no ir, como Julia me siento mal espiándola, pero como gata no puedo evitarlo.

Me subo al tejado de su casa y desde allí veo toda la plaza: nuestra cafetería, el colegio San Ildefonso y el jardín Príncipe de Anglona que está en la esquina contraria.

Con mi vista felina distingo en el jardín a la gata atigrada marrón con sus cachorritos, y recuerdo

que me han dado permiso para coger a uno de ellos. Desde aquí arriba, distingo a la madre y una melé de gatitos, pero no veo si entre ellos está el mío.

Me encanta esta sensación de dominar todo desde aquí arriba y que nadie sepa que les estoy viendo. Y, los saltos de tejado en tejado cada vez se me dan mejor, pero voy a acercarme donde está la gata, para ver si sigue ahí mi futuro fichaje.

Veo a la madre tumbada con sus gatitos. El que yo quiero no está con ella y permanece separado del resto. Está muy delgadito y tiene un ojo cerrado. Debe tener infección. Al acercarme, intenta correr, pero no coordina bien sus patas, se tropieza y se cae. Todos los cachorros se han escondido menos él, que me mira con su único ojo sano, como pidiendo ayuda.

Está tan débil que apenas puede correr. Creo que es el momento de que intervenga Julia.

Me voy a un portal cercano a esconderme para convertirme, el primero que he visto abierto.

Cierro los ojos, pienso en Julia, grande, grande y enseguida noto cómo se levantan mis patas delanteras y se eleva mi cabeza. Cuando entré, la luz estaba apagada, pero al abrir los ojos, está encendida. Oigo pasos bajando la escalera que da al portal. ¡Serán del que ha encendido la luz! No creo que haya podido ver nada del cambio, pero, aun así, me quedo petrificada mirando hacia la escalera.

Aparece la extraña mujer que llamaba el otro día a Leia. Me mira sorprendida, pero no dice nada. Yo susurro un hasta luego y me voy corriendo. Me ha

dado un escalofrío al cruzarme con ella. Mi sentido gatuno me dice que esté alerta.

Ahora que tengo manos, ya puedo volver por el cachorro. Sigue separado de sus hermanitos, que están mamando de la madre. Con él hay otra gatita de la camada, pero a esta se la ve bien.

Me acerco despacio, lo cojo y lo meto en una caja de cartón pequeña que he encontrado en la basura. Esto ha sido fácil, comparado con lo que viene ahora. A ver cómo lo cuento en casa. No se van a creer que me he tropezado, por casualidad, con una caja en la que había un gatito dentro.

Bueno, vamos allá, al fin y al cabo, me habían dado permiso para cogerlo. No creo que se enfaden mucho por no haberles dicho que iba a por él.

Cuando llego a la terraza, veo a mi padre que lleva en brazos a uno de los gatos. Ya está anocheciendo y los van a llevar a su habitación del sótano.

—Hola, ¿y Leia? —saludo con mi mejor sonrisa y las manos a la espalda con la caja.

Lo de preguntar por Leia lo hago por disimular y para que no piensen cosas raras. Aunque, ¿cómo van a pensar que yo me convierto en gata?

Me saludan y me cuentan que Leia se escapó.

—¿Tú sabías que en la valla había un agujero? —me interroga mi madre.

Qué directa ha sido. Por supuesto, contesto que no y les pregunto si lo van a cerrar, pero me dicen que, mientras no se escape ninguno de los otros, lo dejan así.



Toda esta conversación la he tenido con la caja de cartón escondida a mi espalda. Veo que mi madre me mira con cara de curiosidad y le enseño la caja.

—Mamá, mira. Tengo el gatito que te dije. Está muy delgadito y tiene un ojo mal.

Mi madre sonrío y me dice:

—Y, claro, se ha metido él solo en la caja para que pudieses traerlo.

—Bueno, nooo —digo—, pero no ha protestado.

Lo sacamos con mucho cuidado y él no intenta escaparse. Está muy debilucho y nos mira con su ojo de tuerto muy abierto.

Entre las dos le limpiamos la infección con suero y no parece que el ojo esté afectado, pero no consigue abrirlo del todo. Le damos de comer pienso mojado en agua y parece que se recupera un poco.

—Hay que aislarlo del resto de los gatos y mañana lo llevamos al veterinario.

Cuando son tan pequeños es difícil saber si son macho o hembra. Yo creo que es macho, pero, hasta que lo comprobemos, decidimos llamarle Pitu.

Mientras estábamos entretenidos con Pitu, hemos perdido de vista a los otros gatos. De pronto, veo que está solo Blanqui.

—Mamá, ¿Luke y Centella están en el sótano?

En ese momento, sale mi padre que nos oye y dice:

—Centella está en el sótano. Ahora bajo a los otros dos.

Entonces miramos los tres y vemos que Luke ha desaparecido.

La he liado parda con lo del agujerito... Ahora tenemos un siamés travieso desaparecido.

Salimos los tres a buscarlo por la plaza. Lo llamamos, miramos debajo de todos los bancos, pero no lo vemos. Preguntamos a la gente que está paseando, pero nadie lo ha visto. ¿Dónde se habrá metido?

Mis padres quieren volver a casa, pero yo me niego. Ha sido culpa mía que se escapase y puede estar en peligro. Nunca ha salido a la calle y le puede haber pasado algo.

Mi madre intenta convencerme para volver a casa:

—Los gatos se saben orientar y él sabe que aquí está bien. ¿No vuelve siempre Leia?, pues Luke también.

Sigo insistiendo a mi madre en seguir buscándolo. Le digo que están desapareciendo gatos, que hemos visto un cartel de una gata tricolor perdida. He estado a punto de contarle lo de la mujer extraña que me llamó el otro día, pero me he dado cuenta de que eso me pasó como gata y me callo.

Mi madre, la muy insensible, me dice que no me preocupe, que una noche al raso le servirá para apreciar lo que tiene. Pero, veo que se ha quedado preocupada, porque ya no sonrío.

—Luke estará bien —me dice—, sabe esconderse y no es tan atrevido con la gente como Leia. Con esa sí que tienes que tener cuidado.

—Pero, mamá —protesto—, Leia hace lo que quiere, yo no puedo cuidarla.

Se queda mirándome como queriendo recriminarme, pero al final solo dice:

—Yo solo te advierto de que hay que tener cuidado con ella, que a mí lo que me han contado es que están desapareciendo gatas.

—Pero, mamááá, si el que está perdido es Luke. Qué tiene que ver que sea macho. Por favor, vamos a dar otra vuelta por si lo vemos.

Pero, por más que le suplico, no me deja seguir buscándolo y encima se está enfadando.

—¡He dicho que no!, que volverá. Y que Leia no salga de noche.

Pues, vaya bronca más tonta que me he llevado.

En la cena estamos pendientes por si oímos maullar o hay algún ruido raro en la terraza, pero Luke no vuelve.

Aunque mi madre no esté preocupada, yo sí lo estoy. Cuando acabamos de cenar, alego que estoy cansada y me voy a mi habitación. Pero, cuando ya me he levantado de la mesa, mi madre me dice:

—Recuerda lo que te he dicho de Leia, que no salga por la noche.

—Valeeee —digo con resignación—, pero ahora mismo no sé dónde se ha metido.

Cuando estoy entrando en mi habitación, oigo a mi padre:

—Carmen, que Leia es casi una gata callejera. Julia no puede hacer nada para que no salga.

Mi madre suspira y dice:

—Pablo, es que... ¡Hombres!

En mi habitación me convierto en Leia. Antes

pongo la almohada debajo de la sábana, por si vienen a ver si estoy dormida.

Como no puedo pasar por delante de mi madre, me escapo por la ventana. Aunque sea una gata ágil, me da un poco de miedo saltar, pero siempre caigo sobre mis cuatro patas y nunca me hago daño.

Antes, con los nervios, no me he acordado de comunicarme con Luke con imágenes y sensaciones, como lo hago habitualmente con los gatos y los perros.

Ahora sí, transmito a Luke sensación de bienestar y la figura de la habitación de los gatos con sus cunitas y sus cuencos de comida.

Pero, por más que me concentro, no recibo nada de él. Debe de estar escondido en algún sitio.

Voy a ver si desde arriba puedo verlo mejor. Subo al tejado de la casa de Celia, que es la más alta de la plaza y miro atentamente todos los alrededores, incluso las calles que hay por detrás de la casa, pero no lo veo.

De repente, unos gritos me llaman la atención. Son de un hombre y una mujer. Creo que los que discuten son los padres de Celia. Bueno, si se puede llamar discutir a los gritos que está dando el padre por no sé qué de un traje y las disculpas de la madre, que solo dice:

—Perdona, perdona, mañana voy por él al tinte. Hoy no he tenido tiempo.

Oigo un portazo y ahora oigo a Celia, que debía estar con ellos. Le dice a su madre que no soporta que su padre se ponga así, pero ella lo defiende:

—Celia, cariño. Es que está muy nervioso y cansado. Y venía pensando en ponerse ese traje para una reunión muy importante que tiene mañana. No se me tenía que haber olvidado.

Pobre Celia. Si ella supiese que he oído todo esto, se moriría de vergüenza.

Bueno, yo tengo otros problemas. Tengo que encontrar a Luke. Sigo sin ver nada desde aquí arriba, así que vuelvo a bajar y me quedo en medio de la plaza. Me concentro en Luke para ver si me llega alguna sensación suya, pero me llegan imágenes de mi casa y mi cama y una sensación de tranquilidad. Luke no conoce mi habitación. Esto no viene de él. ¿Quién puede estar transmitiéndome esto?

Me vuelvo hacia la cafetería y en la puerta veo una gata tricolor como yo, pero adulta.

Me está mirando fijamente. Nunca la he visto en mis paseos. ¿Será nueva en el barrio?

Puede haber visto a Luke, así que me dirijo hacia ella, pero sale corriendo y desaparece.

He tenido demasiadas emociones esta noche. Me resigno a que Luke pase la noche fuera. Voy a la ventana que da a la habitación de los gatos y veo a mi madre con ellos. Me quedo esperando a que se vaya, pero está muy entretenida. Entonces, me fijo en que Luke ya ha vuelto. Está en su cunita con cara de gato bueno mirando a mi madre, que le dice:

—Luke, no seas trasto. Tienes que cuidar mucho de Leia. Es peligroso que salga fuera y menos de noche. Están pasando cosas raras.

Y luego, la loca de los gatos soy yo. Está hablando con Luke como si pensase que le entiende. Pero, ¿a qué peligros se refiere? Y ¿qué cosas raras?

3. EL NOVIO DE CELIA

Me desperté temprano. He tenido una noche muy agitada soñando con todo lo que pasó ayer. La ocupación de Luke, la poca libertad que me queda, la sed que le crece...

Me levanto temprano y salgo como Celia a pasear por los tejados de esta ciudad.

Entre tejados y tejados, paso por una terraza y me voy hacia el sur al río. En la zona de Celia, al ir a salir al siguiente tejado, la veo a través de una ventana, como un espejo. Como buena gata, voy y me quedo mirando. Como buena gata, voy y me quedo mirando. Como buena gata, voy y me quedo mirando.

La verdad es que es bastante común. Cuando uno va a mirar a una mujer, se queda mirando. Cuando uno va a mirar a una mujer, se queda mirando. Cuando uno va a mirar a una mujer, se queda mirando.

Se está mirando a una mujer, se está mirando a una mujer, se está mirando a una mujer, se está mirando a una mujer, se está mirando a una mujer.

3. EL NOVIO DE CELIA

Me despierto nerviosa. He tenido una noche muy agitada soñando con todo lo que pasó ayer. La escapada de Luke, la gata tricolor que me vigila, la señora de la cresta...

Necesito relajarme y salgo como Leia a pasear por los tejados antes de desayunar.

Entre tejado y tejado, paso por una terraza y me doy cuenta de que es la de la casa de Celia. Al ir a saltar al siguiente tejado, la veo a través de una ventana, frente a un espejo. Como buena gata, soy curiosa y no puedo evitar quedarme a mirar. Si ella sospechase que la estoy espiando, no quiero ni pensar en lo que haría.

La verdad es que es bastante mona. Con su melena larga rubia y su tipo, todo le sienta bien. Aunque es delgada, tiene formas y las luce. Hoy lleva una falda corta y una de las blusitas de tirantes. Ha vuelto a su imagen del curso pasado; no como ayer, que iba muy bien, pero vestida como para ir a visitar a su abuela.

Se mira en el espejo y se da una vuelta para ver el efecto de la falda, que, como tiene vuelo, se levanta al girar.

Suena su móvil y se queda petrificada en el giro, lo coge, mira la pantalla y cambia de cara al contestar:

—Hola, Rubén. ¿Cómo estás?

—...

—Yo muy bien, preparándome para ir al instituto.

—...

—Pues, una falda y la blusita amarilla de tirantes, la que llevaba el otro día.

—...

—Pues claro que voy guapa. Ya verás.

Después de esta conversación, se pone una chaqueta por los hombros y se sitúa frente al espejo, coge el móvil y hace una foto hacia su reflejo. Por lo que puedo oír, manda un mensaje y recibe otro a continuación.

Está mirando el teléfono cuando vuelve a sonar.

Lo coge con cara triste y le tiembla la mano cuando se lo sujeta junto a la oreja. Se sienta en la cama, de espaldas al espejo.

—...

—Rubén, es que hace mucho calor.

—...

—La falda no es tan corta, es que tiene vuelo...

—...

—Ya lo sé. Yo también te quiero.

Se vuelve a mirar en el espejo y deja el móvil encima de la cama. Va hacia el armario y coge un pantalón pirata y una blusa de manga corta.

Se lo pone, se mira en el espejo y hace otra foto. Mira el móvil, quizás está enviando otro mensaje y luego llama.

—¿Te gusta ahora más?

—...

—Sí, cariño, guardaré lo otro solo para ti.

Ese Rubén, ¿será su novio? ¿Por qué se ha cambiado de ropa? Parece que estaba justificándose con él por lo que llevaba y se ha puesto algo más discreto, como iba ayer.

Y digo yo, ¿qué más le da a ese tal Rubén lo que lleve a clase? Ahora todas vestimos así y nadie dice nada.

Miro hacia abajo y veo a mi madre en la plaza, parece que busca a alguien. Tengo que volver, igual ha ido a mi habitación a llamarme para el desayuno y no me ha visto.

Se me eriza el pelo pensando en lo que pasaría si Celia supiese que he visto todo.

Salto por los balcones y llego corriendo a la cafetería. En la plaza, me cruzo con mi madre, que sonrío y dice:

—Leía, trasto, ¿dónde estabas?

Subo saltando las escaleras de cuatro en cuatro. Entro a mi habitación y vuelvo a ser Julia enseguida.

Me pongo la ropa que dejé preparada: un pantalón blanco y una camiseta de manga corta. Menos mal que yo no tengo que pedir la aprobación a nadie.

Después de desayunar, me encuentro con Iván y vamos juntos al instituto, como siempre.

Por el camino vemos llegar a Ana. Antes intentaba parecerse siempre a Celia, pero es todo lo contrario: morena con el pelo muy rizado, mucho más baja que Celia. Todavía parece una niña y está tan

delgaducha que la blusa le queda como si le sobrasen dos tallas.

Cuando la saludamos, vuelve a hablarnos de Celia:

—¿Viste cómo se puso ayer?

Debe de estar muy enfadada con ella, porque antes siempre la defendía y ahora no hace más que criticarla.

Como yo fui testigo del enfado entre las dos, me involucra en su guerra.

Yo disimulo y hago como que no me di cuenta de su discusión. A pesar de todo, ella sigue.

—Es que está tonta con su nuevo novio universitario.

Esto último lo ha dicho con retintín, imitando el tono de Celia cuando lo cuenta.

Aunque ya me lo imagino, pregunto:

—¿Se llama Rubén?

—Claro, hija, si no para de hablar de él, ¿verdad?

Seguimos caminando y yo intento cambiar de tema hablando con Iván, pero Ana no me deja.

—Pues, fíjate —continúa—, Celia se ha enfadado conmigo por poner fotos de nosotras dos en las redes sociales.

Y sigue contándome que puso unas fotos del año pasado con unos chicos que conocieron en uno de los viajes del instituto y que Rubén ha regañado a Celia por eso, aunque fuesen fotos de antes de conocerla.

Pues, si eso es lo que trae lo de tener novio, creo que es mejor pasar.

Cuando llegamos a clase, veo a Celia con el segundo atuendo que eligió. Ana la saluda al sentarse,

pero ella ni levanta la cabeza, porque está mirando fijamente al móvil.

Las clases de este curso prometen ser muy interesantes y diferentes a las del curso anterior. En concreto, la de Teatro me apetece mucho. Igual se me cura la timidez extrema que padezco. Me convenció Iván para que me apuntase con él. No creo que me den papeles principales, con lo sosa que soy, pero la verdad es que no me importa.

Estos primeros días de clase son fáciles, todo son presentaciones, planes y cosas nuevas, y cuando suena el timbre del final, alucino con lo rápido que ha pasado el día.

Hoy Iván no me acompaña a casa, porque tiene que ir por Flecha para llevarlo a revisión al veterinario. Como hace muy bueno, me escondo en un portal y salgo en mis cuatro patas, trotando por las calles. Estoy parada delante de los coches aparcados enfrente del instituto. Veo a mis compañeros, que están todavía charlando y despidiéndose. Está también Celia, que agita la mano mirando hacia donde estoy yo.

¿Celia saluda a Leia? Alucino, aunque sea verdad que le gustan los gatos, no creo que saludase así a Leia. Estoy todavía pasmada, cuando oigo a un chico gritar detrás de mí:

—¡Ya te he visto!, date prisa que no tenemos todo el día.

¡Vaya!, pues no me saludaba a mí. Celia echa a correr hacia donde estoy yo. Me vuelvo y veo un chico algo mayor que nosotras con una moto, que

mantiene arrancada, mientras sigue increpando a Celia con la mano para que se apresure.

¡Qué borde!, este debe de ser el tal Rubén. No la ha dejado ni despedirse de Ana ni de nadie.

Me escondo detrás de un coche aparcado para que no me vean ninguno de los dos. Celia conoce a Leia y a ese Rubén prefiero que no me lo presente.

Cuando llega Celia, va a darle un beso, pero él se aparta y le da un casco que lleva en la mano.

—¡Vamos!, que tengo prisa. ¡Los cariñitos los dejamos para luego!

Ella coge el casco, se lo pone y se monta detrás de él. Se supone que debería estar contenta, pero no sonrío, él no ha sido muy amable con ella. ¡Pues vaya novio!

Antes de salir, se vuelve hacia atrás, mirando al grupo de chicos que está en la puerta del instituto y le dice:

—¡Vaya panda de niñatos!, espero que no te vuelvas a entretener con ellos. No están a tu nivel.

¿Qué se habrá creído este tipo? En ese grupo que ha criticado están Ana, Fer y Patri. No me extraña que Ana diga que ha cambiado.

Salen haciendo un gran estruendo con la moto y me llegan los humos del tubo de escape. Pues, nuestros amigos no serán de su nivel, pero su moto necesita un arreglo. Me ha puesto perdida con el hollín que desprendía al arrancar.

Llego a la cafetería, pero todavía es pronto para volver, así que me quedo jugando en los setos que rodean la plaza. Me revuelco para dejar mi olor,

cuando me llega una imagen mía jugando con Luke. Miro hacia la cafetería y lo veo salir otra vez por el agujero. Mi padre dijo que si se escapaba algún gato lo cerraba, pero sigue abierto.

Intento comunicarme con él para que vuelva. No quiero tener que estar buscándolo otra vez, como ayer.

Salgo de los setos despacio y lo busco, pero ya no lo veo. Estoy mirando hacia la cafetería, cuando algo cae encima de mí y me da la vuelta poniéndome panza arriba. Es Luke, el siamés loco, que me ha derribado para jugar. Me tiene inmovilizada con sus patas en mi barriga. Me revuelvo y le aprisiono yo a él. Empiezo a lamerle la cabeza, que es lo que está buscando, pero sale corriendo y lo pierdo de vista.

¡Se ha vuelto a escapar! No fue buena idea lo del agujero, este gato nos va a dar más de un disgusto.

Me concentro para comunicarme con él y pedirle que vuelva, pero no percibo nada. No sé dónde se ha metido y ya se me está haciendo tarde para llegar a casa. No puedo retrasarme más. Tendré que pedir ayuda a mis padres para buscarlo.

Me dirijo hacia casa, cuando me tropiezo con la mujer extraña del otro día. Esta vez veo que lo que lleva en la mano es una manta de las que se usan para las mascotas.

—Ven, gatita —dice, no te va a pasar nada.

¡Me ha pillado desprevenida y no tengo salida! Estoy en un rincón de la plaza y ella justo enfrente viene a por mí. Me mira fijamente, a la vez que se

acerca. Erizo el lomo y la cola y gruño para asustarla, pero no lo consigo. Por la derecha, veo sitio e intento correr hacia allí, pero noto que me cae algo encima. Debe ser la manta que llevaba, no veo nada y me revuelvo para salir, pero no encuentro hueco y mis patas se enredan en la manta, que huele a otros gatos. Empiezo a aullar para asustarla o para que me oiga alguien, pero noto sus manos sobre mi cuerpo. Me agarra y me levanta con manta y todo. Me muevo, desenvaino las uñas, pero no consigo nada, solo engancharme en la tela y enredarme más. ¿Y nadie se da cuenta de lo que está haciendo?

Noto que va andando conmigo en brazos. Si consigue llevarme a su casa, ya será tarde. Ya que las personas no me ayudan, voy a tratar de comunicarme con mis gatos. Al percibir que me relajo, la mujer me dice:

—Así, tranquila. Gatita bonita, no te va a pasar nada.

De tranquila nada, que no sé qué quiere hacer conmigo. Sigo enviando imágenes mías y de la mujer que me retiene. A ver si alguno de mis gatos la recibe.

Me llegan figuras distorsionadas de Iván y de la mujer con una manta en brazos. ¡Soy yo la que lleva envuelta! Creo que es Flecha el que se está comunicando conmigo. Y va con Iván. Han debido salir ya del veterinario.

Tengo que llamar su atención y maúllo muy fuerte, como si me fuese la vida en ello.

—¿Qué lleva ahí? —la increpa Iván.

Noto que ella echa a correr, pero yo empiezo a moverme y a intentar arañarla o morderla. Chilla, se para y suelta una de sus manos.

—¡Maldito perro! —grita, a la vez que caigo al suelo.

Sigo en la acera peleando por salir de la manta, mientras oigo gritar a Iván:

—¡Flecha!, ven, ya ha dejado lo que llevaba.

Lo que llevaba debo ser yo. Flecha se ha debido poner en medio y la ha hecho tropezar ¡Menos mal que él sí se ha dado cuenta de lo que pasaba!

Noto que levantan la manta y veo a Iván. Al principio me mira con cara de sorpresa y luego con cara de preocupado. No le había contado nada de la señora y no esperaba que fuese yo la presa de la Cazagatos.

—¿Estás bien?, Leia... —dice, mientras examina mis patas, mi cabeza y mi lomo.

Yo maúllo agradecida por salvarme.

—No parece que tengas nada. Calma —dice, sonriendo.

Me suelta en el suelo y corro hacia un portal. Iván y Flecha van tras de mí. Allí vuelvo a pararme sobre mis dos piernas y me toco los brazos, que me duelen por lo fuerte que me agarraba la mujer.

Estamos en un portal oscuro con solo unos pocos buzones. Estoy revisando mis brazos cuando me fijo que Iván está parado frente a mí, un poco intranquilo. Va a tocarme, pero se queda con la mano a unos centímetros de mi cara.

—¿Qué pretendía esa mujer? —pregunta.

Yo no puedo evitar temblar, ¡qué cerca ha estado!
—No sé —contesto—, estaba muy asustada y no he percibido nada de ella. Gracias Iván.

Da las gracias a Flecha, que ha salido corriendo y me ha traído hasta aquí. Si no llega a ser por él...

Durante unos segundos, nos miramos fijamente; yo, muy agradecida, él, con ternura, preocupado. No consigo decir nada ni él tampoco. Vuelvo a temblar, esta vez es por Iván, no por la señora. Flecha ladra y se rompe la magia de ese instante.

—¡Esto es muy serio! —dice Iván—, tienes que contárselo a tus padres.

—¿Y qué les digo? —exclamo—, ¿que han intentado cazar a Leia?, ¿y cómo se supone que lo sé?

—Pues, se lo cuento yo, que he sido testigo.

—Ya... —digo más calmada—, pero van a querer encerrar a Leia...

—Pufff, tienes razón —reconoce Iván—, no se lo decimos, pero tienes que tener mucho cuidado cuando salgas como Leia.

—Igual ella ha cazado a Luke, tendríamos que investigarla.

—Pero, ¿cómo? —dice Iván.

Decidimos que preguntaremos por el barrio y yo, por mi parte, me comunico con Flecha para pedirle que investigue él también, ahora que la conoce.

—¡Por lo menos sabemos dónde vive! —concluyo—, que menudo susto me pegó el otro día cuando me la encontré en su portal.

Iván y Flecha, que son súper majos, me acompañan a casa. Cuando llegamos, nos encontramos con

Ana y Fer, que han ido a la cafetería a buscarnos para hablar con nosotros.

Han sido testigos de la forma en que Rubén ha tratado a Celia y están preocupados. Y eso que no sabían lo que ha dicho de ellos.

Nos sentamos los cuatro en una de las mesas de la terraza, con Flecha a nuestros pies.

Tanto Fer como yo contamos el suceso de la moto. Obviamente, yo lo cuento como si lo hubiese visto como Julia. Ana también lo ha visto, pero intenta disculparlo.

—Igual tenía prisa, no seáis alarmistas.

—No es solo eso —dice Fer—, sabes que no la deja salir contigo y mucho menos con el resto de la pandilla. Y tú me has contado que le dice la ropa que se debe poner.

—Yo estoy con Fer —interviene Iván—. ¿No habéis visto lo recatada que viste ahora?

—Tenemos que hacer algo —dice Fer.

—Pero, es cosa suya —exclama Ana—, no podemos meternos en su vida. Además, muchas de esas cosas son porque la quiere mucho.

—¿Pero no ves que ahora siempre está triste? —aclaro, intentando convencerla.

—Eso sí —contesta Ana—, pero creo que no debemos intervenir en su relación. ¿A vosotros os gustaría que alguien os dijese con quién deberíais salir?

—Ana —suplica Fer—, tenemos que hacer ver a Celia que tiene que tener cuidado con Rubén. ¡Solo eso!

Finalmente, decidimos hablar con ella, pero, ¿nos hará caso?, yo sé lo que le dice su madre y lo

que Rubén opina de nosotros. No creo que solucionemos nada, pero tenemos que intentarlo.

Por si no tuviese ya bastantes problemas, con la mujer Cazagatos y Luke desaparecido de nuevo, ahora tengo que convencer a mi mayor enemiga de que deje a su fantástico novio universitario.

4.- LA BÚSQUEDA DE LUKE

Con lo del del novio de Celia, me he olvidado de Luke. Anda por ahí suelto y debe estar nervioso, porque no me llega ninguna comunicación de él. Ya debe de ser la hora de la comida y tengo que dejar la búsqueda por ahora.

Llego apresurada a casa y me encuentro con mi padre en la puerta con cara de pocos amigos.

—Julia, llegas muuuy tarde. Tu comida está en la mesa. Nosotros ya hemos terminado.

No me había dado cuenta de la hora. Entre la aventura con la señora y lo de Celia, me he despistado. Claro, como cuando soy Leia no llevo ni móvil ni reloj...

Intento disculparme con lo de Luke. No me gusta mentir y prefiero decir algo de verdad.

—Es que..., he visto salir a Luke otra vez por el agujero y he estado buscándolo.

—Vaya, eso me pasa por no tapar el agujero, luego lo hago —dice mi padre.

—Claro, Pablo, y que Leia se busque otro sitio para salir —interviene mi madre poniendo cara de pícara.

—En cuanto acabe, vuelvo a salir a buscarlo —digo mientras me siento en la mesa.

Engullo la comida y subo a mi habitación. Ya me he despedido de mi madre como Julia. En mi dormitorio, vuelvo a ser Leia y bajo trotando por las escaleras. Mis padres están en la cafetería, paso a marcha felina y me tropiezo con mi madre. Con mi vista gatuna, percibo la velocidad de distinta forma. La gente moviéndose despacio parece estar parada y por eso me he chocado con ella.

—Leia, ¿estabas arriba? —dice—. Ayuda a Julia con lo de Luke. Luego iré yo también.

¿Ha dicho que va a venir? Pues, espero que no quiera encontrar a Julia.

Rastreo por todos los sitios cercanos a la cafetería, pero no lo veo ni percibo nada de él. Tengo que ampliar el terreno de búsqueda, aunque si lo ha cazado la señora esa del pelo blanco estará asustado y no podré llegar a él.

Voy a Las Vistillas, que está cerca de nuestra casa, y allí hay muchos sitios para jugar. No encuentro a Luke, pero veo a Celia y Rubén, parados al lado de la moto. Parece que discuten. Oriento mis orejas para captar sus voces.

—¡Habíamos quedado en ir a mi casa! —chilla Rubén.

—Pero..., yo te dije que, de momento, no quiero ir —dice Celia, muy bajito y mirando hacia el suelo.

—Pero, qué tonta eres, solo quiero enseñarte algo, además, vamos a estar solos —dice ya más calmado y cariñoso—. Mis compañeros de piso no están...

—Pues, por eso... Me da palo. Y tengo que volver pronto a casa.

—Pues lárgate con tu mamaíta —dice chillando de nuevo.

—Pero, íbamos a dar una vuelta, ¿no? —susurra Celia.

—Ya no tengo ganas. Lárgate —dice a la vez que tira del casco que mantiene Celia en su mano.

—Rubén... —suplica Celia.

Pero, él se pone su casco, monta en la moto y la pone en marcha.

Celia se le queda mirando y sale corriendo. Pasa cerca de mí y veo que está llorando. Rubén, desde su moto, mira y dice:

—¡Cortarollos!, ¡vaya niñata!

Pobre Celia, si no quiere ir con él, no es para que Rubén se ponga así.

Mientras él se aleja en la moto, en la esquina de la calle, está Celia, llorando. Pienso en qué hacer y no se me ocurre nada. Si hablo con ella va a pensar que soy una cotilla. Además, Julia no estaba por aquí cuando ha pasado.

Tampoco se lo puedo contar a los chicos, solo a Iván, que conoce mi secreto. Esto ya parece serio. ¿Qué opinaría su madre? ¿Y mis padres? El año pasado me gané una bronca por no contar con ellos cuando lo del robo de perros.

Luego veré cómo se lo cuento para ver qué opinan. Ahora vuelvo a centrarme en mi otro problema. Intento de nuevo contactar con Luke, pero no lo consigo. Tengo que volver a casa sin él porque he quedado con Iván y Flecha esta tarde.

Cuando llego, veo en la terraza de la cafetería a

mi madre recogiendo las mesas y a mi padre de pie con Iván junto a la valla, mirando hacia la plaza. Deben de estar esperando que llegue. Como Julia, no como gata. No tengo más remedio que pasar entre ellos.

—Hola, Leia —dice mi padre, mientras me acaricia.

—Leia, dile a Julia que la estamos esperando —me suelta Iván un poco enfadado.

Le doy un golpe con la cola al pasar cerca de él y subo a mi habitación. Salgo como Julia y veo que mi madre se ha unido a ellos y les echo la bronca a todos:

—Estaba arriba. No me habéis avisado...

—Peeero..., claro que te he llamado —balbucea mi padre, mientras Iván me sonrío con ironía.

Mi madre también sonrío y no dice nada. Le doy un codazo a Iván y nos vamos. Oigo a mis padres hablar mientras nos alejamos. Han mencionado mis dos nombres en la misma frase, pero mi oído gatuno no da para más. ¿De qué estarán hablando? Cada vez soy menos cuidadosa y cualquier día me van a pillar. ¡Claro! Voy a aprovechar a súper Iván para ver qué dicen. Nos paramos en el lado opuesto de la plaza y le pido que lea los labios a mis padres.

Después de observarlos un rato, me hace un resumen de la conversación.

—Están hablando de algo de un agujero que hay que cerrar. Tu padre quiere hacerlo y tu madre dice que Leia sale por ahí.

—¿Y dicen algo de mí?

—Pues eso, que sales por el agujero.

—De Leia no, de Julia, ¿dicen algo?

—Ahora no, espera...

Siguen hablando entre ellos, mi madre entra en casa y sale con un transportín.

Según ha entendido Iván, mi madre va a llevar al veterinario a Pitu, el gatito que cogí ayer. ¡Me había olvidado de él! Había quedado con mi madre en llevarlo yo. Pobrecito, estará asustado. Lleva todo el día encerrado para no mezclarlo con los otros gatos.

Luego, tendré que disimular y preguntar a mi madre por él. Ahora tenemos que buscar a Luke. Para eso es mejor que sea Leia. Me escondo para convertirme y Flecha, que estaba tan tranquilito al lado de Iván, empieza a saltar como loco y a lamerme todo el morro. ¡Que perro más cansino!

Cuando se relaja, le transmito imágenes de Luke en la calle para que sepa que lo estamos buscando.

Flecha echa a correr y yo voy detrás de él. No sé si ha captado algo de Luke o solo quiere jugar. Iván ha tenido que soltar la correa de Flecha que la va arrastrando por la calle. Como no sé dónde va, no puedo adelantarlo.

Oigo a Iván detrás de nosotros, jadeando:

—¡Calma!, chicos. Que no puedo correr tanto como vosotros.

Pasamos cerca del mercado y Flecha se dirige hacia los contenedores. ¿Habrá visto a Luke?

Se para cerca de los restos de basura y oigo gruñir a un felino, pero no es Luke. Es un gato gris y blanco que parece muy mayor.

Flecha y yo nos acercamos, le envió imágenes de Luke y él me muestra una imagen de mi siamés. Está rebuscando en este mismo sitio que estamos y el gato mayor le da un zarpazo y se marcha corriendo.

Nos vamos a buscar a Iván, que no ha podido seguirnos hasta aquí y a lo lejos veo a la gata tricolor adulta que me sigue desde hace unos días.

¡Vaya tarde que llevo! Lo único que he averiguado de Luke es que huyó de un gato gruñón y ya tengo que volver a casa, si no quiero que mis padres se enfaden. Vuelvo a ser Julia y me despido de Iván y de Flecha hasta mañana.

Según llego a casa, veo a mi madre entrando en la cafetería. Ya no lleva el transportín, ha debido volver con Pitu y se ha vuelto a ir. Me siento culpable por no haber ido con ella y la intercepto en la puerta.

—Mamá, perdona. Estaba buscando a Luke y no me he acordado de Pitu. ¿Lo has llevado al veterinario?

—Pues claro, cielo. No te preocupes, no hacía falta que vinieses. Ya tienes bastante con Luke —dice mientras me da un abrazo.

No se ha enfadado conmigo y yo me siento más culpable todavía, por haberle dejado el marrón de Pitu.

—¿Qué te ha dicho el *vete*?

—Le han curado el ojo y, por lo demás, está perfecto. Se puede juntar con los otros gatos.

Por lo menos hay una buena noticia. Bajamos al sótano, donde lo vemos tumbado en la cuna con

Blanqui, que lo está lamiendo como si fuera su cachorro. Ronronea y se le ve muy alegre. ¡Con lo tristón que estaba ayer!

Miro hacia la cuna de Luke y se me saltan las lágrimas pensando en él, por ahí, perdido y asustado. Mi madre me acaricia la cara y me dice tocando al gatito:

—Y, por cierto, este ya no se llama Pitu, se llama Pokémon.

—¿Y eso? —pregunto extrañada.

—¿No ves que parece otro? Ha evolucionado, como los Pokémon —contesta risueña.

Pues, anda que no es *friki* mi madre. Ahora tenemos también un Pokémon.

—Por cierto —añade mientras me acaricia el brazo—, no te preocupes por Luke. No creo que le haya pasado nada, pero le debe haber asustado alguno de los gatos callejeros y está escondido.

¿Mi madre sabe lo del gato gruñón? ¿y por qué piensa que no le ha pasado nada? Sé que intenta tranquilizarme, pero no lo ha conseguido.

—Pero, si está asustado, tendríamos que buscarlo —suplico—. No lo vamos a dejar fuera otra vez.

—Cariño, no te preocupes por él. El otro día volvió y esta vez también lo hará. Con quien tienes que tener mucho cuidado es con Leia.

—¡Ya sabes que hace lo que quiere! —contesto con tono lastimero, para que deje esta conversación.

—Pero tú..., puedes influir en ella. En el veterinario me han contado que ya han robado varias gatas tricolores, como Leia.

—¿Y han aparecido?

—A una de ellas la encontraron el otro día en la calle y la llevaron al veterinario. Ya está con sus dueños.

—Entonces, ¡no las están robando! —digo, intentando justificármelo a mí misma—. Si aparecen luego...

—Pero es que también me han contado que unos vecinos vieron el otro día a una mujer que cazó una y se la llevó.

—¿Y no hicieron nada? —pregunto.

—Pensaron que sería suya, pero en el veterinario otros clientes también les han hablado de ella.

—¿Te han dicho cómo es la mujer? —pregunto, un poco nerviosa por la conversación.

—Dicen que es una mujer más joven que yo, pero con el pelo blanco y peinado con una cresta.

Me da un escalofrío y, aunque intento que no se me note, mi madre se ha dado cuenta de que pasa algo y me pregunta:

—¿La has visto? Ten mucho cuidado. Con Leia, claro.

No contesto, pero ella me mira muy seria. A veces, creo que me lee la mente. Le pregunto lo que llevo pensando todo el día.

—¿Habrá cogido a Luke?

—No creo... —contesta cortando la conversación.

Mientras, ella va a dejar a Pokémon con el resto de los gatos, yo subo a mi habitación. Ha sido una conversación extraña. Está convencida de que la señora no ha cogido a Luke, pero si supiese que esa señora ya ha intentado coger a Leia...

Estamos cenando en el salón con la ventana abierta porque hace muy buena noche y sopla una brisilla muy agradable. Mi madre vuelve a sacar el tema de las gatas robadas y la mujer. Para que no siga por ahí, aprovecho para hablar de lo del novio de Celia.

Por supuesto, se lo cuento como que me lo han dicho otros o lo he visto como Julia, por lo que no puedo explicarles todo lo que sé.

—¿Estás segura? Igual es que Ana está celosa de ella —dice mi madre, mientras me sirve más ensalada.

—No, no es eso. Yo he visto cómo la trata. Y además, no está contenta. Siempre está triste y hasta la he visto llorar.

—¿Por qué no habláis con ella alguno de vosotros? —dice mi madre.

Miro hacia el plato y suspiro.

—Bufffff, va a pensar que nos estamos metiendo en su vida. Lo he hablado con los chicos y Ana, que es su mejor amiga, cree que no tenemos que intervenir.

Mi padre que hasta ahora estaba muy entretenido en su plato, pone una mano sobre la de mi madre y dice:

—Carmen, ¿no es la hija de Alicia y Carlos?, los que viven en el ático de ahí enfrente.

Mi madre agita su mano para que mi padre la suelte y lo mira con cara rara, como enfadada.

—Sí... —contesto yo, indecisa, para cortar la tensión entre ellos—, no sé cómo se llaman sus padres, pero sí, viven en el ático ese que tiene esa terraza tan grande.

—Alicia es amiga tuya, ¿no, Carmen? —le pregunta mi padre.

No contesta y, con mi sentido felino, noto como si en su cabeza se estuviese librando una batalla.

—Bueno, Pablo, amiga, amiga, no exactamente —contesta, titubeando—, fuimos compañeras..., pero puedo comentarlo con ella. A veces me la encuentro en el mercado.

Terminamos la cena hablando de Luke. No sé si ha sido buena idea involucrar a mi madre en lo de Celia. No se ha sentido nada bien con el encargo.

Cuando estoy acostándome, mi padre me pide permiso para entrar.

Pasa y me cuenta que mi madre y la madre de Celia no se llevaban muy bien de jóvenes, que la tal Alicia le hacía la vida imposible a mi madre en el instituto. La historia se repite.

Cuando se va mi padre, oigo ladrar un perro fuera. ¡Es Flecha! Le pedí que investigase algo de la Cazagatos, por si tiene algo que ver con lo de Luke. ¿Habrà averiguado algo?

Me asomo a la ventana y está mirándome fijamente. Tira tanto de la correa que parece que es él el que ha traído a Iván.

—Perdona, Julia, no sé qué le pasa. Cuando estaba paseando con él se ha escapado.

—Ha sido cosa mía. Yo le pedí que investigara.

—Pues, ha debido descubrir algo, porque se ha puesto muy nervioso, pidiéndome salir a la calle y me ha traído hasta aquí.

Me concentro para comunicarme con él, pero no lo consigo. Está muy excitado y me llegan solo fragmentos de imágenes: del barrio, de la calle donde vive Iván, del balcón de su casa. Pero nada concreto.

Le pido a Iván que lo calme y yo le envío sensaciones de tranquilidad.

Como sigo sin entender lo que me quiere decir, me convierto en Leia para que la comunicación sea más efectiva.

Me subo en el poyete de la ventana y miro hacia abajo. Iván sonríe, como siempre que me convierto en Leia, y Flecha está tumbado a su lado y me mira fijamente.

Ahora sí me llega lo que está intentando contarme. Veo una tienda de alimentación que está enfrente de donde vive Iván. Y, abriendo el cierre de la puerta, veo de espaldas a la extraña mujer con el pelo blanco con cresta...

— ¿Y qué le pasa a usted? ¿No le gusta el trabajo? —
le preguntó. — Es muy bonito y me gusta mucho.
— ¿Y qué le pasa a usted? ¿No le gusta el trabajo? —
le preguntó. — Es muy bonito y me gusta mucho.
— ¿Y qué le pasa a usted? ¿No le gusta el trabajo? —
le preguntó. — Es muy bonito y me gusta mucho.

— ¿Y qué le pasa a usted? ¿No le gusta el trabajo? —
le preguntó. — Es muy bonito y me gusta mucho.

— ¿Y qué le pasa a usted? ¿No le gusta el trabajo? —
le preguntó. — Es muy bonito y me gusta mucho.

— ¿Y qué le pasa a usted? ¿No le gusta el trabajo? —
le preguntó. — Es muy bonito y me gusta mucho.

— ¿Y qué le pasa a usted? ¿No le gusta el trabajo? —
le preguntó. — Es muy bonito y me gusta mucho.

— ¿Y qué le pasa a usted? ¿No le gusta el trabajo? —
le preguntó. — Es muy bonito y me gusta mucho.

— ¿Y qué le pasa a usted? ¿No le gusta el trabajo? —
le preguntó. — Es muy bonito y me gusta mucho.

5. AYUDAR A CELIA

Por fin es sábado. Para ser la primera semana de clase, ha sido muy intensa. Lo peor de todo es lo de Luke, llevo buscándolo desde el martes que se escapó, no lo encuentro y, por más que intento comunicarme con él, no lo consigo. Mi madre se empeña en decirme que está bien, pero ya no la creo y pienso que le ha podido pasar algo. Hemos llenado el barrio de carteles, he ido a todos los veterinarios de la zona..., y nada. Debe de estar muy lejos o muy nervioso y no nos podemos comunicar. ¿O algo peor?

Este fin de semana seguiré con la búsqueda. Quiero intentar hablar con el gato gruñón o con la tricolor que me sigue por si saben algo.

Y luego, está lo de la mujer esa que se ha empeñado en cogerme. ¿Para qué querrá a las gatas tricolores? Y mi madre venga a decirme que Leia tiene que tener cuidado. ¿Sabrá ella algo más? ¿Y por qué está tan segura de que la Cazagatos no ha cogido a Luke?

Bueno, bajo a desayunar, que tengo mucho que hacer, aunque antes iré a ver a los chicos para volver a preguntarles por Luke.

En el desayuno vuelve a surgir el tema de la madre de Celia.

—Entonces —dice mi padre—, ¿vas a hablar con Alicia?

—Sí, Pablo —contesta mi madre con cara de pocos amigos—, la invité a venir hoy y enseñarle la cafetería. Aprovecharé para hablar con ella.

Creo que la he metido en un lío, pero me interesa esa conversación, así que volveré pronto para asistir. Ahora voy a Las Vistillas, que es donde quedamos todos.

Antes de cruzar, veo que ya ha llegado gente. Está Iván con Ana y Fer. Mi oído gatuno no llega tan lejos y no tengo la habilidad de Iván para leer los labios. No sé de qué están hablando, pero se les ve muy interesados en algo que cuenta Ana.

Cuando llego, me miran, e Iván me dice con el móvil en la mano:

—Tenemos que tener cuidado con lo que mandamos a los grupos en los que está Celia y lo que ponemos en las redes sociales.

Ante mi cara de extrañeza, Ana me cuenta:

—Es que el novio de Celia entra en sus grupos y en sus redes, si ve algo un poco subidito de tono, se enfada con ella.

—Pues, que no se lo enseñe, y no sé lo que él considera subidito de tono —digo, un poco ofendida.

—A ver, tía, no es eso —dice Ana—, me refiero a fotos en las que se ve a Celia con otros chicos.

—Pero..., bueno —contesto indignada—, ¿es que pretende que no esté con nadie?

—Hay que respetarlos —interviene conciliador Iván—, si no quieren que subamos esas fotos, pues vale.

—A mí no me va a decir nadie lo que puedo o no puedo subir. —Miro un poco mosqueada a Iván por ponerse de su parte—. Si a Celia le parece mal, que no se lo enseñe.

—Ya... —dice Fer—, eso he dicho yo, pero, por lo visto, él tiene todas las contraseñas de Celia.

Ana nota que estoy alucinando y aclara:

—Es que Celia se las dio por si a ella se le olvidaban.

—¡Vaya tontería! —exclamo—, pues, que las apunte. Y seguro que la idea fue de Rubén.

—Mujer —dice Ana—, qué manía le estás cogiendo a Rubén. No tiene nada de malo. Lo que pasa es que Celia es muy despistada y se le olvidan las claves, y él las tiene por si acaso. Tú no entiendes de esto, lo que pasa es que están superenamorado y esas cosas son normales.

Yo nunca he tenido novio y solo sé lo que leo y lo que veo en la tele, pero eso no me parece que sea amor, parece que la quiere controlar. A los chicos no les parece mal y para Ana es muy romántico, pero yo no lo tengo tan claro.

Luego, hablaré a solas con Iván, de momento no parece que me apoye. Ahora tengo que irme y me despido de ellos para volver a la cafetería.

Según me alejo, oigo decir a Ana:

—¿Qué mosca le ha picado?, que los deje a su aire. Celia ya es mayorcita para saber lo que hace.

¿Tendrá razón Ana? ¿No deberíamos meter-nos en su historia? Para mí, ese chico no es bueno para Celia, pero tampoco tengo experiencia con esos temas. Yo no dejaría a nadie que me dijese cómo vestir o con quién ir, pero nunca he salido con un chico. Bueno, un poco con Iván, y no dejaría a nadie que me dijese cómo actuar con él. Pero, tampoco le diría a él como tiene que vestir.

Por el camino, me convierto en Leia para ir más deprisa y pasar desapercibida.

Cuando llego, veo que mi madre está con la madre de Celia en la terraza. El sol pega mucho hoy y están sentadas en una de las mesas que tienen sombrilla. Aunque ya es casi la hora del aperitivo, están tomando café.

Me acerco a ellas y me tumbo a los pies de mi madre, que deja de hablar para acariciarme y decirme:

—Leia, esta es mi antigua compañera Alicia. Déjanos charlar y vete a comer algo.

No le hago caso y sigo a sus pies, ronroneando. Suspira y sigue hablando con Alicia.

—¿Y qué tal tu hija?, me ha dicho Julia que tiene novio. ¿No es muy joven para eso?

—Tiene ya catorce años. A esa edad empecé yo a tontear con Carlos, y mira, ya llevamos un montón de años casados.

—Ya, pero una cosa es tontear y otra ennoviarse. Carlos y tú estabais juntos, pero seguíais saliendo con vuestra pandilla.

—¡Pues claro!, ella hace lo mismo. Sigue teniendo su pandilla. Lo que pasa es que como Julia es así, no sale con ellos.

Mi madre, que estaba acariciándome, me sujeta cuando le bufo a la madre de Celia. ¿Que yo soy cómo? Será bruja.

—¿Julia es cómo? —dice intentando contenerse.

—Pues eso, Carmen, un poco rarita —añade Alicia, con mucho retintín—, solo sale con el chico ese, el sordo.

—Mi hija no es rarita y ese chico es un cielo y muy buena influencia para mi hija —dice mi madre a la vez que me tira del pelo para disimular su enfado.

La conversación no está yendo nada bien. Siento lo nerviosa que está mi madre, que mueve los pies a la vez que habla.

La actitud de Alicia va cambiando y ya ha dejado el tonillo de antes para pasar a una entonación más agria.

—Mira, Carmen, lo que le pasa a tu hija es que tiene envidia de Celia, eso lo sabe todo el barrio.

Después de esto, mi madre ya no controla y salta:

—Y tu hija debería tener cuidado con quién anda. Por lo que yo sé, ese chico es mucho mayor que ella y no la trata nada bien.

¡Hala!, se acabó la diplomacia. Y luego dice que yo soy impulsiva.

La madre de Celia se levanta muy indignada y exclama:

—No tenía que haber venido. Te sigues creyendo la primera de la clase. Pues al final, ¿de qué te ha servido estudiar tanto? Para acabar sirviendo cafés.

Según nos da la espalda y va hacia la plaza, oigo a mi madre.

—¡Buffff!, si ya decía yo que esto no era buena idea.

Salgo corriendo, mientras mi madre sigue bufando como una gata furiosa.

Alicia va hacia su casa y yo me voy en dirección contraria. Hoy no me están saliendo nada bien las cosas. Voy a localizar a Iván para que Flecha me ayude a buscar a Luke.

Me concentro para buscar a Flecha. Sigue en Las Vistillas con Iván y Fer.

Cuando llego, Fer se está despidiendo de Iván y, por lo que parece, han seguido hablando de Celia, porque oigo a Fer diciendo:

—Julia tiene un poco de razón, Rubén es un poco posesivo, pero se les ve tan enamorados... Creo que no tengo nada que hacer con Celia.

Iván le sonríe y no dice nada. Me paro a sus pies y me acaricia mientras ve a Fer marcharse. Me encanta, no sé por qué no lo hace cuando soy Julia.

—Leia, ¿quieres que hagamos algo como humanos o prefieres que Flecha te ayude a buscar a Luke?

Me acurruco junto a Flecha, que está a los pies de Iván.

—Vale, lo pillo, prefieres a Flecha —dice simulando estar ofendido—. Yo seguiré buscando por aquí, no os metáis en líos.

Lo miro ronroneando y salgo corriendo con Flecha.

Vamos hacia el mercado a buscar al gato gris y blanco que se encontró el otro día con Luke. Nos cruzamos con don Jaime que debe de ir a la compra, casi me choco con él y se agacha para acariciarme a la vez que me dice:

—¿Eres la gata de la nieta de María?, pues, eres igual que tu abuela gata.

No sé si lo he entendido bien. ¿De quién estaba hablando?, ¿de mi abuela?, ¿de la gata de mi abuela? Me da la impresión de que este señor sabe algo de mi historia. En el libro que me prestó, se cuenta por qué a los madrileños nos llaman gatos. ¿Tendrá algo que ver?

Mientras yo me entretenía con mi vecino, Flecha ya ha llegado a los contenedores y está observando al gato gruñón, que está revolviendo en la basura.

Al acercarnos, vuelvo a transmitirle imágenes de Luke, para ver si me puede mostrar algo más. Deja de comer y nos mira, pero, al ver a Flecha, se eriza y nos gruñe, enseñando los dientes.

Flecha es muy pacífico y se lleva bien con todos los animales. Se acerca y baja la cabeza en señal de sumisión, pero el gato gruñón le lanza un zarpazo con las uñas desenvainadas. Pobre, le ha arañado el morro. Sale corriendo y yo con él. El gato gruñón nos persigue. Aunque Flecha es valiente, cuando se trata de defenderme de los humanos, con los gatos no lo hace. Creo que tuvo una mala experiencia cuando era cachorro.

Flecha sigue corriendo y yo voy con él. El gato gruñón viene detrás, bufando. Le damos esquinazo al pasar por la plaza de los Carros, vemos que se mete en el jardín de la iglesia de San Andrés,

mientras nosotros tiramos hacia la plaza de la Paja. Cómo lo vea el párroco se va a enterar, no le gustan nada los gatos.

Después de este fracaso, le indico a Flecha que vayamos a investigar a la casa de la Cazagatos, que está en la plaza.

El portal está abierto y entramos para intentar comunicarme con Luke. Si lo ha cogido ella y está en su casa, podré hacerlo.

Me concentro transmitiendo imágenes a Luke, pero no consigo contactar con él. El sonido del ascensor bajando me hace salir de mi concentración. Le transmito a Flecha la necesidad de salir corriendo, pero oigo que el ascensor para y sale alguien. Ya no nos da tiempo de abandonar el portal. En su afán de protegerme, Flecha se ha puesto delante de mí y no puedo ni esconderme ni salir. Oigo pasos de una persona, pero no veo quién es, porque tengo una masa negra delante de mí.

Entonces oigo una voz. ¡Es Celia!

—¿Tú eres Flecha?, el perro de Iván. Y esa bola roja y blanca de atrás, ¿es Leia?

Flecha gruñe y yo me erizo y me encorvo, para parecer mucho más grande, a la vez que le bufo.

Celia se defiende pegándole a Flecha en el morro con el bolso y dice:

—¡Parejita!, no me asustáis. Flecha, ya sé que no me vas a atacar, que es lo que te ha enseñado el cobarde de tu dueño y tú, pelirroja, a ver si vas a acabar en casa de Rubén como el siamés ese.

Tiene razón, Flecha nunca le haría nada. Iván le ha enseñado a no atacar a la gente que conoce. Solo

arremetería si alguno estuviésemos en peligro y no es el caso. ¿Y qué hace Rubén con un gato? Si ahora va a resultar que le gustan.

Salimos los dos corriendo y ella sale detrás. Cuando ya la hemos perdido de vista, me escondo en un rincón y vuelvo a ser Julia.

No dejo de pensar en lo que ha dicho de un siamés que está en casa de Rubén. ¿Estará hablando de Luke? Y, si es así, ¿qué quieren de él? Tengo que averiguar si es verdad y, si lo es, debo ver cómo hacer que me lo devuelvan.

Al reencontrarme con Iván, sonrío y me coloca la melena.

—¡Hola, Julia!, te has despeinado. ¿Algo nuevo?

Vaya, pues, como Julia también se ha atrevido a hacerme una pequeña caricia. Noto cómo me suben los colores y empiezo a hablar para salir de esta situación tan incómoda.

—No, no hemos encontrado a Luke, el gato gruñón nos ha perseguido y luego, hemos ido a investigar al portal de la señora esa.

—Pero, Julia ¿y si te la vuelves a encontrar?

—Pues, a ella no la hemos visto, pero resulta que también es el portal de Celia. Sabía que estaba cerca, porque su terraza está arriba, pero no sabía que era el mismo portal.

—Pues, ya tienes dos razones para no ir a allí. ¿Os ha visto Celia?

Le cuento lo que nos ha pasado y cómo ha pegado a Flecha y me ha amenazado a mí, haciendo referencia a un gato siamés, que podría ser Luke.

—¿Rubén tiene a Luke? —pregunta Iván.
—No sé si se refería a él, podemos intentar sonsacar a Celia —contesto.

Decidimos hacernos los encontradizos con Celia para ver si nos dice algo más de Luke. No le he contado todavía nada a Iván de la conversación entre mi madre y la madre de Celia, se lo contaré luego.

Celia es tan previsible que la vemos en la peluquería del barrio. ¡Se está tiñendo el pelo! A ver si va a resultar que no es tan rubia como nos hace creer.

Veo que la señora que está a su lado es su madre y están hablando muy enfadadas. Iván no puede leer sus labios y no sabemos de qué están charlando.

Nos quedamos en la esquina de la calle, esperando, y cuando sale, vamos hacia ella.

Cuando nos ve acercarnos, es Celia la que se para a hablar con nosotros. Se encara conmigo y me dice en voz muy alta:

—Tú, ¿qué vas diciendo de mi novio?
—Yo..., nada.
—¿Cómo que nada? ¿Y por qué tu madre ha hablado con la mía del tema?
—Yo solo le conté que...
—Tú no tienes que contar nada mío. ¿Me oyes? Y tu madre es una cotilla. Menuda encerrona le montasteis entre las dos.

Yo sigo titubeando mientras ella sigue chillando y recriminándose.

Iván, que no sabe nada de la conversación, me mira sorprendido, a la vez que me coge del brazo y tira de mí para que nos vayamos.

Pero, no le hemos preguntado nada de Luke y, según se están poniendo las cosas, no puedo decir nada de eso. Es ella la que saca el tema.

—Y decirle a este —dice señalando a Flecha— y a la gata sarnosa esa, que como se vuelvan a acercar a mí, van a acabar como el siamés.

—¿Qué sabes del siamés? ¿Lo has visto?

—Yo no, pero Rubén lo cogió el otro día y ahora lo tiene en su piso.

—¡Devuélvemelo! —exclamo, enfadada.

—Estaba en la calle y, además, yo no lo tengo, lo tiene mi novio. Le dije que me hacía mucha ilusión tener un gato y me lo ha conseguido, pero si sigues metiéndote en mi vida, no sé lo que vamos a hacer con él.

Se gira muy ofendida y se marcha en dirección contraria. Y ahí nos quedamos Iván, Flecha y yo, mientras ella se va moviendo su melena rubia de bote y murmurando:

—¡Envidiosa!

Por un lado, me alegro de saber que Luke no ha sufrido un accidente, pero no sé cómo recuperarlo. ¿Será Celia tan cruel como para hacer algo a Luke para vengarse de mí? Si Rubén no es bueno con las personas, tampoco debe serlo con los animales.

¡Vaya mierda de sábado!

6.- ENCONTRAR A LUKE

Estoy un poco depre, aunque sea domingo. Por intentar ayudar a Celia, se ha enfadado conmigo y encima dice que Rubén tiene a Luke. ¡No tienen derecho a retenerlo! Eso es un secuestro.

Cuando llego a desayunar, mis padres ya me están esperando en la terraza. Hoy hace muy buen día y se han puesto en la mesa a la que da sombra el árbol grande de la plaza.

Como es domingo, hay churros y porras, además del zumo y los cereales.

Ayer pasé la tarde en casa de Iván contándole leyendas del libro que me regaló don Jaime. Me quedé a cenar con él y con su madre, así que, oficialmente, no sé nada del encuentro con Alicia y mi madre. En cuanto puede, saca el tema.

—Lo de ayer con Alicia fue un desastre —dice con cara de enfado.

—Carmen —interviene mi padre, poniendo una mano sobre la suya—, es que es una borde, pero por lo menos ya lo sabe y estará atenta.

—No sé... —digo yo, dubitativa—, Celia habló luego conmigo y está muy enfadada.

—Si ya decía yo que no nos teníamos que meter

—dice mi madre.

Planta su taza de café sobre el plato y se vierte un poco de líquido.

—¿Ves, Pablo? —añade, señalando con el dedo a mi padre—, esta gente solo nos trae disgustos. Estas cosas solo funcionan si la chica pide ayuda...

Pobre mamá, la verdad es que la madre de Celia la trató muy mal, igual que Celia a mí. No tenía que haberles dicho nada. Quizás sea mejor dejarlo y que se apañe ella. No sé hasta qué punto está mal lo que hace Rubén. A mí no me gusta, pero, ¡qué sé yo de las parejas! Aunque nunca he visto a papá tratar así a mamá.

Los tres estamos desayunando con la vista fija en nuestra taza, sin disfrutar de ese sol que se cuele entre las hojas de los árboles. ¡Esta Celia me está arruinando uno de los mejores momentos del domingo!

No hago más que pensar en cómo decirles lo de Luke, porque no creo que sea el momento, pero mi padre interviene.

—Julia, hija, estás muy tristona. ¿Es por lo de Luke? ¿Sigues sin saber nada de él?

—Pues... —balbuceo—, ayer cuando Celia me regañó, me dijo que Rubén tiene a Luke en su casa...

Los dos dejan en la mesa sus tazas y me miran fijamente.

—¿Estás segura de eso? —dice mi padre con cara de extrañeza—, lo diría por incordiar.

—Pues no, no puedo estar segura, pero Luke no aparece y ella dice que lo tiene Rubén, que se lo encontró en la calle y que se lo quiere regalar. No sé

qué es peor, que ellos lo tengan retenido o pensar que le haya podido pasar algo grave.

—Igual lo dijo por hacerte daño —dice mi madre con un tono más suave.

Parece que ya no se acuerda de la discusión con la madre de Celia, así que insisto:

—No sé, pero deberíamos ir a la comisaría a denunciarlo.

—Cariño —interviene mi padre—, no tenemos ninguna prueba. No nos van a creer. Yo también pienso como mamá, es una salida de tono de Celia.

—Pues, voy a buscar pruebas —digo levantándome.

—Julia —dice mi madre, cogiéndome del brazo—, no hagas nada sin consultarnos.

—Vale —contesto, mientras me vuelvo a darle un beso para que no se preocupe.

Me despido también de mi padre y voy a buscar a Iván. He quedado en la puerta de su casa para pasear con Flecha.

Voy andando ensimismada pensando en los dos temas que me preocupan. ¿O son solo uno? Luke y Celia. Celia y Luke. ¿Y Rubén? ¿Estamos haciendo lo correcto metiéndonos en medio de la relación? Celia se daría cuenta si Rubén la hace infeliz, ¿o no?

Cuando me encuentro con Iván, decidimos vigilar a Celia y a Rubén para ver si realmente hay que preocuparse o estamos exagerando y no pasa nada.

Con respecto a Luke, acordamos que debemos seguir a Rubén para conseguir pruebas, así me creerán y podremos denunciarle.

Nada más comer, vuelvo a salir para encontrarme con Iván. Hemos quedado para empezar la vigilancia de Celia e intentar averiguar dónde vive Rubén.

Nos sentamos en un banco de la plaza desde donde se ve la casa de Celia, pero no se nos ve a nosotros, porque estamos debajo de un árbol. La ventana del salón está abierta, pero no sabemos si Celia está en casa. Podría subir como Leia, pero no quiero dejar solo a Iván.

Son las cuatro de la tarde de un domingo caluroso de septiembre y no hay un alma por la calle.

—Quizás deberíamos dejarlo para más tarde —sugiere Iván.

—No sé, Ana me contó que suelen quedar pronto, porque siempre quiere estar con ella.

En ese momento, oímos llegar una moto que para en la entrada de la plaza.

—Mira, Iván. Ese parece Rubén, y lleva otro casco.

—No sé, todos los motoristas son iguales —contesta Iván.

Se quita su casco y vemos que, efectivamente, es Rubén. Vamos a tener suerte. Se queda en el portal de Celia mirando el móvil.

Se abre la puerta y aparece Celia con su falda plisada cortita y la blusa de tirantes amarilla.

Estamos lo suficientemente cerca como para que nos llegue su voz.

—¿Te gusto? —dice ella, dándose una vuelta para que se mueva la falda—. Solo para ti, como querías.

—Estás guapísima. El amarillo te sienta genial, pero ten cuidado —contesta Rubén, tocándole el

muslo, bajo la falda—. No gires así cuando haya gente delante, no me gustaría que pensasen mal de ti.

Celia para el giro y asiente con la cabeza. Se le ha borrado la sonrisa con la que salió del portal. Rubén siempre consigue ese efecto en ella, a pesar de ser cariñoso.

Él le acerca el casco y ella no lo quiere coger. Van andando, pero van separados. Se paran junto a la moto y él la agarra por el brazo como para obligarle a subirse. Parece que discuten.

Nos levantamos del banco y nos acercamos a ellos, pero seguimos sin oírlos. Nos paramos en un portal que está abierto para seguirlos observando.

—¿Has podido ver lo que decían? —pregunto a Iván.

—Algo..., creo que Rubén quiere que vaya a su casa, pero Celia le dice que no.

—Entonces... —pregunto—, ¿van a casa de Rubén o no?

—Creo que sí. Tenía que haber cogido la bici para seguirlos.

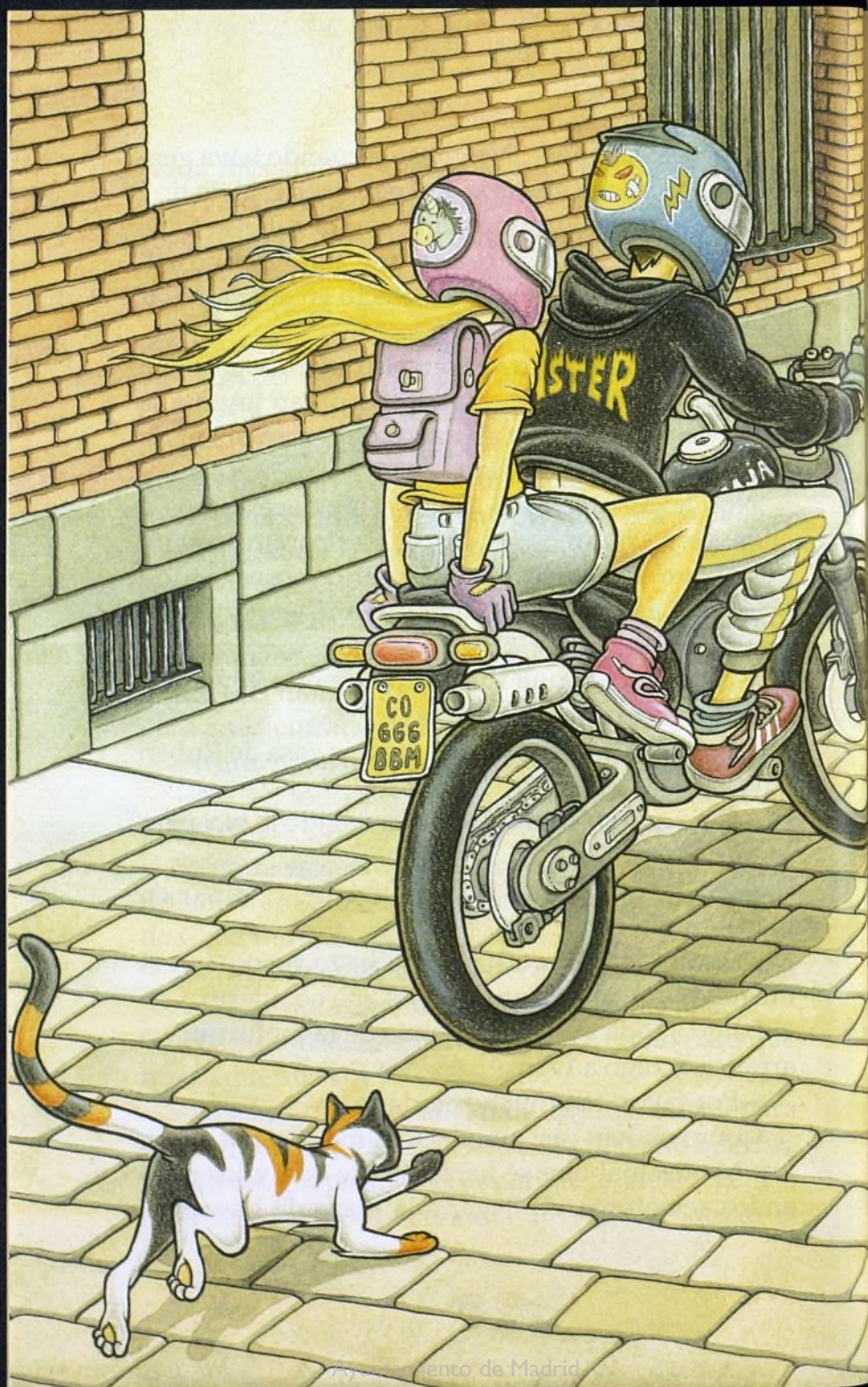
—No te preocupes, los seguirá Leia —digo en plan superheroína.

Aunque Iván protesta, no le hago caso y, en el mismo portal en el que estamos, me convierto.

Salgo a toda velocidad detrás de la moto, que ya arranca, y oigo a Iván.

—Por favor, ten mucho cuidado.

Como no hay casi circulación, me cuesta seguirlos. Menos mal que sé hacia donde van y los pillo en los semáforos. Al llegar a la plaza de Lavapiés,



veo que paran la moto. Celia baja, pero no se quita ni el casco. Rubén la agarra del brazo y tira de ella hacia un callejón que sale de la plaza. Voy detrás de ellos y se paran en un portal.

—Vamos a otro sitio, Rubén —suplica Celia.

—¿Quieres ver al gato o no? —contesta él, alzando la voz.

—Hoy no, mejor otro día.

—Está bien, porque me gustas, que si no... —dice Rubén con tono más suave.

Cogen los cascos, pero dejan la moto ahí aparcada, se dirigen hacia un chino para comprar unos refrescos y se sientan en un banco de la plaza.

Supongo que el portal donde se han parado es donde vive Rubén. Me concentro para comunicarme con Luke. Le transmito imágenes mías como Leia y sensación de tranquilidad.

¡Lo he conseguido!, después de todos estos días, me llegan sensaciones de él. Siente miedo, mucho miedo y solo me transmite oscuridad. ¿Estará encerrado? Cuando era cachorro, lo adoptó un chico que, siempre que hacía alguna trastada, lo encerraba. Y ahora eso lo asocia siempre a castigo.

Intento que me transmita algo más, y me llegan imágenes confusas de unos chicos. Veo cómo araña a uno que intenta cogerlo y luego la oscuridad. No veía claras las imágenes de los chicos. Los gatos no tienen buena vista de cerca y no me lo puede enseñar, pero uno de ellos puede ser Rubén.

Subo por los balcones para intentar llegar al piso donde está Luke. En cada balcón intento detectar su olor.

Oigo voces en la calle. Son Celia y Rubén.

—Bueno, Celia, ¿quieres ver al gato o no?

—Otro día, *porfa*. Tengo que volver. Esta tarde voy a casa de mis tíos. Es el cumpleaños de mi prima.

—Tú verás... —contesta él de malos modos—, como tardes mucho, le doy el gato a otra más espabilada o me deshago de él.

Rubén entra en el portal y Celia se va andando sola. Estando Rubén cerca es peligroso intentar entrar y le transmito a Luke la promesa de volver. Ya no hay tiempo de buscar pruebas. Hay que actuar antes de que se deshagan de él.

Decido seguir en mis cuatro patas para llegar cuanto antes junto a Iván. Ahora voy más despacio y me fijo en los sitios por los que voy pasando. Veo una tienda de alimentación como la que me enseñó Flecha cuando le pedí que investigara a la señora que me quiere cazar.

¿Será la misma tienda? Mi curiosidad gatuna puede sobre la sensación de peligro y me cuelo dentro. La tienda está abierta, aunque no hay nadie comprando ni atendiendo. Es pequeña, pero tiene de todo: leche, agua, yogures, latas, sándwiches. Es uno de esos sitios donde vas cuando se te ha olvidado comprar algo.

Detrás del mostrador, hay una cortina de esas de tiras de plástico de colores. Oigo voces detrás.

—Cariño, dime algo.

Es la mujer, pero nadie contesta.

Me llega el olor de algún gato. Me acerco y me asomo por la cortina, que se me enreda en las orejas.

Veo a la mujer extraña del pelo blanco y a su lado hay un chico de unos cinco o seis años, que está frente a una mesa metálica gris de las que se llevan al campo y sentado en una silla de plástico azul. En la mesa hay esparcidas cartulinas con dibujos, que el chico está cogiendo de un montón que tiene cerca de él. Se mueve hacia atrás y hacia delante y sigue buscando algo entre los dibujos. No mira a la mujer ni parece que la escuche.

Ella se para detrás de él e intenta tocarlo, pero no llega a hacerlo. Su mano se queda a unos centímetros de su cabeza y sigue insistiéndole.

—Cariño, dime algo.

Ahora él sí habla, aunque no la mira y empieza a decir con voz mecánica:

—Cariño, dime algo, cariño, dime algo, cariño, dime algo.

La mujer lo mira con dulzura, retira la mano y calla. Al fondo de la habitación donde está hay una puerta. Se dirige a ella y vuelve con una jaula.

¡Una gata tricolor! ¡En la jaula!

Deja la jaula encima de las cartulinas que permanecen sobre la mesa como si se tratase de un collage. Vuelve a hablar con el niño.

—Mira a la gatita. Habla con ella.

El chico abre la jaula y la gata va hacia él. La coge en brazos y la acaricia, mientras dice:

—Gatita, gatita, gatita...

La mujer los mira, pero se empieza a poner nerviosa con la cantinela del chico, que no deja de repetir:

—Gatita, gatita, gatita...

Le quita la gata de los brazos y se aparta. Él chilla cuando hace esto y empieza a golpearse la cabeza.

La mujer sujeta a la gata por debajo de las patas delanteras mirándola a la cara.

—¿Te ha dicho algo?

Al oír esto, me erizo entera. Mi cola debe parecer la de un zorro. ¿En serio piensa que el niño le ha comunicado algo a la gata? No ha hablado...

Echo marcha atrás para huir, pero me quedo enredada con las tiras de la cortina. Sacudo fuerte la cabeza para desengancharme, pero la cortina choca contra la pared y hace ruido.

—¿Qué es eso? ¿Quién anda ahí?

Oigo a la mujer gritando y viene hacia mí. Menos mal que he conseguido soltarme y salgo corriendo.

—Ehhh, vuelve —oigo mientras la cortina golpea la pared al salir la mujer.

Voy hacia la puerta, pero ella la ha cerrado y está delante. Deambulo desesperada por la tienda buscando una salida. Ella sigue llamándome y corriendo detrás de mí.

—¡Para!, no te voy a hacer daño.

He conseguido encaramarme a un mueble al que ella no llega. Veo que hay una ventana alta, si estuviera abierta... Ella sigue llamándome desde abajo. No sé dónde da la ventana, pero tengo que intentarlo. Uf, está abierta, así que salto y caigo en un tejadillo que está sobre la puerta de la tienda. Veo a la mujer salir y mirar hacia arriba y hacia la calle. Creo que no me ha visto. Permanezco escondida hasta

que vuelve a entrar en la tienda. En ese momento, salto a la calle y corro como nunca lo he hecho.

Cuando considero que estoy fuera de su vista, voy a la plaza para ver si sigue allí Iván. No lo localizo y me escondo para volver a ser Julia.

Mando un mensaje por el móvil.

Julia_17:30

¿Dónde estás?

Tengo noticias

Ivan_17:35

Las Vistillas

Ven sin Leia

Lo dejé plantado y se ha ido con los chicos a Las Vistillas.

Cuando llego, veo que está con Fer y Ana. No le voy a poder contar mis novedades, aunque Iván sí que está contando las suyas.

—Pues sí, los hemos visto irse a casa de Rubén. Celia no quería y él la ha obligado.

—La verdad es que Rubén está empeñado en que vaya a su piso —dice Ana—, pero ella le da largas. No quiere estar a solas con él.

—Pues, si se la ha llevado a su casa a la fuerza, el tema es serio —dice Fer, indignado—. ¿Sabéis dónde vive?

—¿Lo dices por ir nosotros? —pregunta Iván.

En ese momento, llego y me incorporo a la conversación:

—Ya no está allí, la he visto volver hace un rato, no creo que haya llegado a subir, pero la cosa no pinta bien.

Iván me mira extrañado y lo veo con ganas de dejar a Ana y a Fer para que le ponga al día. Les cuenta que tiene que ir a sacar a Flecha y nos vamos juntos.

Bajamos andando por la calle Don Pedro, con sus casas señoriales y palacios, y lo pongo al día sobre lo que he visto de Celia y Rubén. Que ella no ha llegado a subir y que él utiliza lo del gato para picarla y que entre.

—El gato ¿es Luke? —pregunta Iván.

—He podido comunicarme con él. Está encerrado en la casa, pero Rubén ha vuelto y no he seguido buscando.

—¡Ni se te ocurra ir sola! —dice Iván, con cara de susto—, ese tío es peligroso, ya nos lo ha demostrado.

—En realidad, no pensaba ir sola—contesto—, te iba a pedir que me acompañases con la bici, ¿puedes?

—¡Claro!

—¡Y también tengo novedades de la Cazagatos! —digo apresurada.

Se para y me coge las manos mientras me mira.

—¿Te ha hecho algo?

Le cuento lo de la tienda y lo del chico. Él sigue mirándome con cara de preocupado. Me gusta cuando se pone tan tierno conmigo. Y hasta no me disgusta que me proteja, con lo independiente que soy.

Hoy ya es tarde y no podemos ir a casa de Rubén, porque es posible que él esté allí. Quedamos

en ir mañana, después del instituto, a ver si hay más suerte.

Me cruzo con don Jaime que va a entrar en el portal. Es curioso, mi madre dice que es una persona muy importante, pero es súper educado y nos trata a todos con mucho cariño y respeto. Yo lo conocía de pequeña, cuando venía a ver a la abuela y ahora siempre que me ve me dice algo.

—Hola, Julia, he visto a tu gata. Sé cuidadosa con ella, la gente ya comenta que han vuelto las gatas al barrio. No se veían desde que tu abuela enfermó.

Y diciendo esto, me guiña un ojo y sigue andando. ¿Conoce nuestro secreto? ¿Mi abuela también se convertía?

Cuando llego a casa, mi cara debe de ser un poema, porque mi padre me pregunta:

—Julia, ¿ha pasado algo?

Y mi madre me acaricia, a la vez que quiere saber si tengo novedades de Luke.

Le contesto que no hay nada nuevo. Aunque, les prometí compartir todo con ellos y no meterme en líos, no puedo decirles nada de todo lo que ha pasado. Mi madre ya está muy disgustada con lo de la madre de Celia. Y además, no sabría cómo contarles lo que he visto siendo Leia.

Durante la cena, no hablamos de Celia ni de Luke. Mi madre me ve pensativa y cuenta anécdotas de los gatos para animarme.

—¿Sabes? Creo que Pokémon piensa que Blanqui es su madre. La persigue por toda la habitación. Blanqui se sube al rascador para huir de él.

Sonríó imaginándome la escena, y me sigue contando:

—Y el pobre intenta subir detrás de él, pero como no tiene fuerza en las patas de atrás, no salta y tiene que trepar.

—¡Pobre! —digo.

—No, si a él le parece normal. Cuando salta, no cae en las cuatro patas como todos los gatos, cae de lado. Pero se lame, se levanta y sigue.

Aprovecho para bajar a verlos después de cenar. Ahora están todos juntos, durmiendo. Unos encima de otros. Ojalá los humanos fuésemos como los animales, aceptan sus limitaciones y las de los otros sin cuestionarse por qué son diferentes.

Me acuesto nerviosa. No puedo dormir pensando en todo lo que está pasando. No parece que quieran hacer nada malo a Luke, pero el pobre está muy deprimido. A ver si podemos liberarlo, no queda tiempo para encontrar pruebas y denunciarlo.

¿Y la señora? ¿Cómo pretendía que su hijo hablase con la gata? ¿Y qué quería decir don Jaime? ¿Sabe más gente que hay humanos que se convierten en gatos? Tengo que tener cuidado con la Cazagatos, es peligrosa. Y, el caso es que era cariñosa con el chico. ¿Qué le pasará? No se comportaba con normalidad.

7. EL RESCATE

Ya es lunes y Luke lleva casi una semana desaparecido.

Voy al instituto con Iván y vamos hablando de Luke. Esta tarde queremos ir a liberarlo, pero no tenemos ningún plan. ¡Es desesperante!

Es un lunes soso y las clases se me hacen eternas. Es curioso, cuando tienes ganas de que pase algo, el tiempo se estira y nunca llega la hora.

En el recreo vemos a Celia y Ana que están en un rincón del patio hablando. Aunque no esté bien, le pido a Iván que les lea los labios para ver lo que dicen.

Está un rato mirando, pero no me cuenta nada. Cuando se separan, increpo a Iván:

—¡Bueno! ¿Me dices de qué han hablado?

—¡Que sepas que no me parece bien esto! —exclama un poco enfadado—. Si se enterasen de que las espío, se mosquearían, ¡y con razón!

—Es por un buen fin... —contesto.

—Vale, bueno... —dice—, Celia le estaba diciendo a Ana que le cuesta mucho hacer feliz a Rubén, que siempre está enfadado.

—¿Y qué le ha dicho Ana?

—Pues..., creo —dice dubitativo— que Ana piensa que tienen que ser felices los dos y le ha preguntado por qué ella siempre está triste.

—¡Vaya!, o sea que Ana empieza a estar de acuerdo con nosotros.

—Creo que sí, por lo que decía... —contesta—, pero Celia ha dicho algo importante.

—¿Sí?

—Dice que él intenta siempre hacerla feliz, que, aunque se enfade con ella es por su bien. Luego, le pide perdón y le regala cosas. Le ha enseñado una pulsera que le dio ayer y han hablado del gato.

—¿De Luke?

—Bueno —contesta—, ella ha dicho el gato siamés, creo. Dice que lo ha cogido para ella, pero que, si no lo quiere, se deshará de él.

—¡Vaya! ¿Y Celia ha accedido?

—No, le ha dicho que no quiere ir a su casa a solas, que no le parece bien.

—Entonces, no podemos retrasar más el rescate..., aunque no tengamos plan. Rubén es capaz de todo.

El resto de las clases pasan tan lentas como las del principio. Cuando termina la última y suena el timbre, ya tengo todo metido en la mochila y salgo corriendo.

Iván ya me está esperando y vamos juntos hacia la casa de Rubén. Al pasar por la plaza de la Paja, nos cruzamos con una señora mayor que se para delante de nosotros y nos saluda.

—¡Hola, chicos! ¿Qué tal?

Es una señora que ya debe tener los ochenta o más, aunque no tiene apenas arrugas. Es rubia y va peinada de peluquería. Lleva un pantalón beis y una blusa con flores rosas y azules. Nos sonríe con cariño.

¡Es la señora de la bata rosa! La única que nos dio pistas sobre los perros robados el año pasado. Nos dijo que oía ladridos en el patio de su casa y eso nos condujo al local de peleas de perros.

—Buenos días —dice Iván a la vez que le da dos besos.

Yo hago lo mismo y la señora se pone muy contenta de que la hayamos reconocido. Tiene ganas de hablar. ¡Pobre! Por lo que nos contó el año pasado, vive sola, porque su marido murió y sus hijos ya son mayores.

—¿Julia? —dice—, te llamas así, ¿verdad?

—Sí —contesto, indecisa.

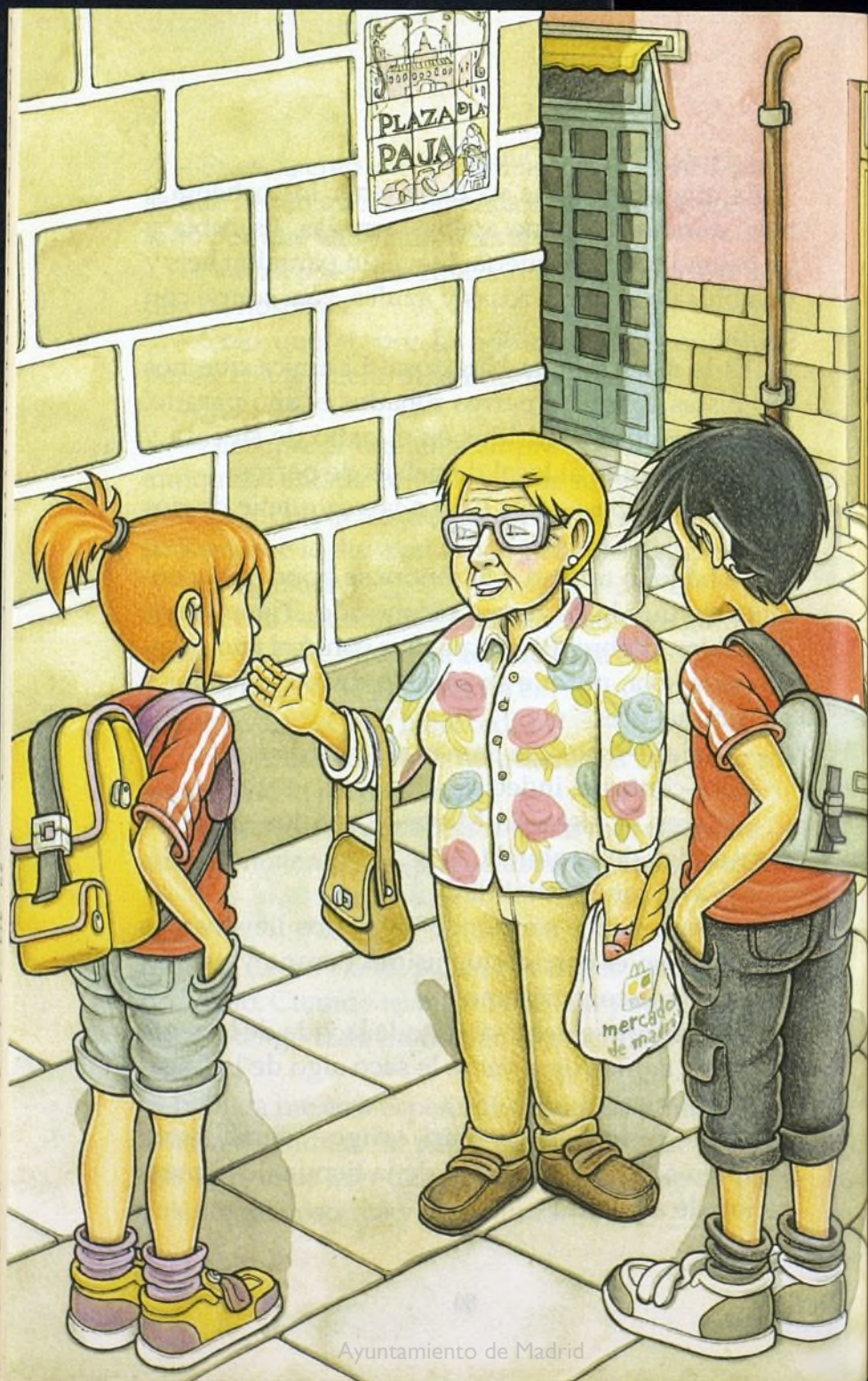
—Y eres la nieta de María —continúa—, yo fui muy amiga de tu abuela.


—¡Vaya, qué casualidad!

—Bueno —dice sonriendo—, las dos llevábamos viviendo en el barrio muchísimo tiempo y es normal que nos conociésemos.

Esta señora se debe saber toda la vida de la gente que vive aquí. Voy a ver si le saco algo de la Cazagatos...

—Por cierto, señora Mari —digo—, igual usted también conoce a la señora de la tienda de alimentación de aquí atrás.





Iván me mira sin entender que alargue la conversación con lo que tenemos que hacer...

—¡Claro!, todos la conocemos. Como abre los fines de semana, viene muy bien para los imprevistos, como ayer —sigue—, que vinieron mis hijos sin avisar...

Sigo escuchando sin poner mucha atención, esperando un respiro para seguir preguntando. Tiene ganas de charlar y de presumir de sus hijos.

—Me ha parecido ver que tiene un niño —intervengo, cuando ha acabado de contarme que a su hijo el psicólogo le va muy bien y que la pequeña es entrenadora del equipo nacional de no sé qué deporte raro.

—Sí, claro —contesta con cara de circunstancias—, se llama Jesús. No habla, creo que es autista.

—¿No habla nada? —dice Iván—, igual es que tiene problemas de oído.

Para Iván este tema es muy importante. Antes de que existieran los audífonos y los implantes, los discapacitados auditivos no aprendían a hablar.

—Algo habla —intervengo—, yo le he oído repetir palabras que le dice su madre, pero como una cantinela.

—¡Eso es! —dice la señora—. Solo repite algunas palabras que oye, pero no sabe expresarse.

—¡Qué pena! —dice Iván.

—Sí, para su madre es muy duro. El otro día me dijo que estos chicos se comunican con imágenes.

—¿Y ella no intenta comunicarse con él con dibujos? —pregunto.

—Dice que lo ha intentado con unos pictogramas que le han dado en la asociación que les ayuda —nos explica—, pero que se pone muy nervioso, porque revuelve entre los dibujos y no encuentra nada que diga lo que él quiere.

—¡Vaya!, pobre —contesto.

—Sí, y el caso es que el chico es majete. Bueno —dice, a la vez que empieza a andar—, que ya es muy tarde. Divértíos, parejita. Da recuerdos a tu madre, Julia.

Noto como me suben los colores al oír lo de parejita y miro a Iván... que se ha puesto como un tomate.

—¡Bufff! —suspira Iván—, qué tarde se nos ha hecho. Voy por la bici para tardar menos. Te llevo como Leia.

Como estamos cerca de su casa, no tarda nada en aparecer con la bici. Salto a la cestita que ha puesto y allá vamos, como en esa película antigua, *E. T.*, en la que un niño lleva en la bici a un extraterrestre. Bueno, solo que ahora el extraterrestre soy yo.

Llegamos a la plaza de Lavapiés. Iván aparca la bici y salto de la cesta.

—Te espero ahí —dice Iván, señalando un banco que está detrás de un árbol en la plaza—, ten mucho cuidado y, si me necesitas, chilla o maúlla o lo que quieras.

Unas cajas junto al portal me permiten saltar hasta el toldo de una tienda sin que nadie me vea. Desde aquí, todo es más sencillo y voy subiendo por los balcones para encontrar a Luke. En el tercer

piso distingo por fin su olor. El balcón está abierto. Es posible que Rubén o sus amigos estén en casa, pero me cuelo para mirar.

El balcón era el del salón y allí no hay nadie, pero oigo voces de chicos. Uno de ellos es Rubén. Me escondo debajo del sofá y escucho con mi superoído felino.

—¿Y cómo llevas lo de la sosa esa? —dice un chico al que no conozco.

—¡Bah!, es muy mona, pero un poco tontita —contesta Rubén—, no consigo que suba ni con lo del gato.

—Debes de estar muy pillado, tío, a otra ya la habrías dejado.

—¿Pillado?, no, lo considero un reto. Caerá como todas.

Se oyen risas de los dos. Creo que están hablando de Celia. ¡Qué ingenua!, para él solo es un reto. Pues, ella sí que está pillada por él. Tenemos que conseguir que deje a ese tío antes de que pase nada.

Olisqueo para buscar a Luke y lo encuentro detrás de una puerta. No puede abrirla, ni yo tampoco. Me muestra imágenes de la habitación. Es como un cuarto de escobas y él está allí encerrado. Tiene mucho miedo.

Por más que salto e intento llegar al picaporte, no puedo y ahora, con Rubén y el otro chico en casa, no puedo convertirme en Julia.

Tranquilizo a Luke y le prometo que volveré pronto.

Iván me está esperando en la calle. Me convierto detrás de un árbol y le cuento lo que he visto y

oído. Quedamos en volver por la noche con Flecha, por si nos tiene que ayudar. Ahora, yo sola, como Leia, no puedo hacer nada.

Cuando llego a casa, mi madre me recibe con cara preocupada. Les dije que me iba a comer con Iván y ya es un poco tarde.

—¿Habéis estado buscando a Luke otra vez?

—Sí —contesto—, no lo encontramos. Debe de ser verdad lo que dijo Celia el otro día.

Mi madre me ha debido ver tan preocupada que por fin se ofrece a ayudarme.

—Cariño, mañana puedo ir yo a dar una vuelta por donde vive el chico ese. ¿Sabes dónde es?

Le digo la dirección, pero no creo que vaya, porque cuando le pregunto qué piensa hacer, me dice que mirar por ese barrio, preguntar a los vecinos...

Y me vuelve a repetir que yo no debo ir allí y mucho menos Leia. ¡Qué manía le ha entrado!

Paso el resto de la tarde leyendo y repasando lo que hemos visto en clase, pero me cuesta mucho concentrarme sabiendo dónde está Luke. ¿Y cómo podemos ayudar a Celia?

En la cena, mi madre me vuelve a advertir que no vaya sola a buscar a Luke a Lavapiés, que ya irá ella mañana.

Me ha insistido tanto, que ahora me siento culpable por lo de esta noche, pero ya he quedado con Iván.

Después de cenar, subo a mi habitación alegando que estoy cansada. Mi madre insiste en que me quede a ver la tele con ellos, pero mi padre la convence.

—¡Mujer!, déjala. No ves que no le apetece quedarse con nosotros a ver series.

Subo corriendo antes de que se arrepientan y oigo suspirar a mi madre.

—¡Ay, Pablo!, si es que quiero que esté más con nosotros.

Una vez sola en mi habitación, escribo un mensaje a Iván para que me espere en la plaza y me pongo sobre mis cuatro patas para poder saltar por la ventana.

Me asomo y veo a Iván y Flecha abajo, esperándome. Salto y aterrizo a sus pies. Iván sonríe y me acaricia. Flecha me olisquea y mueve la cola.

Es una noche preciosa. No hay nubes y la luna brilla casi llena en su cuarto creciente.

Esta vez vamos a pie. Flecha y yo vamos en cabeza correteando e Iván nos sigue apresurando el paso.

Llegamos a la plaza de Lavapiés y vamos hacia el portal de Rubén. No se ve luz en su piso, pero eso no quiere decir que no esté. Iván se queda con Flecha esperando y se despide de mí.

—Leia, ¡ten mucho cuidado! Y si tienes problemas, nos llamas a Flecha y a mí.

Se ha agachado a acariciarme el lomo mientras me decía esto y yo aprovecho para darle un lametazo en la nariz. Soy más atrevida cuando estoy como Leia. Julia nunca se atrevería a tanto.

Subo hasta el balcón de Rubén. Está abierto y con la persiana a medias. Realmente, no sé qué voy a hacer si Luke sigue encerrado en el cuarto de las escobas... ¿Y si la puerta está cerrada con llave?

Paso sigilosamente y aguzo el oído. Aunque está todo oscuro, con mi visión nocturna, consigo ver por dónde voy. Hemos tenido suerte y no están.

Luke me ha detectado y empieza a maullar desesperado. Le hago callar transmitiéndole calma. Sigue encerrado y por más que empuja la puerta, no puede salir. Me convierto en Julia.

Tengo suerte: la puerta no tiene cerradura. La abro intentando amortiguar el chirrido del picaporte. Luke salta a mis brazos. Con el impulso que llevaba, me ha tirado al suelo y se ha subido lamiéndome la cara y las manos.

¡Pobre!, que mal lo ha debido pasar. Cuando consigo quitármelo de encima, me vuelvo a convertir en Leia y vuelve a saltar encima de mí, lamiéndome otra vez. Lo tranquilizo y le muestro el balcón por el que entré. Salimos por el hueco que hay entre la persiana y el suelo y vamos saltando de balcón en balcón hasta que llegamos abajo.

Iván y Flecha vienen a nuestro encuentro y empezamos a andar de vuelta a nuestro barrio.

Corremos por medio de la calle para llegar a la plaza de Lavapiés, pero vemos llegar dos motos que nos impiden el paso.

—¡Pero si es mi gato! —chilla Rubén desde la moto—. Y esa es la gata sarnosa.

Iván, que se había adelantado con Flecha, vuelve al oír esto y el otro chico grita.

—Eh, chico. El del perro. ¡Devuelve ese gato!

Los dos aceleran la moto y van hacia Luke y hacia mí. Flecha salta y se pone delante de las motos.

Iván acude también y les dice:

—Dejad a esos animales o llamo a la policía.

No se asustan lo más mínimo y aceleran la moto para ir hacia nosotros.

Iván y Flecha suben a la acera y corren hacia la plaza de Lavapiés donde no pueden pasar motos. El amigo de Rubén los persigue, pero consiguen pasar a la plaza justo antes de que los alcance. Rubén nos persigue a Luke y a mí. Yo intento dirigir a Luke también hacia la plaza, pero nos ha acorralado contra la pared, justo en la esquina. Le indico a Luke que me siga y paso por la derecha de la moto, poniéndome a salvo, pero cuando el gato va a hacer lo mismo, Rubén se baja de la moto y lo agarra gritando:

—¡Maldito siamés! Te voy a dar tu merecido.

Y, según está diciendo esto, aplasta a Luke contra la pared. El pobre gato se está retorciendo intentando arañar a Rubén, pero no lo consigue, porque le tiene cogido por el cuello.

No sé qué hacer, está todo perdido, va a hacer daño a Luke y no voy a poder liberarlo, aunque debo intentarlo.

Estoy a punto de ir a ayudarle, pero veo aparecer a la gata tricolor mayor. Ha dado un salto y se ha agarrado con las uñas del brazo de Rubén.

Rubén chilla y suelta a Luke, pero la gata tricolor mayor sigue colgada de su brazo.

Noto que la gata me está transmitiendo que huya, que ella está bien. No sé por qué, pero le hago caso y Luke y yo nos vamos corriendo. Nos

cruzamos con el amigo de Rubén, que corre a ayudarle al escuchar sus gritos.

Nos encontramos con Iván y Flecha, y entonces oigo un maullido muy fuerte. Miro y veo que Rubén ha dado un golpe en la cabeza a la gata tricolor y ha conseguido que lo suelte.

Quiero volver por ella, pero me sigue transmitiendo la urgencia de huir y la dejo allí tirada.

Por lo menos, Rubén la ha dejado y va con su amigo hacia su casa.

—¡Tío!, aquí los animales son salvajes. Como los vuelva a ver por aquí, los mato.

Flecha y Luke van corriendo como locos, pero Iván me está esperando. Corremos los dos hacia nuestro barrio.

Todo está en silencio en casa, mis padres deben estar durmiendo. Llevo a Luke al sótano con los otros gatos y subo a mi habitación.

Me acuesto pensando en la gata tricolor. Creo que estaba herida. He visto que tenía sangre en la cabeza. No debí dejarla, pero tuve un instinto extraño que me pedía que la obedeciera, que me pudiese a salvo.

Sigo dando vueltas en la cama, pensando en todo lo que ha pasado y de dónde ha salido esa gata. Se abre la puerta de la calle, ¿quién puede venir a estas horas? Oigo pasos subiendo por la escalera y me asusto un poco. Me tapo la cabeza y oigo la puerta abrirse. A través de la sábana, me parece ver que es mi madre quien se está asomando. ¿Es ella la que ha venido de la calle?

Por la mañana, cuando bajo a desayunar, veo a mi madre sentada a la mesa con una tirita en la frente.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunto.

—¡Una pesadilla! —dice mi padre—, se acostó bien y se ha levantado con una herida en la frente.

—¡Qué pesadilla! —interviene mi madre—, ya te he dicho que me levanté al baño y, como iba a oscuras, me di con la puerta.

Mi padre ríe y yo miro a mi madre cada vez más extrañada. ¡Tiene la herida en el mismo sitio que la gata mayor tricolor! Mi madre, ¿gata? ¡Qué idea más absurda!

Recuerdo que tengo que contar que ha aparecido Luke y no sé cómo hacerlo. Finalmente, digo:

—¿Sabéis que Luke volvió anoche solo?

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Está bien? —exclama mi padre sin expresar una idea entera.

—Ya... —dice mi madre.

—Ya, ¿qué? —la interrumpe mi padre—, ¿alguien quiere contármelo?

Mi madre y yo nos miramos y no decimos nada. Luego, mira a mi padre y dice:

—Pues eso, que volvió ayer, solo. Lo oí maullar y, cuando iba a ir a buscarlo, oí a Julia que salía de su habitación y bajaba a abrirle.

Cuando mi padre vuelve a su periódico, mi madre me mira y sonríe.

—Tú y yo tenemos mucho de qué hablar —me dice.

8. LEIA DESAPARECE

Después de lo que me ha dicho mi madre, no puedo irme sin hablar con ella. ¿Es la gata tricolor que me salvó? Tiene sentido que lo sea, como yo y como creo que era la abuela.

Antes de irme, voy a buscarla a la cocina. Antes de que yo pueda preguntar nada, sonrío y dice:

—Tengo muchas cosas que explicarte. Esta noche hablamos.

—Pe-pe-pero... —baluceo—, ¿papá sabe algo?

—Pufff, hay cosas que son difíciles de contar y de creer, ¿no te parece? —contesta y me guiña un ojo—. Además, yo nunca lo había hecho tan a menudo como ahora.

Me da un beso y me dice que me vaya, que voy a llegar tarde. Por un momento, me llegan imágenes de Leia y de la gata tricolor mayor correteando juntas por la plaza.

—Está bien —contesto resignada—. Pero, luego hablamos.

Me encuentro con Iván, con el que no hablo desde ayer cuando rescatamos a Luke. No me atrevo a contarle lo de mi madre y la gata tricolor. Yo todavía no me lo creo.

Hoy tenemos clase de Teatro, hacemos improvisaciones y a mí lo único que se me ocurre es hacerme pasar por una gata. Iván me mira con cara de estás loca. Menos mal que en esta clase no está Celia, el año pasado me decía que parecía una gata salvaje. Luego hay examen de Matemáticas y, después del recreo, de Lengua.

Casi no tengo tiempo de hablar con Iván y no hago más que pensar en mi madre como gata, en que se puso en peligro por nosotros, en que ha estado ayudándome sin enterarme y, lo más importante: ¡ella sabía que yo era Leia!

Cuando salimos de clase, Iván me dice que tiene que ir al médico y no me puede acompañar, así que sigo sin contarle nada de lo de la gata tricolor.

En realidad, me viene bien quedarme sola y poder reflexionar sobre todo lo que ha pasado.

Tengo ganas de corretear y me transformo en Leia, pero no dejo de pensar en mi madre, mi abuela y las gatas tricolores. Don Jaime me dijo algo de la gata de mi abuela y que con nosotras habían vuelto las gatas al barrio. ¿Será cosa de familia? ¿y solo a las mujeres?

Voy tan despistada, que no me he fijado ni por dónde voy y me doy cuenta de que estoy delante de la tienda de la Cazagatos. Paso despacio por delante de la puerta para que no me vea y, de pronto, todo se vuelve oscuro y no puedo moverme. Me ha caído una manta o algo así encima. Me revuelvo intentando salir, pero no lo consigo. Maúllo e intento morder, pero solo pillo la manta, que sabe asquerosa, y mis maullidos no se oyen.

Noto que me coge con la manta y me mete dentro de algo que no sé lo que es.

—¡Aquí no puedes morderme ni escapar! Reconozco la voz de la mujer Cazagatos.

Me erizo de miedo. ¡Qué tonta he sido! Me he descuidado y me ha cogido. Noto que me mueve, arrastrando el habitáculo donde estoy por el suelo. Voy pegando botes por el traqueteo. Parece que me lleva en algo que puede ser un carro de la compra o un transportín, de esos que tienen ruedas.

Por más que maúllo y me muevo, nadie dice nada. Esta vez Iván está lejos y Flecha debe de estar en su casa y no puede salir. Estoy tan asustada que no consigo concentrarme para pedir ayuda a mis gatos.

Por fin termina el suplicio del traqueteo. Veo algo de luz a través de la manta y, sin liberarme de ella, me tira sobre una superficie fría, que parece de metal. Me quejo y ella me dice:

—¡Tranquila!, bonita, no te voy a hacer nada.

¿Nada? ¡Cazarme, llevarme en ese utensilio, tirarme y tenerme envuelta en esa manta que huele a miedo de otros gatos le parece normal!

Noto que tiran de la manta y me liberan. Trastabillo al intentar ponerme de pie y, cuando lo consigo, miro alrededor. ¡Estoy en una jaula! Y la mujer está parada de pie, con la manta en la mano, mirándome.

Bufo, gruño, enseño los dientes, me erizo levantando el lomo, pero no consigo nada. La señora sigue mirándome fijamente, sin asustarse.

Cuando se marcha de la habitación y me deja sola, intento pensar, relajarme y hacerme cargo de la situación.

Compruebo la jaula, que no es muy pequeña, pero tampoco grande. Puedo dar cuatro pasos a lo largo y dos a lo ancho. Huele a otros gatos, pero ahora estoy sola. En un rincón hay un arenero y, en otro, dos cuencos: con pienso y con agua. Ahora no tengo ganas de nada. Estoy aterrada por lo que pueda pasar. No puedo quedarme aquí, mis padres me buscarán, pero no le conté a mi madre dónde estaba la tienda. Iván sí lo sabe, pero con él no me puedo comunicar como gata. Si es verdad lo que sospecho, puedo contactar con mi madre. Intento concentrarme, pero sigo tan nerviosa que no consigo nada ni con mi madre ni con los gatos del café ni con Flecha.

Debo relajarme, pero ¿cómo voy a hacerlo? Me tumbo en un cojín que hay en medio de la jaula e intento pensar cosas buenas, no han encontrado ninguna gata muerta, así que ha debido liberar a las que ha ido cazando. Creo recordar que alguna apareció. Pero, ¿todas? Puede haberlas matado y enterrado en algún sitio.

No consigo tranquilizarme y, cuando estoy alterada, me cuesta controlar las transformaciones. Nunca me he convertido sin quererlo, pero ¿y si de pronto dejo mi forma felina? Como Julia, no cabría en esta jaula.

Oigo la puerta y veo entrar a la mujer a la habitación. Me hago la dormida para que me deje en paz.

A pesar de estar hecha un rollito y tener la cola por delante de los ojos, noto que está junto a mí. Abro un poco el ojo derecho y, a través del pelo de mi cola, la veo mirándome.

—No te hagas la dormida, que te he visto. Creo que a ti no te puedo sacar, pareces muy lista. Voy a por mi hijo.

Después de decir esto, desaparece por la puerta que da a la trastienda, donde la vi el otro día con el chico. ¿Todo esto es para que su hijo tenga una mascota?

Ahora que ha encendido la luz, veo la habitación en la que está la jaula. Tiene una ventana arriba, por la que entra una luz muy tenue. Debe dar a un patio, no creo que se haya hecho de noche. Veo estantes con botes, latas, bebidas, cajas apiladas contra la pared y un frigorífico muy grande. Debe de ser el almacén de la tienda.

Veo abrirse la puerta y oigo:

—¡Venga!, Jesús, hay una gatita.

—Gatita, gatita, gatita.

Pasa la señora y detrás su hijo. No se tocan, ella le hace señas para que pase. Él la sigue con cara extraña, pero mira hacia mí y echa a correr hacia la jaula, diciendo:

—Cariño, dime algo, cariño, dime algo, cariño, dime algo.

Se acerca a mí y se agacha para meter la mano por los barrotes de la jaula. Su madre le dice:

—¡Cuidado!, esta es peligrosa, ha intentado arañarme.

¿Peligrosa? ¿Yo? Con ella que me ha cazado, pero con un niño... ¿Qué se cree esta mujer? Ella secuestra gatas y las encierra y resulta que la peligrosa soy yo.

Me acerco a él y lo dejo tocarme y acariciarme. Ronroneo para que vea que soy pacífica.

Lo noto calmado y tranquilo y logra que yo me tranquilice. Me llegan imágenes, como las que recibo de otros gatos, ¡pero creo que vienen del chico!

Me enseña a su madre y a un niño pequeño. Puede ser él mismo hace tiempo. Tiene el mismo pelo rubio y unos ojos azules grandes y muy expresivos.

En las imágenes que me muestra, él está tumbado y la madre le hace cosquillas. Los dos ríen.

La miro a ella ahora, no se tocan. Ella permanece de pie detrás de él. Su cara muestra dulzura cuando lo mira, pero su mano permanece solo cerca de él, sin rozarlo. Nada parecido a lo que he visto en lo que él me ha enseñado.

Ella le coge el brazo para que me deje y él empieza a chillar y forcejea con ella, hasta que lo suelta. Se pone de pie y grita mientras se da golpes en la cabeza.

—¡Calma!, cariño. No te toco. Te dejo.

Han desaparecido las imágenes y solo me llegan otras en las que se le ve a él, con la edad que tiene ahora, rodeado de niños que intentan tocarlo y él no se deja.

El chico sale corriendo hacia la puerta y desaparece. La mujer se queda sola, parada frente a la jaula. Su cara ha cambiado, parece angustiada y esperanzada al mismo tiempo.

—¿Te ha dicho algo? ¿Qué quiere? —me dice.

Puede que me haya dicho algo. Pero no sé si lo entiendo. ¿Quiere que su madre lo toque? Pero, si es eso lo que quiere ¿por qué se ha puesto así?

Y ella, ¿cómo quiere que le cuente yo algo? La miro fijamente, intentando comunicarme con ella por imágenes, pero no lo consigo.

—Sé que puedes convertirte en humana como tu abuela —dice—. ¡Hazlo por mí!, transfórmate y dime lo que quiere. ¡Es desesperante no poder comunicarme con él!

Se arrodilla y empieza a llorar, agarrada a los barrotes de la jaula.

—¡Por favor!, ayúdame. Necesito ayuda.

Me da mucha pena verla así, pero ha hablado de mi abuela, va a ser verdad lo que dice don Jaime de las gatas tricolores y lo que se comenta en el barrio ¿Eso quiere decir que se conoce nuestro superpoder? Si me convirtiese, podría contarle las imágenes que he visto, pero para hacerlo tendría que sacarme de la jaula. Estoy pensando cómo indicárselo cuando me doy cuenta de lo peligroso que sería revelarle mi poder y me vuelvo a tumbar.

Se va de la habitación y apaga la luz. ¿Debería convertirme para que me dejase salir? En el fondo me da pena, creo que su hijo solo quiere que lo toque, como cuando era pequeño, que juegue con él, sin miedo a hacerle daño. ¿Cómo decírselo sin delatarme?

Por la ventana que hay en la habitación ya no entra apenas luz, se habrá hecho de noche. Mis padres deben de estar muy angustiados.



Aunque sigo muy preocupada, ya estoy más tranquila sabiendo que la mujer no quiere hacerme daño. Me concentro, intentando contactar con alguien y me llegan imágenes entrecortadas de la puerta de la tienda. ¡Es Flecha!, con él siempre lo veo así. Le mando imágenes de la jaula, de la habitación y de mi madre. Creo que es ella la que tiene que venir a buscarme. ¿Me entenderá Flecha?

Dejo de recibir imágenes, pero me sigo concentrando para comunicarme con quien sea. No lo consigo, estoy tan cansada...

Me he debido de quedar dormida, porque me sobresalto con unos golpes que se oyen en la ventana que está en lo alto.

Me quedo mirando y veo entrar por la ventana a Luke, Centella, Bianqui y, por último: ¡la gata tricolor mayor!

¡Han venido a salvarme! Corretean los cuatro, alrededor de la jaula, saltando hacia el pestillo, pero no llegan. Me acerco a las rejas y Luke me chupea todo el morro. Se acerca la gata tricolor, que me lame la oreja y después se va hacia la puerta.

Se queda quieta, mirando hacia mí, cuando veo que se levanta sobre sus patas traseras. Su figura se empieza a ver difuminada, como a través de un plástico grueso. La cola, que cuelga rozando el suelo, empieza a desaparecer, a la vez que se deja de ver el pelo naranja, blanco y negro, para empezar a mostrar unos pantalones vaqueros. Y a

la vez, también cambia el pelo de las patas delanteras por la tela de una camiseta roja. Sus garras se transforman en manos y el pelo de su morro desaparece, y veo ¡la cara de mi madre!

Se acerca con una sonrisa de oreja a oreja y abre el cerrojo de la jaula. Salgo y me convierto en Julia. Ahora que la he visto a ella, me imagino cómo se me ve a mí al transformarme.

Nos quedamos las dos mirándonos y nos damos un abrazo, largo y fuerte. La tensión me puede y empiezo a llorar.

—¡Mamá!, ¿eres tú?, gracias, gracias, perdona...

—Vale, cielo, tranquila.

—Pero, ¿cómo has sabido dónde estaba?

—Ha sido Flecha. Pobre Iván, vino con él, diciéndome que quería que lo siguiésemos. Lo dejé con tu padre. No podía contarles esto.

—¿Esto? ¿Desde cuándo? ¿Tú? ¿La abuela?

—Mañana hablamos más despacio. Empecé a la misma edad que tú, pero nunca he querido...

—¿Y sabías que yo...?

—Lo empecé a sospechar el año pasado. Aunque pretendías engañarme, nunca estabais juntas Leia y tú.

—Pero...

—Vale, Julia. Vuelve a ser Leia, que yo volveré a ser Amidala. Tenemos que huir.

¿Amidala? ¿La madre de Leia? ¿Desde cuándo es Amidala?

Me convierto a la vez que ella y la miro de cerca, veo que las manchas de su cara se parecen mucho a las mías. Ella también tiene esa manchita negra

en la barbilla, como yo. Me da con la cola para que trepe por las cajas que están apiladas en la pared.

Luke, Centella y Blanqui ya están arriba saltando por la ventana y Amidala me empuja con la cabeza para que trepe yo también. Estoy asomada, pero me da miedo, me empuja y salto, cayendo sobre mis cuatro patas como era de esperar.

Abajo me encuentro con todos los gatos, ¡qué ilusión me hace! Pokémon también ha venido, pero lo han dejado abajo esperando. ¡Es tan torpe que no ha podido subir!

Nos quedamos todos mirando hacia la ventana y vemos saltar a mi madre Amidala, que aterriza junto a nosotros.

Nos vamos todos juntos hacia la cafetería. Cuando volvemos una esquina, nos reflejamos en un escaparate y contemplo nuestra imagen, Amidala y yo encabezamos el grupo, justo detrás vienen Luke y Centella muy juntos, como si fuesen novios, un poco alejado va Pokémon, que corretea con sus patitas de cachorro y Blanqui cierra el grupo para no perder de vista a su protegido.

Cuando llegamos, los gatos entran en el sótano por la ventana. Nos hemos tenido que convertir en humanas para abrírsele.

Antes de entrar, mi madre me coge del brazo para conspirar.

—Papá no sabe nada. Le dije que Iván te había visto entrando en una tienda, que te esperó y que no te vio salir. Y se supone que yo he ido a la tienda a buscarte.

—¿Y qué vamos a decirle?

—Pues, que te metiste en un patio de la tienda

para ver unos gatos y te quedaste encerrada. Y que yo he ido a sacarte.

Qué hábil es preparando coartadas. Se nota que lleva años haciéndolo.

Cuando entramos en la cafetería, vemos que Iván está con él. Están hablando sobre llamar a la policía. Iván intenta convencerlo de no llamar, pero mi padre está muy nervioso.

—Pablo —dice mi madre—, ¡la he encontrado!

—Julia —contesta él—, qué susto nos has dado.

Me mira con cara tierna, decidiendo si besarme o echarme la bronca por el día tan horrible que ha debido pasar.

—Julia —interviene Iván—, ¿estás bien?

—Sí —digo—, estoy bien. Me había quedado encerrada por ir a ver unos gatos. Menos mal que mamá me encontró.

Mamá y yo nos alternamos para contar la historia que nos hemos inventado. Iván no hace más que mirarnos a los tres. Creo que se da cuenta de que es mentira, pero ni se imagina toda la verdad.

Cuando se va Iván, intento hablar con mamá, pero papá no me deja tranquila, contándome lo preocupados que han estado y preguntando por qué no he llamado. Le explico que el móvil se quedó sin batería y por eso no he podido pedirles ayuda y que me daba apuro chillar por si llamaban a la policía.

El pobre ha estado tan nervioso que no nos deja en paz. Mi madre me dice que ya hablaremos al día siguiente, cuando él no esté. Va a ser una noche muy larga, imaginándome lo que me va a contar.

9. HERENCIA

He dormido fatal esta noche, a pesar de lo cansada que estaba. No podía conciliar el sueño pensando en mamá, en Amidala, en la abuela.

También pienso en Jesús. Creo que solo quiere que su madre juegue con él, como cuando era pequeño, pero ella no se atreve a tocarlo. Cuando lo hizo, chilló, como en las imágenes que me mostró con otros niños que lo tocaban para hacerle rabiar.

Cuando me llama mamá, ya entra el sol por la ventana. Empiezo a agobiarme pensando que voy a llegar tarde cuando me dice que hoy es fiesta.

¡Menos mal! Porque estoy agotada. Me miro en el espejo y veo que parezco un oso panda por las ojeras que tengo.

Cuando bajo a desayunar, solo quedan mis cosas. Mis padres ya han terminado. Papá está atendiendo a unos clientes y mamá se sienta conmigo mientras tomo mi café con tostadas.

Como estamos solas, intento sonsacarla.

—Bueno, mamá. Es flipante. Cuéntamelo.

—Chist —dice, poniendo un dedo en la boca—, luego, nos van a oír.

Lleva eludiendo la conversación desde ayer por la mañana. Desayuno a toda prisa y cuando recojo, le digo:

—¿Ya es luego?

—¡Qué impaciente eres! —dice, suspirando.

—No, si te parece. Como si lo que fueses a contar no tuviese la menor importancia. Me tienes de los nervios.

—¡Vamos arriba! —me dice sonriendo.

Mi padre nos mira intrigado, cuando ve que nos dirigimos a la escalera.

—Pablo, nosotras subimos a las habitaciones, que Julia quiere que le preste uno de mis pañuelos.

Mi padre asiente y, mientras subimos, pienso que es un hacha inventando coartadas. ¡Qué inocente es mi padre!

Entramos a su dormitorio. Es el que ocupaba la abuela cuando vivía aquí, pero no se parece nada a como estaba antes. En lugar de los muebles originales, hay unos más modernos, en blanco. Y las paredes son ahora azules, en lugar de rosas.

Va hacia una cómoda de cuatro cajones que está frente a la cama y abre el cajón inferior. Veo que allí guarda todos los pañuelos de cuello. Le encantan y los tiene de todos los colores. Al abrir, me llega su olor, ese aroma a rosas de su perfume preferido.

Mete la mano por debajo de los pañuelos y saca una carpeta de cuero negra, está muy desgastada y sujeta con un lazo naranja.

Me lleva hacia la cama, y ahora el olor a cuero viejo suplanta el olor a rosas. Nos sentamos las dos mientras ella mantiene la carpeta sin abrir, en su mano.

—Estas fotos eran de la abuela, que las heredó de su madre —me dice mientras acaricia la cubierta de la carpeta.

—¿Había fotos en la época de la madre de la abuela?

—Pues claro, ¿qué te crees? Y si no, había dibujantes.

Y, diciendo esto, desata el lazo, abre la carpeta y, sobre un montón de fotos, se ve un dibujo a lápiz.

Es un poco infantil, y en él se ven dos figuras separadas entre sí por una raya vertical. En el lado de la izquierda, se ve lo que podría ser una niña o una mujer. Tiene falda larga y coletas con lazos. El dibujo de la derecha ¡es un gato! El dibujo no tiene color, pero el gato tiene las manchas características de una tricolor.

—¿Un gato? ¿Quién...?

—Una gata tricolor, es la abuela de la abuela, o sea, tu tatarabuela. En esa época ya existía la fotografía, pero no estaba muy extendida. Supongo que fue ella misma la que hizo el dibujo.

—¿Y antes de ella?

—Bueno. Lo que te voy a contar ha pasado de madres a hijas desde tu tatarabuela. No hay constancia de que hubiese alguna antes. Yo creo que este poder está relacionado con esta casa.

—¿La tatarabuela vivió también aquí?

—Verás, esta casa se construyó a finales del siglo XIX y la tatarabuela vino a vivir aquí con sus padres a principios del siglo XX.

—¡Hala! ¿Y ha habido gente de nuestra familia viviendo aquí desde entonces?

—Sí, cariño. En principio vivían de alquiler hasta que los abuelos se la compraron a don Jaime, que era el propietario. Antiguamente, los alquileres se heredaban de padres a hijos.

—¡Qué guay!, ¿y no encontrasteis ningún tesoro cuando hicisteis la obra?

—No, solo papeles, como el primer contrato de alquiler —dice mamá sonriendo, a la vez que me coloca la melena.

—Y esta carpeta, ¿no?

—No, esta carpeta ha ido pasando de madres a hijas.

—Pero, ¿qué tiene de especial esta casa?

—No lo sé muy bien. El propietario era don Jaime, que la heredó de su padre. Puede que él conozca mejor la historia.

Nunca me había contado mi madre estas cosas tan curiosas sobre nuestra familia. Tengo que interrogar a don Jaime, pero ahora me interesa ver qué más hay en la carpeta esa. Dejo a un lado el dibujo de la tatarabuela y veo fotos en blanco y negro. Son muy antiguas y en ella se ve a una joven de unos dieciséis años, con un vestido de flores por debajo de la rodilla. Tiene la cara muy seria, pero mi madre me explica que es porque, en esa época, había que estar mucho tiempo quieto para que pudiese salir la foto y la gente no sonreía.

Hay varias fotos de esa joven y otra con una señora vestida de negro que sujeta una gata, que parece también tricolor. Esa foto está movida y no se distingue bien, pero mamá me dice que son la tatarabuela con la bisabuela como humana y como gata.

—¿Humana y gata? —pregunto—, ¿quieres decir que estamos viendo chicas que se convierten en gatas?

—Sí..., creo, además, creo que son las primeras fotos de ellas como gatas.

—Pero, nosotras empezamos a convertirnos a los doce años y aquí la bisabuela es mayor.

—La abuela pensaba que era porque le pilló la Guerra Civil, y con el miedo que debieron pasar, no lograría controlar las transformaciones. Ya sabes que, si no estamos tranquilas, no lo conseguimos. Además, es posible que ella no se lo dijese a su madre. ¿No crees?

Afirmo con la cabeza, un poco avergonzada.

—¿Seguimos...? —digo para evitar este momento tan incómodo.

Y pasa al siguiente lote de retratos, donde ya no se ven fotos de estudio, sino fotos hechas por un particular. Son pequeñas, pero todavía se ven bien. En ellas aparece una niña con un vestidito con mangas de globo y falda de vuelo, le llega por encima de las rodillas. En otras fotos, hay una gata. Aunque la foto es en blanco y negro, se ve que la gata es tricolor, como nosotras. ¡Y tiene también la manchita negra en la barbilla!

—Esta es la abuela —dice con cara triste—, ¡qué guapa era!

Veo las fotos y me reconozco en ellas. La gente del barrio dice que me parezco a mi abuela, y ¡es verdad!

Veo todas las fotos de la abuela, con distintos vestidos y todos preciosos. Cuando dejo ese montón de fotos, pregunto:

—¿Y ahora tú?

—Sí, ahora yo, pero esas fotos me las hicieron siendo mayor. Yo nunca quise este poder. Me daba miedo.

—¿Por qué?

—No sé, no quería ser distinta al resto. Además, la abuela me contó que, cuando ella empezó a convertirse, hubo varios robos de gatas tricolor en el barrio y me daba pánico que volviera a pasar igual.

—¿Y solo robaban gatas tricolores? ¿Como ahora? ¿Por qué?

—Nunca lo supieron. Ahora pienso que quizás querían investigar sobre nuestro poder o, simplemente, querían aprender a comunicarse como nosotras...

—Por eso tú tenías claro que la Cazagatos no había cogido a Luke...

—Sí, y tenía razón, ¿no? —dice sacando el último lote de fotografías—. Esta soy yo, ya tenía quince años, porque no le dejé a la abuela hacerme fotos antes.

Empezamos a ver sus fotos. En ellas se ve a mamá de joven, con vaqueros y camisas amplias, como se llevaban en esa época. Y en otras, Amidala, la gata tricolor que ya conozco.

Mientras vemos estas últimas imágenes, sigue contándome:

—Todas hemos empezado con este poder a los doce años. Y, en todos los casos, viviendo en esta casa o teniendo cerca algún objeto que haya estado mucho tiempo en ella.

—¿Como el gato de peluche que me regaló la abuela?

Sonríe con picardía y me recuerda lo mal que le sentó que la abuela me regalase el muñeco, justo cuando iba a cumplir los doce años.

La interrogo sobre por qué tenemos este poder, por qué gatas tricolores, pero no me saca de dudas.

—No sé nada más, ya tienes tanta información como yo. Tendremos que seguir investigando. Ahora lo que me apetece es pasear contigo como Leia y Amidala.

—¡Espera! ¿Por qué Amidala?

Como te decía, antes no me gustaba este poder y nadie me puso nombre. Y cuando lo retomé, para protegerte...

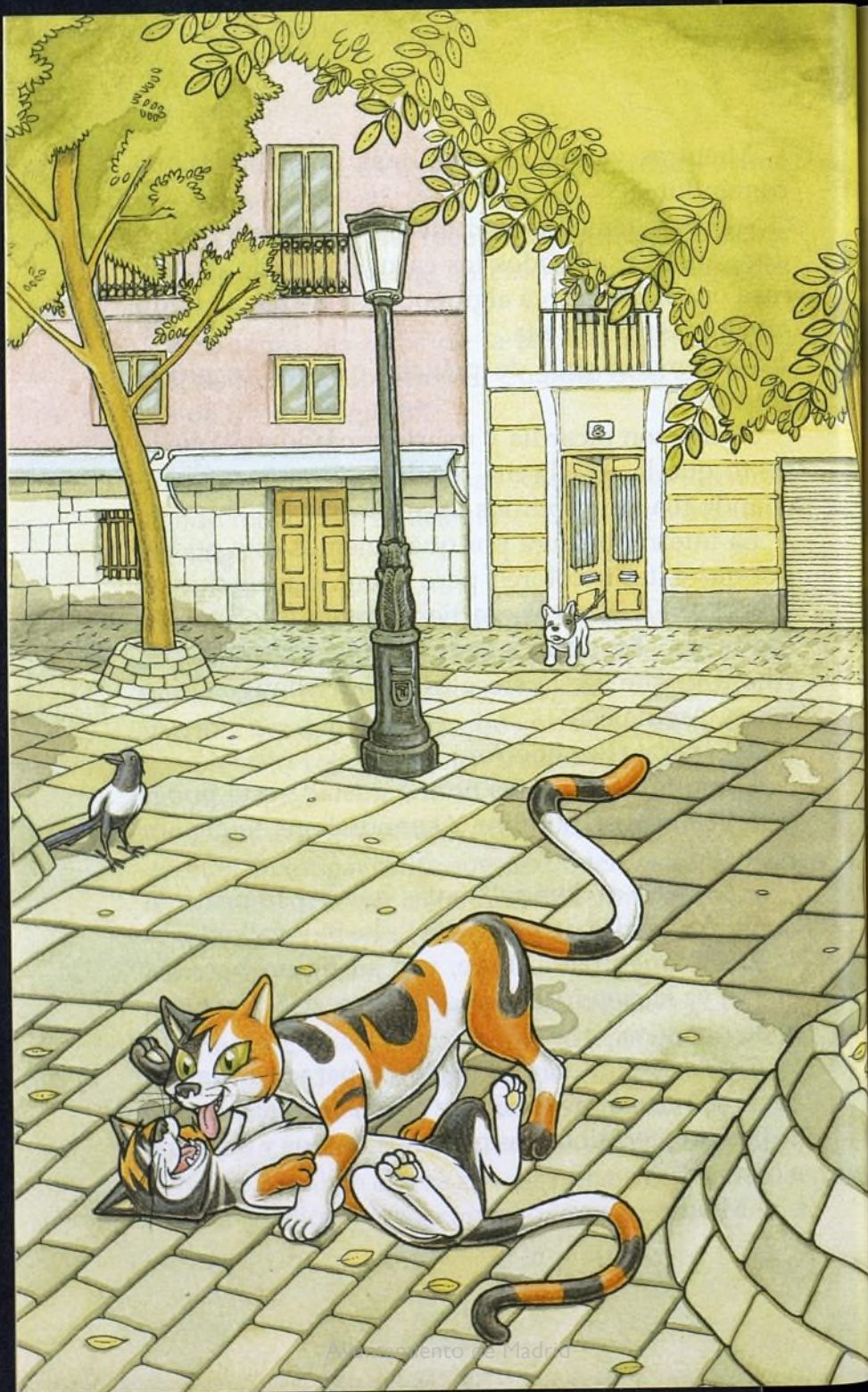
—¡Claro! —exclamo—, tenías que ser la princesa Amidala, madre de Leia y de Luke Skywalker.


Ríe y, mientras lo hace, veo su figura borrosa, que se va haciendo más pequeña, mezclándose con la de una gata.

Ahora es Amidala, permanece parada mirando hacia mí, como invitándome a transformarme.

Cuando termino, nos miramos las dos y decimos a coro:

—Miauu.





Yo voy hacia la puerta, pero ella me dirige hacia la ventana. Es curioso, no tengo que esforzarme por comunicarme con ella. Solo sé lo que quiere y yo pienso lo que le diría y noto que me entiende.

Saltamos por la ventana y caemos en el callejón de atrás, donde da la ventana del dormitorio de mis padres.

Allí empezamos a corretear y a jugar. Se pone en plan gamberra y salta para cogerme. Me tira por el suelo y me lame toda la cabeza.

Hoy está un poco nublado y echamos de menos que el sol nos caliente el lomo. Empieza a chispear y corremos por la plaza hasta el edificio donde vive Celia y también Jesús, el niño autista. Creo que es el momento de enseñarle mis secretos.

Le digo que vamos a ver a Celia y Alicia, su madre. Como buena gata, es curiosa y me sigue por los tejados hacia el ático de Celia. Cuando llegamos a su terraza, mi madre mira por todas las ventanas, buscando a su archienemiga Alicia, pero no la encontramos. A la que sí vemos es a Celia, que está en su dormitorio.

Nos acercamos despacio y vemos que está sentada en la cama con Ana, nos quedamos debajo de la ventana y orientamos nuestras orejas para no perdernos nada:

—¡Mujer! —dice Ana, con tono suplicante—, no te enfades. Puse la foto porque salíamos todos.

—Ya..., pero... —balbucea Celia—, Fer está cogiéndome del hombro.

—Celia, eso no tiene importancia —exclama Ana.

—¡Claro!, eso se lo dices a Rubén —dice Celia, subiéndole el tono—, está mosqueado conmigo, porque no quise subir a ver al gato y ahora lo de la fotito. Me ha dicho que como vea a Fer, le da una paliza.

Según dice esto, se levanta de la cama y va hacia la ventana a cerrarla. Ya no oímos la contestación de Ana y nos vamos sigilosamente para que no nos vean.

A mi madre no le gusta lo que hemos oído. La noto preocupada, tanto que me da la razón en lo que le contaba sobre Rubén.

Ha dejado de chispear y me propone bajar a la plaza. Entonces pienso en la Cazagatos y su hijo Jesús. Mamá conoce a la señora, pero no conoce al niño.

Cuando se entera de que viven en esta misma casa, se enfada conmigo y me hace salir huyendo de ahí.

No hemos podido hablar del tema, pero le comunico que la señora solo quiere saber lo que quiere decirle su hijo. También le muestro lo que me enseñó Jesús. Piensa, como yo, que debemos ayudar a la mujer sin descubrir nuestro secreto.

Quiero seguir jugando y presentarle a Flecha e Iván, pero dice que ya está bien por hoy, que hemos dejado solo a papá en un día de fiesta, que es cuando tenemos más clientes.

Cuando volvemos, vemos a mi padre en la cafetería sirviendo a los clientes, que cada vez son más. Aparecemos desde la plaza a la terraza como Carmen y Julia.

—¿Se puede saber dónde estabais?, esto está a tope —nos recrimina.

—Perdona —suplica mamá un poco avergonzada—, hemos ido a buscar a Leia, que hoy no ha aparecido.

¡Hala!, eso es mentir. Ahora la culpa la tiene Leia y papá se queda preocupado.

—¿La habrán cogido?, decías que había una señora que robaba gatas...

—No te preocupes —corta mamá, arrepentida—, la hemos encontrado. Estaba jugando por ahí.

Bueno, ahora somos dos buscando excusas. ¡Pobre papá!

Me encuentro con Iván después de comer, y como llueve a mares, nos quedamos en la cafetería tomando un refresco. Aquí no podemos hablar mucho, sobre todo ahora que sé que mamá también tiene superoído gatuno.

Por fin deja de llover y aprovechamos para dar una vuelta por el barrio. Es agradable el olor a tierra mojada. Los adoquines y los tejados de los edificios brillan por el agua que aún no se ha evaporado.

Vamos a Las Vistillas y, como los bancos están mojados, nos apoyamos en el respaldo para charlar.

Lo pongo al día de todo lo de la señora y su hijo, que ella quiere comunicarse con él, pero no lo entiende.

Y lo mejor, le cuento lo de mi madre y mi herencia.

—¿Quééé? —pregunta con los ojos como platos—, ¿todas las mujeres de vuestra familia sois gatas?

—Pues eso parece, y creo que empezamos a convertirnos a los doce años, si estamos en la casa o tenemos un objeto que haya estado allí.

—¿Y eso se contagia?

Está excitado con la historia y no hace más que hablar de cómo nos ha tenido engañados mi madre y cómo ha disimulado. Piensa si en su familia o en otra gente del barrio puede haber un poder similar oculto.

Consigo que deje de preguntar y nos despedimos hasta mañana. Se va hacia su casa pensativo, mirando al suelo. De pronto se vuelve y me dice:

—¡Es flipante!, ¿no?, y si tene... tienes hijas, ¿serán también gatas?

Al decir esto, me he puesto colorada. Y él también. Solo puedo encoger los hombros y sonreír antes de salir corriendo hacia casa.

10. LOS AMIGOS DE RUBÉN

Estos últimos días, mamá y yo hemos aprovechado para pasear juntas como gatas. Le hemos dados mil vueltas a cómo ayudar a la madre de Jesús sin tener que revelar nuestro secreto. Aunque también nos preguntamos si sabe que hay personas como nosotras. Le cuento lo que me insinuó don Jaime el otro día sobre que han vuelto las gatas al barrio y, aunque le quita importancia, noto que se ha quedado preocupada.

En nuestras correrías, hemos evitado pasar cerca de la Cazagatos. Así que, como Celia vive en el mismo edificio, no hemos seguido la evolución de su relación con Rubén. De todas formas, tampoco lo he visto ir a buscarla al instituto. ¿Lo habrán dejado? Mi madre no es muy optimista con esto.

Cuando llegó el fin de semana, hicimos un mercadillo y fue todo un éxito. A Iván le tocaba estar con su padre y no pudo venir a ayudarnos. Pero, el lunes vuelve a esperarme en la plaza para ir juntos a clase.

Antes de irse, tampoco nos vimos mucho, la verdad es que lo he tenido un poco abandonado. Él lo comprende, tenía que conocer a Amidala, mi madre gata. No todos los días te enteras de que puedes pasear con tu madre por los tejados.

—¿Has sabido algo de Celia? —pregunta, camino del instituto.

—No, llevo desde el miércoles correteando con mi madre y este finde hemos estado muy liados con lo del mercadillo.

—Ha sido un éxito, ¿no?

Cuando voy a contestarle, vemos a Celia y Ana por delante. Van discutiendo, pero no podemos oír de qué hablan. Celia entra en el instituto y Ana, que nos ha visto llegar, se queda esperándonos.

—Chicos, creo que tenéis razón —nos dice Ana—. Hay que hacer algo con lo de Celia y Rubén. Cada vez la cosa es peor.

Más vale tarde que nunca. No sé qué la ha convencido, pero bienvenido sea. Le preguntamos y nos explica la conversación que escuché con mi madre. Lo de la foto que ha subido Ana en la que se ve a Fer, que coge del hombro a Celia.

Quedamos en hablar todos a la salida para ver cómo hacerle entender a Celia que esta relación no es buena.

Llegamos a clase, Celia ya está sentada y está chateando por el móvil. Cuando nos sentamos Ana y yo, Celia guarda el móvil y no nos mira a ninguna de las dos. La observo de reojo para comprobar lo enfadada que está, pero lo que veo es una cara muy triste, incluso creo que tiene los ojos rojos, como si hubiese llorado.

Cuando salimos al recreo, oímos gritos fuera del instituto.

—¡El que se quiere enrollar con Celia, que salga! Celia, que se iba a asomar por la verja, vuelve al

fondo del patio al oír esto, lo más alejada que puede, y se pone a mirar el móvil ensimismada.

Nos acercamos a la verja, pero nos ponemos en un lugar desde el que no nos ven. En la entrada, hay tres chicos blandiendo palos. Uno de ellos es Rubén, que es el que está gritando.

Como ya estamos en tercero, en el recreo nos dejan salir fuera y siempre cruzamos a la panadería que está enfrente a comprarnos el desayuno, pero hoy no nos atrevemos a salir.

—Ese es el novio de Celia —dice Iván—, ¿a quién quieren pegar?

Fer se encoge de hombros, pero yo sé que se refieren a él. En ese momento, se incorpora Ana al grupo, que lo saca de dudas.

—Creo que es a ti, Fer. Rubén ha visto una foto en la que coges a Celia por el hombro.

—Pero, bueno —dice Fer, con cara de no entender nada—, si nos conocemos todos desde niños.

—Para nosotros es normal —contesta Ana—, pero Rubén solo ve una mano sobre el hombro de su novia.

—Y, aunque realmente estuvieses con ella —intervengo mirando a Fer—, él no tiene derecho a ponerse así. ¿Qué dice Celia?

—Está ahí detrás con el móvil —aclarar Ana.

En ese momento, vemos que Rubén se aparta del grupo, saca el teléfono del bolsillo y se lo pone en la oreja.

—Pues, debe estar llamando a Rubén —explica Iván—, él ha contestado que..., lo hace por ella para que la respeten, y ahora..., creo que ha colgado.

La cosa se está poniendo fea, no podemos salir, pero si no hacemos algo, seguirán esperando hasta que acaben las clases. Decidimos que Iván vaya a contárselo a la jefa de estudios.

Yo, por mi cuenta, entro en los lavabos, donde veo a Celia intentando llamar a Rubén sin éxito, porque él no se lo coge. No me ha visto y me escondo para convertirme en Leia y saltar por la ventana de uno de los habitáculos.

Llego a la calle por detrás del instituto y los chicos no me ven. Voy a casa de Iván a buscar a Flecha. Ahora que hace bueno, le dejan el balcón abierto para que tome el aire.

Cuando llego, le transmito que necesitamos ayuda. Los perros no son tan ágiles como los gatos y, a pesar de estar en el balcón y vivir en un primer piso, no sabe cómo saltar.

Tendré que ayudarle. Subo al toldo del bar de abajo y desde ahí salto al balcón. Examino la casa para ver por dónde podemos salir y veo que la puerta se puede abrir por dentro. Me convierto en Julia para abrir y salimos los dos corriendo hacia el instituto.

Cuando llegamos, veo el panorama desde fuera. Detrás de la verja del instituto están Fer, Ana y ahora también está Celia, y en la acera de enfrente hay tres energúmenos amenazando y chillando, entre ellos, Rubén, que es el que los dirige.

No me hace falta pedir a Flecha que lo ataque, recuerda el episodio del otro día con las motos y va directo hacia Rubén. Le gruñe y, ante el amago de

Rubén de darle con el palo, le muerde el pantalón y tira de él.

Rubén chilla y los dos amigos dan a Flecha con sus palos para que lo suelte. Entonces, salto a uno de ellos y le agarro el brazo con mis zarpas delanteras. Le he clavado las uñas y suelta el palo. Flecha sigue sin dejar su presa, pero el otro chico que queda libre empieza a darme a mí y a Flecha alternativamente. No creo que podamos aguantar mucho.

Cuando estoy a punto de rendirme, una bola naranja, negra y blanca salta hacia él con furia y le muerde la mano para desarmarlo.

¡Es Amidala!, no me acostumbro, debería haberla ido a buscar a ella. ¿Cómo lo habrá sabido?

—¡Suelta, maldito chuchó! —vocifera Rubén, que manotea para quitarse a Flecha de encima.

Yo he soltado mi presa y mi madre también. Los muy cobardes huyen despavoridos.

—¡Ayudadme, rajaos! —grita Rubén.

Le pido a Flecha que lo suelte y sale detrás de sus amigos, mientras murmura:

—¡Salvajes!

Amidala me mira y me llega su regañina mental por no avisarla. Me dice que iba al mercado cuando ha visto lo que pasaba.

Le explico que no me acostumbro a que mi madre sea compañera de aventuras. Luego hablaré con ella. Me oculto para convertirme y volver a clase.

Cuando entro en el instituto, veo que todos los de mi grupo están reunidos en un rincón y la jefa de estudios está hablando con ellos.

Por lo que dice, ha llamado a la policía y ha salido para ver a los atacantes, pero ya se habían ido. Como no los ha visto, está preguntando si alguno de los alumnos conoce a los que nos querían pegar, pero nadie dice nada.

Al incorporarme yo al grupo, me pregunta a mí directamente:

—¿Y tú?, Julia, ¿por qué te has ido?, ¿dónde estabas?

Tengo que inventar rápido. Me quedo dudando, y oigo a mi madre:

—Ha ido a avisarme. Los he visto huyendo cuando llegaba. Creo que uno de ellos era el chico que sale con Celia.

Pero, qué buena es mi madre en esto de los superhéroes, y luego dice que no lo practicaba mucho. Celia la mira como perdonándole la vida y la jefa de estudios se dirige a ella.

—Celia, ¿es eso verdad? ¿Ese chico es del instituto?

—No he visto a los que atacaban —contesta Celia—, pero mi novio es mayor y no viene por aquí.

La jefa de estudios y mi madre se separan del grupo y hablan entre ellas. La jefa de estudios mira a Celia y luego al grupo en general. Nos informa que, sin saber seguro quién ha sido, no puede hacer nada.

Mi madre repite que sí, que era el chico que sale con Celia, pero que nunca lo ha visto de cerca y que no lo puede asegurar al cien por cien.

—¡Ya te vale! —susurra mi madre, mientras me da un beso para despedirse—, luego hablamos.

Después de esta aventura, volvemos a clase. Todos comentan lo del perro y las dos gatas que los atacaron y lo cobardes que han sido al irse huyendo. Se empeñan en contarme lo que ha pasado, si ellos supieran...

En el resto de asignaturas no prestamos atención. Todos estamos nerviosos y les contamos la aventura a los profes, que nos recomiendan que, si conocemos a los atacantes, los denunciemos.

Por fin suena el timbre que marca el fin de las clases. Iván, Ana y yo vamos con Fer, por si siguiesen esperando.

Vamos andando por la calle y oímos a Celia que camina por detrás.

—Ana, ven conmigo que te tengo que contar algo.

Ana se disculpa y se va con Celia. Todos entendemos que no se atreve a ir sola, por si se encuentra con Rubén.

Estamos cruzando, cuando vemos que Ana y Celia se asoman a un portal. Creo que están hablando con alguien.

—Eeeh —digo—, creo que me he dejado un libro en el *insti*. Luego os alcanzo.

Con esta excusa me alejo de ellos lo suficiente para andar sobre mis cuatro patas y averiguar qué hacen Ana y Celia.

Siguen fuera del portal hablando con alguien. Ana tira de Celia para irse, pero no le hace caso.

Al llegar, oigo a Celia.

—Rubén, no te enfades. No pasó nada con Fer. ¿Te han hecho algo?

¡Vaya!, es Rubén el que está escondido. El muy cobarde, ¡con lo gallito que se ha puesto antes!

—Deja de juntarte con esos niñatos —la amenaza— o se arrepentirán.

Ana sigue tirando de Celia sin decir nada.

—Y tú, Ana —grita Rubén—, la peor. ¡Lárgate!, ¿no ves que Celia no quiere estar contigo?

Después de esto, Celia, que no dice nada, coge a Ana del brazo y empiezan a andar de forma apresurada.

Rubén sale del portal y mira para ver si hay alguien. Yo estoy escondida detrás de un árbol. No me apetece que me vea.

Mira hacia donde van Celia y Ana y vuelve a gritar:

—¡Celia, te vas a enterar por lo que ha pasado hoy!

Sigo a Ana y Celia. Miran hacia atrás y cuando ya no ven a Rubén, se paran a hablar.

—Ana, no te enfades con él. En el fondo tiene algo de razón.

—Pero, ¿tú te oyes? ¿Razón? ¿En qué?

—Hoy no lo he apoyado. Todos en el *insti* estabais contra él. Al fin y al cabo, lo hace solo por amor.

—¿Amor? —exclama Ana, dando la espalda a Celia y empezando a andar sin ella.

Celia se queda parada mirando a Ana. Saca su móvil del bolsillo y llama a alguien.

—Rubén, por favor, perdona. Ya estoy sola, nos vemos en mi portal.

¡Celia se va a encontrar con Rubén!, después de lo que ha pasado... Voy a seguirla, cualquiera sabe lo que puede pasar.

Llamo mentalmente a mi madre, por si la cosa se tuerce y necesito ayuda.

Adelanto a Celia y llego antes que ella. Veo que Rubén está en su portal y mi madre ya me espera escondida detrás del banco que está enfrente. Me uno a ella hasta que vemos aparecer a Celia.

—Rubén, perdona, perdona. ¿Estás bien?

—¡Vaya!, ahora te preocupas por mí. Ya podías haberme defendido.

—Pero..., ¿qué podía hacer yo?

—Nada, ¡como siempre! Tú nunca haces nada.

Celia le toca la cara con cariño, pero él le coge la mano y la retira con desdén.

Celia va a decir algo, pero en ese momento aparece corriendo un niño, que se abraza a sus piernas a la vez que dice:

—Celia, Celia, Celia...

¡Es Jesús! El chico autista. No lo puedo creer. Él, que no toca a nadie excepto a las gatas, está abrazando a Celia.

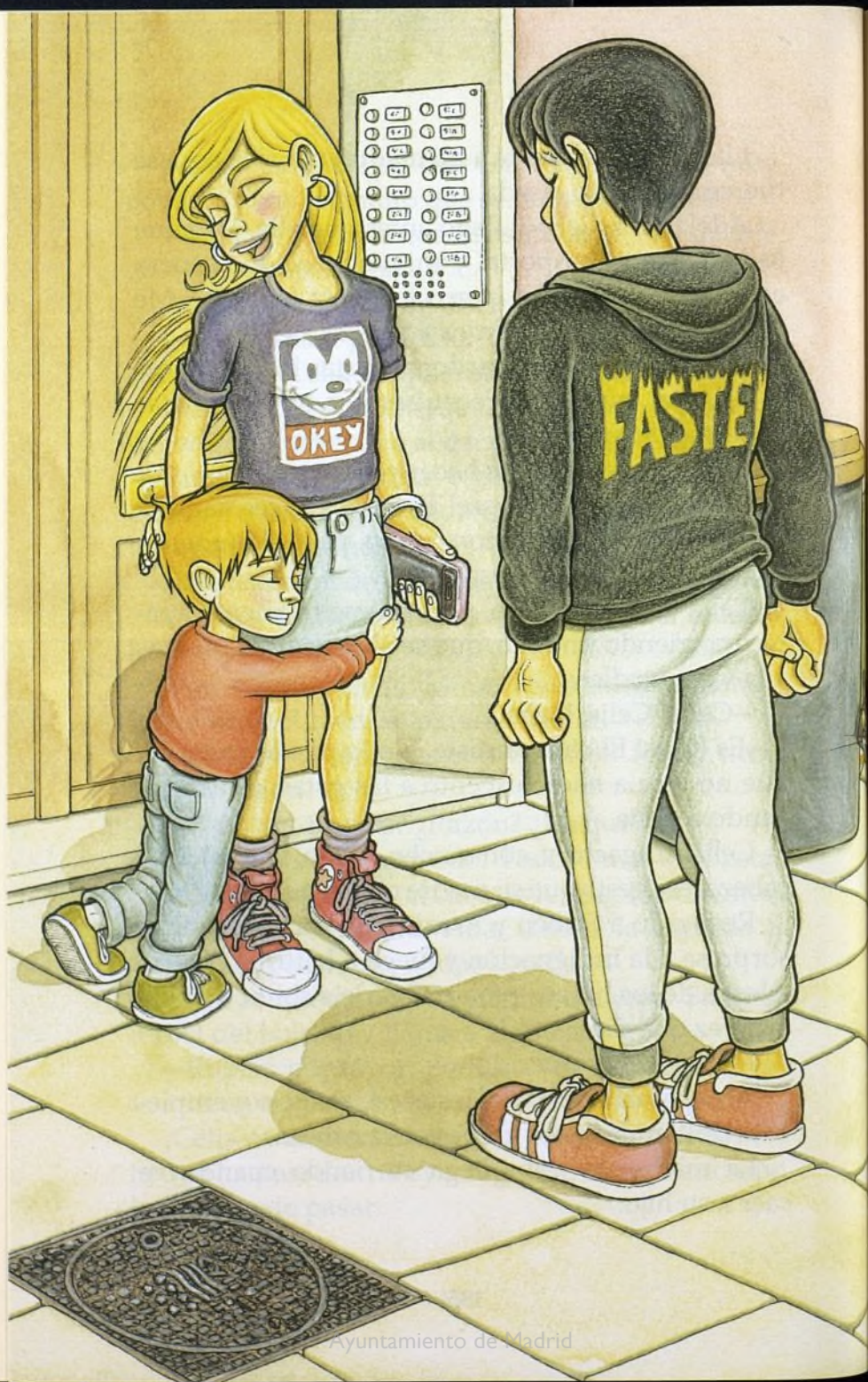
Celia se agacha y, con mucho cariño, le acaricia la cabeza, ese gesto que su madre nunca puede hacerle.

Recuerdo a Rubén y lo miro. Su cara pasa de la sorpresa a la indignación y luego a la furia. Agarra a Jesús de los brazos para obligarle a soltar a Celia, a la vez que dice:

—¡Lárgate!, ¡retrasado!

Al separarlo de Celia, Jesús cae al suelo y empieza a chillar, dándose golpes en la cabeza.

La madre de Jesús llega corriendo cuando ve caer a su hijo.



—¡Deja a mi niño!, ¡bestia! —dice amenazando a Rubén con la mano.

Cuando la mujer llega a Jesús, Celia está agachada abrazada a él, intentando que no se dé golpes.

—Tranquilo, tranquilo —le dice muy bajito.

Rubén, cuando ha llegado la madre, se ha ido corriendo dejando a Celia consolando a Jesús. La mujer dice:

—Celia, ¡cómo te quiere!, ojalá yo pudiera abrazarlo así.

—No sé por qué me deja —dice sonriendo a la madre—, ya sabes que, cuando empecé a cuidarlo, conmigo también gritaba. Ya verás como algún día lo consigues.

Cuando Jesús se ha tranquilizado, su madre dice a Celia:

—¿Y ese era tu novio?, pues deberías cortar con él. No te merece.

Celia se queda mirando a Jesús y a su madre.

—Pues, igual tienes razón, Encarni. Creo que no nos merece. ¿Verdad, Jesús? Pero no es tan fácil...

Y Jesús entra en el portal de la mano de Celia, mientras su madre pasa detrás y sonríe con ternura.

11. CELIA EN PELIGRO

¡Vaya aventura la de ayer! Yo creía que estas cosas solo pasaban en las películas. La verdad es que pasé mucho miedo.

Mi madre me regañó por haber ido contra ellos acompañada solo de Flecha. Y ahora, Iván también me dará la charla, porque lo engañé y me convertí en Leia sin decirle nada.

—Hola, heroína —dice sonriendo cuando nos encontramos.

—Hoooola... —contesto tímidamente, porque esperaba que estuviese enfadado.

—¡A ver cuándo aprendes! Irte por Flecha y no decirme nada. Podía haber ido contigo.

No está enfadado, sino preocupado. En el fondo tiene razón, pero necesitaba hacer algo rápido y no pensé en nadie. Acaba diciéndome que todo superhéroe tiene un equipo y que cuente con el mío.

Tienen razón los dos, me precipité y podía haber puesto en peligro a Flecha y a mí misma. Menos mal que todo salió bien, gracias a Amidala de nuevo.

Llegamos al instituto y vemos a Celia, que nos está esperando en la puerta. ¿Estará enfadada por

la intervención de mi madre? Pero, no parece, no tiene el ceño fruncido.

—No os deis de listos ahora —dice con cara seria—, pero tengo que daros la razón.

¡Esto sí que es nuevo! Celia está de acuerdo con nosotros en algo, pero, ¿en qué?

—Ayer Rubén hizo algo que me ha hecho pensar en si es el tipo de chico con el que quiero salir —continúa, mientras nosotros la miramos boquiabiertos.

Y nos cuenta el episodio de ayer con Jesús. Nos pregunta si lo conocemos y, obviamente, tenemos que decir que no. Nos explica quién es y nos aclara que es autista.

—¿Tienes mucho trato con él? —pregunto extrañada todavía por la reacción de Jesús con ella.

—Somos vecinos y, de vez en cuando, me quedo en su casa para cuidarlo. Y me ha cogido mucho cariño.

—Yo creía que a los autistas les costaba tener confianza con la gente —comenta Iván.

—Es difícil saber lo que quieren —añade Celia—. Hay que dejarlos que sean ellos los que se expresen. Por ejemplo, yo solo lo acaricio si él antes me toca a mí.

¡Qué sorpresa! Esta faceta de Celia me hace pensar en el lado bueno de la gente del que hablaba Fer.

Nos sigue contando que, cuando Rubén lo tiró al suelo, vio de lo que era capaz con la gente débil y que luego, se ha dado cuenta de que con ella tampoco se ha portado bien.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunto.

—Lo voy a dejar. Esta tarde hablaré con él. No sé cómo va a reaccionar. Está muy pillado.

Sí, ya, pillado, eso es lo que ella se cree, pero a ver cómo se lo explico. Intentamos convencerla de que, si necesita ayuda, que nos la pida, pero contesta que lo de ayer fue una bravuconada, que con ella no se pasa tanto.

Recuerdo que Rubén consideraba conseguir a Celia como un reto y me preocupa lo que pueda hacer si lo deja. Ella piensa que no corre peligro, pero no me atrevo a decírselo.

Hoy las clases son más agradables de lo que han sido desde que llegué al instituto el año pasado. Ana, Celia y yo hablamos con naturalidad de Rubén y de cómo ayer salió huyendo.

Cuando salimos al recreo, vemos por el pasillo a la madre de Celia que viene hacia nosotras.

—¿Qué haces aquí, mamá?

—¡Tú sabrás, Celia! —contesta enfadada—. Me ha llamado la jefa de estudios para hablar conmigo de algo que pasó ayer.

Celia dice que no pasó nada, pero todos sabemos a qué se refiere. Espero que no se moleste conmigo ahora que se había vuelto tan maja.

Nos quedamos en el pasillo esperando a que termine la madre de Celia, pero se acaba el recreo y siguen reunidas.

Ya en clase, Celia me comenta que debe ser por lo de Rubén y por lo que dijo mi madre sobre él. Estoy esperando un arranque de la Celia furiosa que conozco desde el año pasado, pero solo comenta:

—Pufff, ¡vaya numerito que montó! ¡Qué vergüenza pasó! A ver qué dice mi madre.

En ese momento, entra la jefa de estudios en clase y llama a Celia.

Vemos que la madre de Celia está fuera. La jefa de estudios se va y se quedan Celia y su madre delante de la puerta de clase.

Por señas, le pido a Iván que les lea los labios, pero me contesta que no las ve bien. Todos estamos más pendientes de lo de fuera que de lo que está contando la profesora. Celia vuelve muy triste y se sienta en su sitio sin levantar la cabeza.

No me atrevo a preguntar y es Ana la que lo hace:
—¿Era por lo de Rubén?

—Sí —contesta Celia, y se vuelve hacia mí—. Tu madre se podía haber quedado calladita.

Ya vuelve la Celia de siempre, aunque algo de razón tiene. Digo un lo siento para que vuelva a ser la de hace un rato, pero es Ana la que me ayuda.

—Todos sabíamos que era Rubén, cualquiera se lo podría haber dicho.

Celia suspira y nos cuenta:

—Supongo que sí..., bueno... Pues, le han dicho a mi madre que no pueden hacer nada, porque no es del instituto, pero que vigile con quién voy.

—Bueno, pues bien ¿no? —digo.

—No, bien, no —contesta indignada—, está mosqueada por tener que venir y hablar de esto. Además, opina que la culpa la tengo yo por provocarlo y que lo que hizo es una chiquillada y solo me demostraba lo que me quiere.

La profesora nos hace callar para continuar la clase. Menos mal que Celia se ha dado cuenta y va a actuar, porque no podemos esperar que su madre la ayude.

Cuando nos despedimos a la salida de clase, Celia nos dice que le da lo mismo lo que diga su madre, que esa tarde va a hablar con él para dejarlo.

Me gustaría estar delante cuando se lo diga, pero no sé cuándo se van a ver y eso ya entra dentro del cotilleo, así que decido esperar a que ella me lo cuente al día siguiente.

Cuando me despido de Iván en la puerta de la cafetería me encuentro con don Jaime, que se para a hablar conmigo.

Charlamos sobre libros y sobre el barrio. Su familia era la propietaria de todo el inmueble y han vivido ahí desde que su padre era pequeño. Aprovecho para preguntarle por la historia de este edificio que, según mi madre, tiene mucho que ver con nuestro poder.

Me cuenta que el edificio se construyó en 1870. Y, como curiosidad, me explica que, en 1986, cuando construyó su ático, revisaron los cimientos y descubrieron que la casa está levantada sobre la muralla árabe de Madrid del siglo IX.

Aprovecho para preguntarle por la leyenda del primer soldado cristiano que subió la muralla, al que llamaron gato por lo ágil que era.

—Sí, bueno —contesta—, es una leyenda, pero puede que fuese verdad. Dicen que cambió su apellido por Gato, y que este fue un apellido común en Madrid desde entonces.



—¡Vaya!, no he conocido nunca nadie apellidado así.

—Pues, era el apellido de la primera inquilina del piso en el que vives tú ahora.

—Pero, mi madre me ha dicho que nuestra familia vive ahí desde principios del siglo XX.

—Sí, es cierto, pero puede ser que descendáis de esa primera inquilina. Antes, los alquileres se pasaban a los descendientes y, como era mujer, su apellido se ha podido perder en el tiempo.

No contesto nada y me quedo pensando en la relación que puede tener esto con nuestro poder. Don Jaime sonrío y se despide diciendo:

—Bueno, pues ya tienes algo que investigar. Y luego, está la otra leyenda, la de las gatas tricolores...

Me ha dejado tan sorprendida por toda la historia que mis padres lo notan al llegar a casa. Acorralo a mi madre en la cocina y se lo cuento por si ella sabe algo, pero me dice que no, que puede que la abuela lo supiese, pero que nunca lo hablaron.

Pues, como dice don Jaime, tengo que investigar nuestra relación con ese soldado y sus descendientes.

Mi madre cambia de tema y me habla del niño autista.

—Por lo que me has contado —dice—, él puede comunicarse con nosotras, pero no con su madre.

—Sí, y yo creo que quiere que lo abrace, pero su madre no debe saber cómo hacerlo, porque él sí se abrazó a Celia.

—Si su madre aprendiera a comunicarse como nosotras... —dice.

—¡Tenemos que ayudarlos! —exclamo.

Mi madre está de acuerdo conmigo en que hay que hacerlo. Quedamos en ir al día siguiente a verlos, como Carmen y Julia, ¡claro!

Esa tarde no salgo y me quedo en casa leyendo. Si me convierto en Leia, me entrará la curiosidad e iré a espiar a Celia. Prefiero que sea ella la que me lo cuente.

Antes de dormirme, pienso en Celia y en que ha sido Jesús el que ha conseguido que se desengañe de Rubén. Y ahora, hasta es simpática conmigo. Espero que haya podido ver a Rubén por la tarde y lo haya resuelto todo.

Después de desayunar, me encuentro con Iván para ir a clase. Estamos convencidos de que lo de Celia y Rubén se ha solucionado, ya que Celia lo tenía clarísimo. Pero, cuando llegamos al instituto, vemos a Celia y Ana charlando en la puerta y no parecen muy contentas. Me acerco a ellas yo sola mientras Iván entra en clase.

—¿Pasa algo? —pregunto cuando llegamos donde están.

—Es Rubén —contesta Ana—. No quiere que Celia lo deje.

—Pero... —digo, mirando a Celia—, no te lo puede impedir. Eso es cosa tuya, ¿no?

Celia baja la cabeza y llora, mientras dice:

—Tiene un vídeo..., mío..., lo grabé en mi casa y se lo mandé.

La veo tan apurada que me temo lo peor y pregunto:

—¿Qué tipo de vídeo?

—Pues... —contesta, sin levantar la cabeza—, estoy bailando y..., solo llevo puesta la ropa interior.

—Ya le he dicho yo que no tenía que habérselo mandado —dice Ana.

Celia sigue llorando. Yo intento consolarla y que no se sienta avergonzada.

—Ana, tonterías las hemos hecho todas, ella no tiene la culpa, pero... —digo mirando a Celia—, lo hecho, hecho está.

Celia ha dejado de llorar y nos mira a las dos.

—Dice que si lo dejo se lo enviará a todos los grupos del *insti*.

Me encuentro con Iván en la puerta de clase y le cuento lo del vídeo. Él opina que Celia debe ir hablar con la jefa de estudios, pero le aclaro que le dijo a Alicia que, si Rubén no es del instituto, no pueden hacer nada.

Quedamos en pensar alguna solución y le decimos que, de momento, siga disimulando con él para que crea que no lo ha dejado y no mande el vídeo.

Por la tarde, comento lo de Rubén con mis padres. Ellos opinan que el tema se está volviendo muy serio y que Celia debería tratarlo con sus padres para que vayan con ella a denunciarlo antes de que haga nada.

Llamo a Celia para decirle que si ha pensado en contárselo a sus padres. Dice que le da mucha vergüenza, pero que lo hará por la noche en la cena.

Esta vez la curiosidad gatuna me puede y voy como Leia a la terraza de su ático a escuchar. Están cenando muy serios. No sé si ya se lo ha contado o está esperando el momento oportuno.

—Tú tienes la culpa —dice el padre mirando a su mujer—, no tenías que haberla dejado salir con un chico mayor que ella.

—Pero, papá —suplica Celia—, si ella no sabía nada.

—Pues peor —chilla—, las dos hacéis lo que os da la gana y luego venís a pedir ayuda. ¿No sois tan listas?, pues solucionadlo vosotras.

Y diciendo esto, se va del salón y las deja a las dos ahí sentadas.

—Cariño, pídele perdón. En el fondo te quiere y no creo que vaya a hacer nada malo contra ti —dice la madre, sentada frente a ella.

Celia mira con cara de sorpresa a su madre, que se ha puesto a recoger la mesa como si no pasase nada.

Cuando llego a casa, llamo a Iván por teléfono. Ha sido tan fuerte lo que he visto que tengo que contárselo. Hablamos mucho rato pensando si decirle que llame a la policía, o al teléfono ese del maltrato, pero para cualquier solución lo más importante es que la apoyen sus padres y no parece que lo hagan. Iván da con la solución.

—Lo que tenemos que hacer es que sus padres vean lo peligroso que es Rubén para Celia.

Puede que tenga razón, pero, ¿cómo hacerlo? Mañana lo pensaremos entre todos, porque lo que está claro es que hay que actuar rápido.

12. EL PLAN

Esto sí que no me lo esperaba. Cuando llegamos Juan y yo al Instituto Cella está esperando en la puerta. Tiene la cara triste y nos mira cuando vamos a entrar.

—¡Hola, Cella!— digo cuando llegamos a su altura.—¿Qué tal? ¿habías hablado ayer con tus padres?

—Más o menos, estoy hecho un lío—contesta.—La verdad es que pienso que lo que hizo el otro día Rubén en el Instituto no es para tanto. Y que, si lo hiciera con uno solo de nosotros lo que nos quiere.

—Yo sé lo que pasó ayer con sus padres y no sé exactamente así, pero no puedo decir nada. ¿Está buscando algo de dinero?

—Cella—contesta—, ellos no le vieron y puede que no les parezca fuerte, pero Rubén es muy violento y te podría hacer daño.

—Y luego está lo que es el control del hijo de la tienda, José—interviene Iván—, pero ¿les parece normal?

—De eso no hablamos—contesta Cella dejando la cabeza.

No le dicen nada, su padre se fue sin decirle nada y sin que él se enterara de nada.

Estaba en la cocina, pero ya estaba muy tarde y no podía ir a buscarla. Ella estaba en la cama, pero ya estaba muy tarde y no podía ir a buscarla.

Esta vez la curiosidad gana y no puede y voy como loco a la terraza de su casa a escuchar. Están hablando muy serio. No sé si se le ha contado o está esperando el momento oportuno.

—Tú tienes la culpa —dice el padre mirando a su mujer—, no sé cómo que habrás dejado salir este churro mayor que ella.

—Pero, papá —explica Celis—, si ella no sabe nada.

—Pues, pues —chillo—, las dos hacéis lo que os da la gana y luego venís a pedir ayuda. No son tan bonitas, ¿verdad?, pues solucionadlo vosotros.

—Y diciéndole que se va del salón y las dos a las dos al sofá.

—Celis, Celis —dice el padre—, tú eres la que quieres y no sé qué quieres a hacer nada malo contra ti —dice la madre ventando frente a ella.

Celis mira con cara de sorpresa a su madre, que se ha puesto a recoger la mesa como si no pasara nada.

Cuando llega a casa, llama a Iván por teléfono. Ha sido tan fuerte lo que se ha visto que tengo que contárselo. Me ha costado mucho rato pensando si decirle que llame a la policía o al teléfono ese del maltrato, pero para cualquier situación lo más importante es que la ayude sus padres y no parece que lo hagan. Iván ha con la solución.

—Lo que tenemos que hacer es que sus padres vayan a la policía que es bueno para Celis.

12. EL PLAN

Esto sí que no me lo esperaba. Cuando llegamos Iván y yo al instituto, Celia está esperando en la puerta. Tiene la cara triste y nos para cuando vamos a entrar.

—¡Hola, Celia! —digo, cuando llegamos a su altura—, ¿pudiste hablar ayer con tus padres?

—Más o menos, estoy hecha un lío —contesta—, la verdad es que piensan que lo que hizo el otro día Rubén en el instituto no es para tanto. Y que, al fin y al cabo, con eso solo demuestra lo que me quiere.

Yo sé lo que pasó ayer con sus padres y no es exactamente así, pero no puedo decir nada. ¿Está dudando sobre dejarlo?

—Celia —contesto—, ellos no lo vieron y puede que no les parezca fuerte, pero Rubén es muy violento y te podría hacer daño.

—Y luego, está lo que nos contaste del hijo de la tendera, Jesús —interviene Iván—, ¿eso les parece normal?

—De eso no hablamos —contesta Celia bajando la cabeza.

No le dieron opción, su padre se fue sin dejarla terminar y su madre se puso en plan comprensivo

con Rubén. Tengo que animarla para que siga con su idea. No puedo dejar que empiece a dudar.

—Por eso, ellos no lo saben todo. Pero, aparte de lo que digan, si tú estás convencida de dejarlo, debes hacerlo.

—Pero... ¿y lo otro? —dice Celia muy bajito, acercándose a mí.

—¿Lo del vídeo? —digo en el mismo tono—. Puff, no sé. Si quieres, podemos pensar algo entre todos. Nos podemos ver esta tarde en la cafetería de mis padres.

Mientras hablamos, se han juntado en el grupo Fer y Ana, que asienten a mi sugerencia.

Ante la insistencia de todos, Celia accede y quedamos después de comer para trazar un plan.

Durante la mañana, casi no tenemos tiempo de volver a hablar, tenemos dos controles y eso reclama toda nuestra atención.

A la salida, les recuerdo que nos vemos después de comer, aunque sigo sin saber qué hacer.

En la comida, lo comento con mis padres para ver si me aportan ideas.

—Me extraña que Alicia y Carlos no quieran ayudarla —dice mi padre, que no conoce la escena de ayer.

—Son muy antiguos —contesta mi madre—, por no decir algo peor.

—Si ellos vieses cómo la trata... —digo.

Me callo, porque recuerdo que su padre tampoco trata mucho mejor a su madre. Va a ser muy difícil...

—Y lo de hablar con ellos, nada —interviene mi madre—, que ya he escarmentado.

—Lo ideal sería que ellos solos se diesen cuenta de lo violento que es Rubén —concluye mi padre.

Después de esto, nos quedamos los tres callados. No sé si ellos están pensando en lo mismo que yo, pero eso es lo que hace falta, que sus padres lo vean actuar, pero, ¿cómo?

Ya han llegado Iván y Ana. Estamos en la terraza de la cafetería con los gatos, porque hoy toca tarde felina. Estamos en la mesa de la esquina, bajo la sombra de un árbol, porque todavía se siente el calor, aunque ya haya entrado el otoño. Veo llegar a Celia. Es la primera vez que viene a la cafetería y se queda parada en la entrada, no sabe que tiene que llamar para que le abramos. Siempre es así cuando están los gatos en la terraza. Salgo a abrirle y le cuento lo de la tarde de gatos. Aun así, se sorprende cuando ve a Luke y Centella jugando.

—¿Este es el siamés? —me dice, avergonzada.

Asiento y la llevo con los demás. Luke, al verla, deja a Centella y se esconde. Tiene la cabeza detrás del pie de otra mesa y se le ve todo el cuerpo, pero los gatos creen que, si ellos no ven, los demás tampoco los ven a ellos. Luke no llegó a conocer a Celia, pero debe oler a Rubén y por eso ha huido de ella.

—¡Vaya! —dice al llegar a nuestra mesa—, no sabía que los gatos estaban por aquí sueltos.

Sí, tenemos ratos en el que los sacamos fuera para que pueda venir la gente que quiera —contesto—. Los clientes eligen si quieren terraza con gatos o sin ellos, según el horario.

Se sienta y comenzamos a hablar sobre qué hacer. Solo tenemos claro que los padres de Celia tienen que ver que debe dejar a Rubén para que la ayuden en eso y no envíe el vídeo.

—Rubén ya ha demostrado que es un cobarde —dice Iván—, si algún adulto se enfrentara a él, seguramente saldría corriendo y te olvidaría.

—Pero... —interviene Celia, dubitativa—, no sé cómo hacer que mis padres se pongan serios con él. De momento no me creen.

—Yo creo que lo mejor es juntar a tus padres con Rubén y contigo —aporta Ana.

Sí, claro. Esa es la idea, pero seguimos sin saber cómo hacerlo. Yo añado que sería bueno que, además, hubiese otros testigos adultos, por si sus padres no intervienen.

Los gatos se han acercado a nosotros, incluso Luke, que ha visto que yo estoy tranquila y ya se fía hasta de Celia. Blanqui, que es una mimosa, ha saltado a las piernas de Celia y está ahí tan feliz mientras ella la acaricia.

—Este sería un buen sitio para celebrar mi cumple —dice Celia sonriendo—, es el sábado.

Este comentario me hace pensar en una celebración de cumpleaños con Celia, Rubén, Luke, mis padres... ¡Un planazo, vamos! ¿Qué puede salir mal?

Y ¿por qué no? Si lo que queremos es ponerlo nervioso y que se muestre como es, nada como un ambiente que se pueda cortar: mis padres, los padres de Celia, Luke y el resto de gatos, y... Rubén.

—¿Por qué no les pides a tus padres que os invite a Rubén y a ti a comer el sábado aquí por lo de tu cumple? —digo atropelladamente, sin exponer lo que estoy pensando.

—Ufff... —suspira Celia—. ¿Con Rubén? ¿Y aquí? ¿Tu madre y la mía?

—Es un poco complicado —interviene Iván—, pero, de momento, es lo mejor que se nos ha ocurrido.

—¡Puedo venir yo también! —exclama Ana entusiasmada—. Celia, yo conozco a tus padres y ya he comido aquí varias veces. Puedo ayudar en el plan.

Nos parece bien que se apunte Ana al cumpleaños, aunque no sé si lo hace por ayudar o por comer la tarta tan rica que hace mi padre.

Quedamos en que Celia pida a sus padres la comida como regalo de cumpleaños. Y luego...

Seguimos dando ideas y ultimamos el plan. Estamos a jueves y la comida es el sábado. Hay tiempo para que Celia engatuse a sus padres y a Rubén. Eso se le da fenomenal.

Mis padres, que ya sabían lo que estábamos hablando, me preguntan en la cena:

—¿Celia está dispuesta a hablar con sus padres?

—Bueno... no exactamente, hemos pensado en hacerles una encerrona para que vean a Rubén en su salsa.

Y les cuento lo de la comida de cumpleaños del sábado, en la que ellos están involucrados. Mi madre al principio recela por la escena con Alicia del otro día, pero al final accede.

—Pero, como Alicia se ponga tonta —dice—, la echo.

Mi padre ríe e interviene:

—Carmen, ¡calma!, se supone que el borde es Rubén, no tú.

—Vale, Pablo. Mantendré la calma, pero espero que venga en son de paz.

Reímos los tres y empezamos a inventar situaciones que pueden suceder. Que Luke ataque a Rubén por haberlo secuestrado, que mi madre y Alicia vuelvan a discutir, que los gatos hagan de las suyas... En fin, habrá que ir viendo.

Después de cenar, mi madre entra en mi habitación. Me temo lo peor, que se arrepienta de lo la comida, así que pongo la mejor de mis sonrisas.

—Julia —me dice—, tenemos que hablar del tema de Jesús y su madre.

Con esto del plan de Celia, me había olvidado de la Cazagatos, de Jesús y de cómo ayudarles.

Le enseño a mi madre en mi ordenador la reseña de un libro escrito por una mujer autista llamada Temple Grandin, donde explica que ella concibe el mundo de forma visual, y que también es la forma

en que lo conciben muchos animales, como los gatos. Cuentan que ella entendía lo que sentía el ganado encerrado y que diseñó formas de que las vacas no sufrieran en los ranchos.

Con esto comprendemos por qué yo soy capaz de ver lo que quiere Jesús y su madre, no.

—Tenemos que enseñar a la madre de Jesús a comunicarse con su hijo —dice mi madre.

—Pero, sin contar nuestro secreto ¿no?

Mi madre no tiene respuesta a esto, pero quedamos en ir a verla al día siguiente.

Mientras me preparo para acostarme, pienso en que ahora Celia debe de estar contando a sus padres lo de la comida de cumpleaños, porque me dijo que lo haría después de cenar, cuando se sientan sus padres a ver la tele, que están relajados. Mi curiosidad gatuna me puede y me convierto en Leia para ir a espiar. No puedo esperar a mañana.

La noche está fresquita y, a pesar de mi mata de pelo, siento frío, así que corro y salto para entrar en calor.

Cuando llego a la terraza de Celia, veo que sus padres están sentados en el sofá y Celia permanece de pie, frente a ellos. Aguzo mi superoído y me llega su conversación:

—Es idea de Rubén —dice Celia suplicante—, le gustan mucho los gatos y quiere conocer la cafetería.

¿Idea de Rubén? Esta Celia le echa una imaginación... Espero que nadie saque el tema en la cena.

—¿Y no hay otro sitio parecido? —dice la madre de Celia.

—No, como este, no. Y, además, está aquí enfrente y me ha dicho Julia que solo estaremos nosotros.

—¡Pues sí! —dice Alicia, poniéndose de pie—, lo que faltaba, estar solos en el local.

—¡Alicia! —interviene el padre—, que a Carmen la conocemos desde pequeños. ¿Qué problema tienes?

—¡Que es una creída!, menuda bronca tuvimos el otro día.

La cosa pinta mal. Lo de que estuviesen solos se le ocurrió a Iván por tener controlada la situación con Rubén, pero ahora que lo oigo me parece una propuesta demasiado arriesgada.

Celia se ha puesto mohína y lloriquea a su madre.

—Mamá, *porfa*. Me hace mucha ilusión. Además, Julia me dijo que..., su madre está muy disgustada por la bronca y te quiere pedir perdón.

¿Que mi madre quiere pedirle perdón? Ahora sí que lo ha liado. Esto no lo puedo contar en casa o no habrá comida.

—¡Claro! Alicia, vamos a hacerlo. Así conocemos a Rubén y te puedes reconciliar con Carmen —dice el padre de Celia.

Su madre vuelve a sentarse, mira al padre, mira a Celia y dice:

—¡Bueno!, vale, pero como se metan en nuestras cosas, nos vamos. ¿Eh?

Esta Celia es una manipuladora, mi madre no tiene que saber nada o será ella la que no querrá hacer la comida. Eso sí, ha conseguido convencerlos.

Espero que esta noche no recapaciten y cambien de idea.

He pasado toda la noche pensando en lo de esta tarde con Encarni y la gran comida de mañana.

Hoy no presto casi atención a las clases, sigo repasando el plan y sus inconvenientes. Durante el recreo, Celia nos informa de sus avances.

—Ya he hablado con Rubén —nos cuenta—, la verdad es que ha estado súper cariñoso. Si no fuera por...

—¡Celia! —dice Ana—, ¿no estarás echándote atrás?

—No, no... —dice—, pero...

—¿Y tus padres? —intervengo, aunque ya sé lo que pasó—. ¿Qué les parece lo de la comida?

—Eso me ha costado más. Les parece una tontería, pero les he dicho que la idea había sido de Rubén, y al final han accedido.

Estoy alucinando. ¡Qué lianta! No nos ha contado nada de lo de su madre y la mía y lo de pedir perdón. Ya veremos cómo sale todo.

Al final de las clases, me despido de Celia y Ana hasta el sábado y los otros nos piden que se lo contemos todo enseguida.

Después de comer, con la excusa de ir al mercado a comprar cosas para la celebración del sábado, mi madre y yo dejamos a mi padre en la cafetería y vamos a ver a Encarni, la Cazagatos.

No hemos acordado todavía cómo la vamos a abordar y tampoco tenemos claro si vamos a revelar nuestro secreto o no. Mi madre dice que depende de cómo reaccione ella y lo que sepa.

La tienda está abierta, como siempre, aunque, al entrar, vemos que no hay nadie en el mostrador.

—¡Hola! —exclama mi madre—, ¿hay alguien?

Estoy muy nerviosa, lo pasé tan mal el día que me encerró aquí que no puedo evitar inquietarme. Veo que se mueve la cortina y me escondo detrás de mi madre.

Mi madre ríe y me agarra de la mano para que vuelva a su lado. Según me coge, aparece la Cazagatos, que nos mira extrañada.

—¿Quieren algo?

—Bueno, venimos a hablar contigo —dice mi madre.

—¡No tengo nada que hablar con vosotras! —contesta Encarni, de forma muy brusca —, no nos conocemos de nada.

Mi madre le cuenta que se conocían de antes. Cuando mi madre era joven, la mujer era una niña y jugaba en esta misma tienda. Le recuerda cómo charlaban las dos en esa época.

La cara de Encarni pasa del enfado a la curiosidad y pregunta:

—¿Tú eres Carmen? ¿La hija de María?

—Pues claro, Encarni. Nos llevábamos muy bien. ¿Te acuerdas?

Mi madre no me había contado que la conocía. Es una buena forma de empezar, pero Encarni está un poco mosca.

—¿Y ella es tu hija? Se parece un montón a tu madre. Se parece..., ¿en todo?

Cuando dice en todo, no puedo evitar temblar, ¿se estará refiriendo a lo de convertirse en gata?

—Sí, es clavada a su abuela —contesta mi madre, mirándola a los ojos.

Y sin dejar a la mujer añadir nada, le dice:

—Queremos hablar contigo de tu hijo, Jesús, ¿no?

Al oír esto, Encarni pone cara de sorpresa y se pone en alerta. Mi madre sigue hablando sin dejarla intervenir.

—Sabemos que es autista y que te cuesta comunicarte con él...

Con este comentario, cualquiera se habría enfadado y nos habría echado, pero ella se relaja y asiente. O conoce nuestro secreto o está dispuesta a lo que sea con tal de que la ayuden.

—Pasad —dice, sujetando la cortina para dejar libre la entrada a la trastienda.

Dentro vemos a Jesús, que está sentado ante la mesa metálica con sus dibujos extendidos. Hay otras tres sillas alrededor de la mesa, y nos indica que nos sentemos. Nos mira fijamente, su gesto cambia cuando está delante de su hijo, se vuelve más dulce.

—Vosotras podéis comunicaros con él, ¿verdad? No podemos mentirle, le decimos que sí, que podemos y, para demostrárselo, mi madre me pide que intente comunicarme con él.

Yo le cuento lo que vi el día que lo conocí, aunque hablo como si lo estuviera viendo ahora.

—Creo... —digo titubeando— que él ahora cuando era pequeño y le hacías cosquillas y los dos reíais.

Su cara va de la sorpresa a la alegría, volviendo a la sorpresa y mirándonos de reojo. Hasta ahora, su gesto hacia nosotras era agrio, pero ahora se derrumba y sus ojos están rojos reteniendo las lágrimas.

—¿Cómo os ha contado eso?

—Nos lo muestra —contesta mi madre—, con imágenes mentales.

—Pero... ¿estás segura?, si no me deja tocarlo.

—No lo sé. Es lo que él recuerda —digo mientras pienso en mi conversación con Celia—. ¿Has probado a dejar que sea él quién te toque? ¿Cómo llegabais a lo de las cosquillas cuando era pequeño?

Encarni está emocionada, ya no puede contener las lágrimas. Se queda pensando y dice:

—Era un juego, él me daba en el brazo y salía corriendo. Yo lo perseguía y, cuando le cogía, empezaba a hacerle cosquillas.

—¡Claro! —exclama mi madre—. ¡Él te tocaba primero!

Encarni se ha imaginado tan vívidamente la escena, que me la ha transmitido por imágenes, como si fuese un gato.

Miro a Jesús, que nos observa a las tres, sin perder detalle y veo que le han llegado también las imágenes de su madre.

Encarni se queda pensativa y dice:

—¡Dejamos de hacerlo!, su padre..., murió. Fueron tiempos duros para mí y, durante un tiempo, no le hice mucho caso. No había vuelto a pensar en ello.

Mira a Jesús, que se levanta, le da unos toques en el brazo y empieza a correr alrededor de la mesa.

Encarni se levanta, hace como que lo persigue, lo coge y empieza a hacerle cosquillas. Jesús ríe y su madre también.

Cuando acaban, Encarni sonríe, pero tiene los ojos húmedos. No pregunta cómo lo sabemos ni nos dice nada sobre nuestro poder, lo único que quiere es aprender a comunicarse.

Mi madre le promete que la enseñaremos, que se tarda, pero que es posible.

Encarni nos besa a las dos y Jesús me coge la mano. Entonces, yo me agacho y él me abraza. Y, mientras me abraza, veo imágenes de mí como Leia.  Me ha reconocido!

Según vamos a casa, pregunto a mi madre:

— Sabremos enseñarla?

Seguro que sí, no va a ser fácil, pero lo conseguiremos. Cuando quieres tanto a alguien, haces lo que sea por comprenderlo.

Y nos vamos a la cafetería con una sonrisa tonta en la cara. Lo de mañana con Celia va a ser peor. Ojalá fuese tan fácil comunicarse con los demás como con Jesús.  Y luego dicen que el raro es él!

13. LA COMIDA DE CUMPLEAÑOS

Hoy es el día. He dormido fatal esta noche pensando en lo que podía pasar en la comida de cumpleaños de Celia.

He repasado todo lo que puede salir mal: que Rubén no venga, que mi madre discuta con la madre de Celia, que Celia se arrepienta y no siga lo que hemos acordado... La verdad, no sé cómo he conseguido convencer a mis padres con todas estas dudas.

En el desayuno, repasamos las tareas pendientes. Vamos a comer todos juntos: mis padres, Celia y los suyos, Rubén, Ana y yo.

—Me parece una tontería que comamos con vosotros —dice mi madre, mirándome—, no pintamos nada.

—Carlos se empeñó en que estuviésemos en la comida —dice mi padre, mientras nos sirve el zumo—. ¡Mujer!, si los tres erais amigos en el instituto.

—Sí, ya, amigos... —contesta ella—, compañeros y vale. Espero que no se tuerza la cosa.

—¿Qué puede salir mal? —dice mi padre, el optimista.

Mi madre y yo nos miramos y suspiramos. Creo que ha tenido la misma noche que yo, repasando

mentalmente toda la situación y pensando en lo descabellado que es el plan, ¿o no?

No me voy con los chicos ni con Iván, no sería justo que dejara a mis padres con este lío, así que me quedo a ayudar con la preparación.

Van a ser los únicos clientes hoy, como si hubieran reservado toda la cafetería para el cumpleaños. Así, mis padres pueden acompañarnos sin tener que atender a nadie. Entre mi padre y yo preparamos una mesa larguísima bajo el árbol grande. Todavía hace calor y se agradece la sombra.

Cuando hemos terminado, mi madre se acerca y observa durante un instante la mesa ya preparada.

—Yo me voy a sentar en la cabecera más alejada del árbol —dice—, así que Alicia, en la otra cabecera.

—Vale, Carmen —dice mi padre sonriendo—, pero supongo que vendrá en son de paz.

Recuerdo lo de las disculpas que le dijo Celia a su madre. No se lo he contado a mis padres, pero cuanto más lejos estén las dos, mejor.

—Pues, a Carlos lo ponemos a la derecha de su mujer —dice mi padre, poniendo uno de los cartelitos que he preparado yo.

—A Rubén lo ponemos enfrente del padre de Celia —digo—, para que no pierda detalle de cómo trata a Celia.

—Es buena idea —dice mi padre—, y Celia al lado de Rubén, claro.

—Y yo al lado de Celia y a la derecha de mamá —digo.

—Bueno —dice mi padre—, pues yo a la izquierda de mamá y a mi lado, enfrente de Celia, que se ponga Ana.

—Así Celia nos tiene cerca a Ana y a mí, por si acaso —digo colocando los últimos cartelitos.

—¿Y por qué no viene Iván? —dice mi padre—, así sería una comida de parejitas.

—Papááá...

Los dos ríen y seguimos poniendo las servilletas, los vasos y todo lo demás. Nos alejamos para ver el efecto y observamos que la mesa ha quedado chulísima.

Mientras mi padre va a por unas flores para adornar la mesa, mi madre me lleva junto al árbol.

—Ni se te ocurra convertirte en Leia —dice señalándome con el dedo—, tienes que estar como Julia.

—Mamá, ¿y si Luke no lo consigue?, igual tengo que ayudarle.

—Ni se te ocurra. Si necesita ayuda, ya vemos qué hacer.

Vuelve papá con dos jarroncitos con flores que pone en la mesa.

—Ya está todo listo —dice contemplando su obra—. Solo faltan los comensales.

Desde la terraza, estoy vigilando el portal de Celia, ya es casi la hora y deberían aparecer. Se abre el portal y la veo salir con sus padres. No quiero que me vean vigilar, así que entro en la cafetería.

—Mamá, ya vienen.

—Pues, allá vamos —dice resignada.

Se ha puesto monísima. Con sus vaqueros nuevos, que le sientan fenomenal, y su blusa blanca



con rosas rojas, que le favorece mucho. La madre de Celia viene súper elegante, con un traje chaqueta, pero no se la ve tan guapa como a mi madre. ¡Parece mentira que tengan la misma edad!

Mis padres van hacia la puerta para abrir a Celia y sus padres. Tenemos un biombo detrás de la puerta para evitar que los gatos se vayan. Cuando vienen clientes, cerramos el biombo alrededor de la puerta, dejando un espacio aislado y solo entonces abrimos la puerta. Cuando los clientes están dentro del receptáculo, abrimos el biombo para que pasen a la terraza.

—¡Bienvenidos! —dice mi madre cuando abre la puerta y los hace pasar.

—Esta es la cámara de descompresión —dice mi padre haciendo la gracia que a todos los clientes hace sonreír.

—¿Cómo? —dice Carlos sin enterarse de la broma.

Solo Celia sonríe ante el chiste, pero sus padres no lo han cogido y miran a los míos con cara seria, como si les hubiese ofendido el comentario. Mi padre intenta explicárselo y solo consigue que sus caras sean más serias todavía.

Yo lo estoy viendo todo en un espejo que refleja quiénes están en el habitáculo que forma el biombo. Carlos vuelve la espalda a todos e intenta abrir el biombo.

—¡Bueno! —dice—, ¿pasamos o qué?

Y entra seguido de Celia. Alicia vuelve la cabeza mirando a mi madre con desprecio y pasa detrás de su hija.

A pesar de todo, mi madre sonríe y pasa con mi padre detrás de ellos, que se quedan esperando a que cierren el biombo. Veo que cuchichean sin que los oigan mis padres.

 Qu  situación!, se han quedado los cinco parados mirándose sin decir nada, hasta que Alicia habla:

—Carmen,  quer as decirme algo?

Mi madre, que no sabe nada de lo de las disculpas, la mira y solo dice:

—Luego hablamos, Alicia, tenemos tiempo.

Obviamente, mi madre no tiene ganas de hablar con ella, y por eso ha contestado así, pero Alicia ha debido de pensar que piensa disculparse más tarde.

—Pues s , vamos a la mesa, cuando quieras hablamos, yo estoy dispuesta a... escucharte —dice Alicia con la misma cara de enfado que tra a.

Cuando veo la cara de desconcierto de mi madre y que est  a punto de saltar, salgo al quite y me acerco a saludarlos dando dos besos a Celia y a su madre. Me presentan a su padre, que me mira y dice:

—Así que tú eres Julia. No sabía que exist as hasta que mi hija me dijo lo de la comida. No debéis de ser muy amigas,  no?

Yo sonrío con cara de niña buena y le digo que sí, que somos amigas.

—S , como Carmen y yo —dice Alicia mirando a mi madre—. Inseparables,  verdad?

Mi madre la mira como perdon ndole la vida, pero inmediatamente después sonríe. Supongo que el codazo que le ha dado mi padre ha tenido algo que ver en el cambio.

Alicia se queda mirando un poco apartada, quizás esperando la charla prometida. Hace ademán de decir algo, pero su marido la coge del brazo y dice:

—Ya estamos todos, ¿no?, ¿vamos a la mesa?

—Faltan Ana y Rubén —dice mi padre—, pero podemos ir sentándonos.

Los acompañamos a su mesa y les pedimos que se sienten en los sitios que les habíamos asignado. Vemos que Alicia coge el cartelito con su nombre y se lo enseña a su marido y, con cara irónica, dice:

—Sitios asignados ¿eh?, se creerán un restaurante fino.

¡Qué borde!, con lo monos que me han quedado los cartelitos.

Creo que mi madre va a tener agujetas en los mofletes de tanto mantener la sonrisa esa falsa que tiene.

—Es para dejaros a vosotros los mejores sitios —dice—. Ahí debajo del árbol, que da una sombra muy agradable.

En ese momento, veo llegar a Ana y me levanto a abrirla. Así evito esta situación tan incómoda. Me recuerda a la consulta del dentista, donde todos estamos aterrados y nos miramos unos a otros, esperando no ser el siguiente.

Cuando llego con Ana a la mesa, Celia y sus padres se levantan a saludarla. Carlos habla para dejar claro que a Ana sí la conoce:

—Anita, qué alegría. ¡Qué de cumpleaños de Celia hemos celebrado!

Ana sonríe y suelta un tímido sí. Se sienta enfrente de Celia y pregunta por Rubén.

—Me ha llamado para decir que llegaría un poco tarde —dice Celia, sin disimular su cara de enfado—, que lo esperemos.

—Pobre chico —dice Alicia—, estará muy liado con los estudios.

Celia y Ana se miran y suspiran.

Mi madre se levanta y me llama para que la ayude. Mientras vamos a la cafetería por las entradas, me dice:

— Vaya situación!  T  sabes qué le pasa a Alicia, que est  como obsesionada por hablar conmigo? Julia, habla t  algo, que esto parece un velatorio. Al fin y al cabo, se supone que son tus amigas.

—S , desde siempre... —contesto con ironía.

Se ríe.

—Inseparables, como Alicia y yo. Esperemos que esto salga bien...

Miro hacia la mesa y veo que mi padre está hablando. Menos mal que en esta familia hay alguien sociable. Pongo mi superoído para escuchar.

— Conoc ais la cafetería? —est  preguntando mi padre.

—Yo s , vine el otro día —contesta Alicia, cortante—,  no te lo ha contado Carmen?

— S ? —oigo que dice Carlos.

Dejo de oírlos al entrar en la cafetería. Entre las dos cogemos los platos de picoteo: croquetas caseiras, como las que hacía la abuela, un poco de jamón ibérico y dos ensaladas para poner la nota saludable.

Cuando salimos, cargadas con todo, veo que están todos otra vez en silencio. Esta vez es Celia quien lo rompe.

—¡Ya llega Rubén!, viene por la plaza.

Mi madre sale a abrirle, pasa sin mirarla siquiera y se dirige a la mesa, que ha visto porque Celia se ha puesto de pie saludándolo. Al llegar, se extraña de que mi madre se siente también a la mesa. Y cuando Celia nos presenta a todos, dice a mi madre:

—Perdone, creía que era usted la camarera.

Mi madre vuelve a sonreír y le contesta:

—No, cariño. Soy la dueña.

Mi padre la mira con orgullo.

—Y la que saca esto adelante. ¡Si no fuese por ella, sus planes y sus cuentas!

Si la situación era incómoda antes, ahora lo es más. Ya es peor que lo de la consulta del dentista, ahora es como cuando tus padres se quieren hacer los *guais* delante de tus amigos y todos te miran como si tú tuvieses la culpa.

Celia intenta ser amable con Rubén, que no parece venir de buen humor. Eso creo que es bueno para nuestro plan. Ante la segunda contestación borde a Celia, es Carlos, el padre de Celia, el que interviene:

—¡Chico!, tranquilízate. Al fin y al cabo, la idea de venir aquí fue tuya. Hay que dar capricho a la niña, que es su cumpleaños.

Ante este comentario, Rubén la mira como pidiendo explicación y Celia baja la mirada avergonzada y ya no dice nada.

Los que están rondando cerca de nosotros son los gatos. Blanqui y Centella están a nuestros pies, por si les damos algo, y Pokémon está haciendo gala de su torpeza. Ha intentado subir a una silla que está al lado de nuestra mesa y se ha caído.

Rubén ha debido darse cuenta de lo borde que venía y ahora intenta hacerse el simpático.

—Mira, Celia, qué mono ese gato. ¡Un poco torpe, ¿no?! —dice, agachándose para acariciar a Pokémon.

En ese momento, aparece Luke. El muy cobarde estaba escondido desde que vio a Rubén. Mi madre y yo nos miramos expectantes. Este es el momento clave de nuestro plan, que Rubén se altere al ver a Luke por aquí y no se pueda controlar.

Luke se acerca a Pokémon, le da con la pata en la cabeza y lo empuja para que se vaya. El gato quiere irse, pero Rubén intenta tocarle el lomo. Entonces, Luke se encara con Rubén y le gruñe.

—¡Vaya, vaya! ¿A quién tenemos aquí? —dice Rubén—, no deberíais tener aquí animales salvajes.

—¿Salvajes? —digo—, si no...

Mi padre me mira y me callo, iba a decir que, si no le hubiese secuestrado..., pero no es el momento.

Celia, cumpliendo con el plan, acaricia a Luke, que deja de gruñir.

—¿Ahora sí quieres estar con él? —dice Rubén, un poco exaltado—. Y a ti no te gruñe. Sois tal para cual.

Los padres de Celia no entienden el comentario de Rubén y se miran entre sí. Celia increpa a Rubén.

—Lo acaricio y estoy con él cuando quiera, no cuando lo digas tú.

Rubén empieza a ponerse un poco rojo y está a punto de saltar cuando Carlos sale en su ayuda:

—¡Vaya!, solo quiere a las chicas. A Celia no le gruñe.

Intervengo en la conversación para que el padre de Celia nos deje seguir con el plan.

—Solo defiende a los otros gatos. Para algo es el jefe.

—¡Vaya! —dice Carlos—, un macho alfa, como debe ser.

Alicia lo mira avergonzada por el comentario machista de su marido, pero se calla lo que iba a decir. Mira a Celia que asiente con la cabeza, como dándole la razón a lo que no ha dicho.

Pokémon, Centella y Blanqui se van, pero Luke se queda debajo de la mesa. Celia lo acaricia para ver si Rubén dice algo, pero se controla.

Pensábamos que Luke y Celia iban a conseguir sacar a Rubén de sus casillas, pero debe haber ido a clases de control de la ira, porque no salta.

Hemos terminado el picoteo y ahora estamos comiendo arroz a banda, que es la especialidad de mi padre. A pesar de ser uno de los platos más solicitados por los clientes, ni Carlos ni Alicia dicen nada agradable.

Solo Ana, que es una glotona, alaba lo rico que está y empieza a hablar mucho, del curso, de la clase de teatro. Cuando está nerviosa, no para de hablar.

Los adultos charlan de cómo se nos ocurrió montar el café de gatos, que si es un buen negocio, que si no es muy esclavo, que ellos prefieren su vida, teniendo los fines de semana libres...

Son insufribles, siempre haciendo de menos a todos, y encima, cada vez que Rubén se altera, Carlos sale en su ayuda y lo relaja.

De vez en cuando, se ve una pata marrón aparecer por la mesa, buscando algo, pero no consigue llegar a su objetivo.

En un momento en que Ana me pasa la botella de agua, me dice muy bajito:

—Esto no va bien. No lo vamos a conseguir.

Celia, que nos ha oído, mueve el móvil de Rubén para dejarlo cerca del borde de la mesa. Rubén sonríe y vuelve a meterlo hacia dentro.

Todavía estamos terminando el arroz y mi madre se levanta para ir por la tarta. Rubén es ahora el novio ideal, atendiendo a Celia y su madre, conversando con su padre, como si se conociesen de toda la vida e intentando acariciar a Luke, que le gruñe siempre que lo intenta.

Tengo que hacer algo para ayudar a Luke. Si fuese Leia sería más fácil, pero mi madre se enfadaría conmigo.

Miro hacia la puerta de la cafetería esperando que salga mi madre... ¡y aparece Amidala!, que se acerca a la mesa como si nada.

—¡Aquí está Leia! —dice Celia.

—No, no es Leia —interviene mi padre—, aunque se parece mucho.

—Sí, es otra —digo—, viene de vez en cuando.

—Será de alguien, ¿no? —me pregunta Celia.

—No sé, se junta mucho con Leia, pero yo creo que es callejera.

—Mi padre mueve la cabeza y sonrío. Debe pensar que es otra gata que vamos a adoptar... ¡No sabe él bien lo nuestra que es!

Mientras hablamos, Amidala se ha acercado y se ha metido debajo de la mesa con Luke, entre Rubén y Celia. Le da a Celia con la pata en la pierna para llamar su atención y ella le da un trozo de pan.

Rubén ya se empieza a hartar de gatos y la recrimina:

—Celia, no seas cría.

—Pero si...

Rubén tuerce la boca en señal de disgusto, pero no sigue. ¡Casi lo consigues!, le transmito a Amidala, que sigue intentando llamar la atención de Rubén.

—Esto ya es multitud —dice Rubén, subiendo el tono—, ¡no nos dejan comer en paz! Esto, cuando comamos con mi familia ni se te ocurra hacerlo, que es gente muy educada.

Noto que ese comentario al padre de Celia no le ha hecho demasiada gracia, como que los hace de menos.

Alicia, que se está dando cuenta de que Rubén se está enfadando, interviene:

—Celia, cariño. Deja a los gatos, que todavía estamos comiendo.

Rubén sonrío con ironía y acerca su móvil para ver un mensaje que le acaba de llegar. Lo deja al borde de la mesa y coge a Celia de la mano, muy cariñoso:

—Cielo, cuando quieras te puedo conseguir un gato, ya lo sabes.

Su madre va a decir algo, cuando se ve una pata naranja, blanca y negra que empuja el móvil de Rubén al suelo con un golpe seco, que no suena nada bien.

¡Ha sido Amidala! Y después de eso, se queda mirando a Rubén con cara de no haber roto nunca un plato.

Celia se echa a reír, pero a Rubén se le ve cómo se va encendiendo poco a poco. Si esto fuese una película de dibujos animados, le saldría humo por las orejas.

Se agacha a coger el móvil e intenta conectarlo.

—¡Mierda de gatos!, creo que me lo han roto.

Celia está acariciando a Amidala y Rubén la agarra de la muñeca y tira de la mano para que deje a la gata.

Celia grita, no sé si por el susto o porque le ha hecho daño. Todos nos callamos y nos quedamos mirándolos, hasta que Alicia interviene:

—¡Rubén!, le has hecho daño. No es para tanto, ella no tiene la culpa.

Rubén va a decir algo cuando habla Carlos.

—Alicia, no te enfades con el chico, es que se está poniendo nervioso. No me extraña, entre los gatos y vosotras, que no paráis de hacer el tonto...

—Sois los dos iguales —contesta Alicia, que ya no aguanta más—, unos egoístas y unos burros. ¡No le des la razón y defiende a tu hija!

Su hija la mira orgullosa y con cariño, pero la situación se está volviendo desagradable.

Alicia ya no está de parte de Rubén, ahora solo hace falta que se dé cuenta Carlos.

Celia está tan avergonzada por la situación, que se levanta para irse. Entonces Rubén la agarra del brazo y, con muy malos modos, vuelve a sentarla, a la vez que le dice:

—¿Dónde vas, Celia?, lo lías todo y ahora te quieres ir.

Celia agacha la cabeza y veo que tiene los ojos rojos. Pobre, ¡qué situación!

Su padre la mira y se levanta pasando por detrás de su mujer. Se acerca a Rubén y lo agarra de un brazo, obligándolo a levantarse.

Lo empuja contra el árbol y cogiéndolo de los hombros le dice:

—¡No se te ocurra volver a tocar a mi hija!

Carlos zarandea a Rubén, que solo contesta:

—Perdón, perdón, perdón.

Mi padre se levanta y los separa.

—Carlos, que es solo un crío.

Rubén aprovecha este momento y se va corriendo. Mi madre, que sale de la cafetería, va a abrirle la puerta y le da una palmadita en la espalda, según sale.

¡Qué rápida ha sido mi madre! No me había dado cuenta de que Amidala ya no estaba.

Todos nos hemos quedado mirando a Rubén huir. La madre de Celia se levanta, la acaricia y dice:

—Cielo, ese chico no era bueno para ti. Tienes que dejarlo.

Carlos, que todavía está congestionado, se sienta y se dirige a Celia con malos modos.

—¡No deberías haberlo dejado tratarte así!, tú vales más que él.

Entonces Alicia interviene y le dice a su marido:

—Pues mira, igual tienes razón. Nadie debería dejarse tratar así. ¡Aplicáte el cuento!

Y después de decir esto, se despide de todos, coge a Celia y se van.

Mientras Ana sigue rebañando el plato de la tarta, los demás nos quedamos mirando sin saber qué decir.

Mi madre reacciona y se levanta a acompañarlas. Alicia aprovecha para acercarse a ella.

—Carmen, no hace falta que digas nada, por mí está todo olvidado.

Mi madre vuelve a la mesa con cara de no entender nada.

Carlos se queda mirando, sus brazos caen a los lados y veo cómo cierra los puños. Se vuelve a nosotros y nos dice:

—El arroz estaba bastante soso... ¡Que lo sepáis!, no pienso volver.

Se va muy indignado hacia la puerta y sale tras su mujer y su hija.

14. OTRO ÉXITO DE EL CAFÉ DE LOS GATOS

Esta noche he dormido bien y, antes de que se levanten los demás, voy a salir a pasear por los tejados y a respirar la tranquilidad del domingo por la mañana.

Creo que lo de ayer salió bien, aunque fue muy tenso. No sé cómo nos dejamos convencer por Julia para que hiciésemos la comida, pero fue buena idea. No solo conseguimos que Rubén se largase, sino que creo que conseguimos que Alicia también se diese cuenta de su propia situación con Carlos.

Ahora que me convierto en Amidala tan a menudo, me siento culpable por Pablo. No hago más que mentirle y el pobre no sospecha nada. Pero, ¿cómo va a pensar que su mujer y su hija son gatas? No me gusta engañarlo...

Oigo chistar y veo a Julia llamándome desde la ventana. Entro en la cafetería y vuelvo a ser Carmen.

Ayer por la noche, Julia no cenó con nosotros, porque había quedado con Iván, así que no he sabido más de Celia desde la comida. Cuando nos sentamos, pregunto:

—¿Has hablado con Celia? ¿Supo algo de Rubén después?

—Pues, el muy... —me contesta—, le escribió un mensaje desde un número desconocido para decirle que le han roto el móvil, que su padre es un bestia y que no quiere saber nada de ella.

—Es lo menos que se espera de alguien como él —dice Pablo, que acaba de entrar.

—Sí, papá, pero —insiste Julia—, después de todo, dejarla así...

—Estos tipos de personas suelen ser unos cobardes —contesta Pablo—, cuando alguien les planta cara, huyen.

O sea, que le rompí el móvil. Pues, según nos contó Julia, era ahí donde estaba el famoso vídeo. Otra preocupación menos.

Esta tarde han quedado aquí los chicos en la cafetería. A ver qué cuenta Celia.

Después de las comidas, tenemos siempre un rato de tranquilidad para descansar. Pablo está leyendo y aprovecho para ir a buscar a mi nueva compañera de aventuras. ¡Si me viese mi madre! Pobre, con la de veces que insistió en que saliésemos juntas.

Leia ya está en la plaza correteando cuando salgo. Nos acercamos a la tienda de Encarni para ver a Jesús. Nos colamos y oímos unas risas dentro. Nos asomamos a través de las cortinas de tiras de plástico y vemos a Encarni haciendo cosquillas a Jesús, que no para de reír.

Le indico a Julia que nos vayamos despacio. Con Encarni hemos hablado como humanas y así

es como le vamos a enseñar a comunicarse con su hijo. La primera sesión será mañana por la tarde.

Caminamos de vuelta, pero la cortina hace ruido y se oye a Jesús:

—Gatita, gatita, gatita...

Echamos a correr y oímos a Encarni que dice:

—No os preocupéis, ya no os voy a cazar. Os espero mañana.

¿Sabe quiénes somos? ¿Y hay más gente que lo sepa?

Julia está pensando lo mismo que yo, sobre lo que habló con don Jaime. Parece que nuestro secreto no es tan secreto como creíamos.

Cuando volvemos a ser humanas, Julia me interroga:

—¿Crees que este poder lo tiene más gente? ¿Solo nos pasa a las mujeres? ¿Cómo lo saben don Jaime y Encarni? ¿Lo sabrá alguien más?

No puedo contestarle a ninguna de esas preguntas, pero le prometo que seguiremos investigando. Lo primero será hablar con don Jaime, que para eso era el dueño del edificio. Y también están esos cuadernos que tenía mi madre, una especie de diarios. Deben de estar en alguna caja del sótano. Tengo que buscarlos...

Llegamos a la terraza hablando de todas estas cosas y vemos que Iván ya ha llegado. Hace unas señas a Julia que le contesta también así. Qué listos, voy a tener que aprender yo también este lenguaje.

Me gusta mucho este chico para Julia, aunque todavía son unos críos y no deberían pensar en ennoviarse, pero se llevan fenomenal y les gustan las mismas cosas.

Viene hacia nosotras con esa sonrisa tonta, que solo saben poner los adolescentes, y nos saluda.

—¡Hola, chicas!, qué bien lo de ayer. Amidala estuvo genial —dice guiñándome un ojo.

Tengo que hablar con Julia, este chico sabe demasiado.

Se sientan ellos dos en la mesa muy juntos y Pablo se acerca a llevarles un refresco.

—¡Hola, parejita! —dice sarcástico.

Los dos se ponen colorados como un tomate, pero sonrín. Me parece que esto no hay quien lo pare.

Llega Celia con Fer y Ana. Se sientan con Iván y Julia.

Pablo me dice que los dejemos que hablen de sus cosas. Nos vamos los dos dentro, pero, con la excusa de ir al dormitorio a colocar ropa, me vuelvo a poner en mis cuatro patas para ir a espiarlos.

Me escondo detrás del árbol para que no me vean ni Julia ni Iván y no se corten.

—Cuenta, Celia —dice Ana—, ¿qué tal con Rubén?

—Pues, después de mandarme el mensaje, intenté hablar con él y dice que no quiere saber nada de mí, que soy una cría.

—Pues mejor —dice Fer—, espero que de verdad se olvide de ti.

—Yo creo que sí —dice Celia—, no dejo de pensar en lo tonta que fui al pillarme por él.

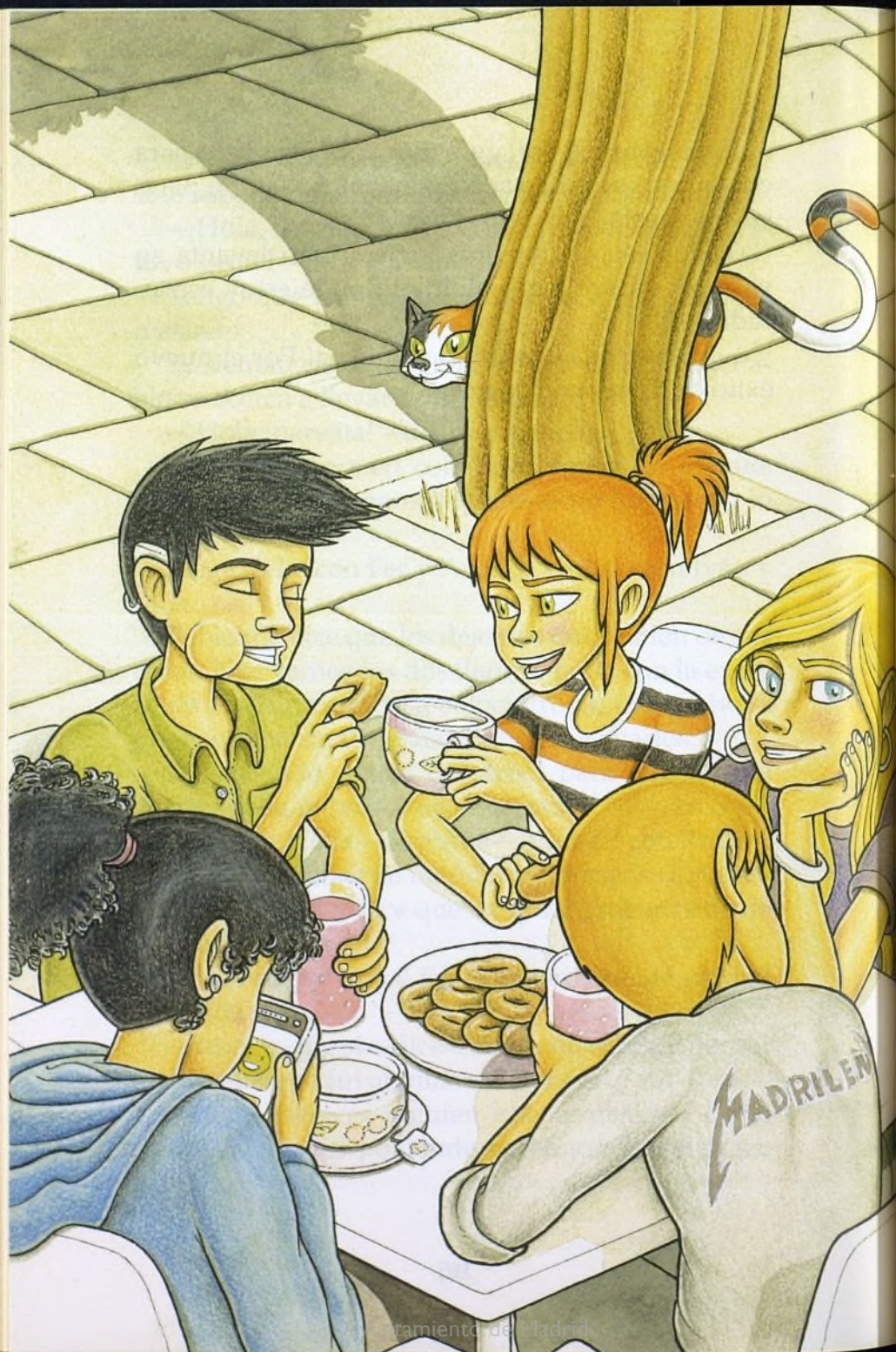
—Tú te mereces alguien que te deje ser como quieras —dice Fer poniendo su mano sobre el brazo de Celia.


Celia sonríe a Fer, que mira para otro lado para ocultar que se le han subido los colores. ¿Otra pareja? Pues, está bien para ella este Fer.

Todos están contentos y ríen. Iván levanta su vaso, se vuelve hacia el árbol donde estoy escondida y dice:

—¡Bienvenida al equipo, Amidala! Por el nuevo éxito de *El café de los gatos*.

FIN





ALGUNAS CURIOSIDADES SOBRE EL CAFÉ DE LOS GATOS

Este libro es el segundo de la saga *El café de los gatos*. Como habéis visto, presento a los personajes con un año más y con otros conflictos a resolver.

Esta saga la sitúo en el Madrid de los Austrias, porque en este sitio tan castizo pasé mi niñez y mi juventud. Mi madre siguió viviendo en el piso familiar hasta su fallecimiento en 2018.

Tengo mucho cariño a ese barrio y en él he pasado algunos de los mejores momentos de mi vida. En la Plaza de La Paja, donde sitúo la cafetería, estaba el colegio al que fuimos mis hermanos y yo, y en ella hemos jugado todos. Las Vistillas, donde quedan Julia y sus amigos, es donde nos encontrábamos con los colegas, sin necesidad de tener que avisarnos por whatsapp, simplemente íbamos y la gente iba apareciendo.

Cuando yo era niña, había muchos gatos que andaban libremente por el barrio, pero ahora han desaparecido. Aunque ya no estén, yo sigo recordando sus plazas llenas de mis queridos felinos.

Soy amante de los gatos y he tenido muchos en mi vida. Leia, la gata en la que se convierte, la

protagonista, fue mi primera mascota y desde que empecé a escribir, quise dedicarle un libro. Era una gata tricolor muy cariñosa y especial y por eso he querido que fuese ella en la que se convierte la protagonista. Luke también es real y es ahora un siamés adulto que ya no hace las travesuras que cuento en la novela, pero las hizo en su día ¡y hasta pasó una noche al raso!

Y también existen Blanqui, Centella y Pokémon. Y, por cierto, la historia del gato en una caja de cartón fue así. La diferencia es que la que llevaba al gato en la caja era mi hermana Paloma y era a mí a quien le enseñó la caja.

Todo lo que cuento en el libro del edificio donde vive Julia son historias del bloque de pisos en el que yo vivía. Algunos de los edificios de la calle están contruidos sobre la muralla árabe de Madrid, de la que se conservan restos que se pueden visitar. Y la leyenda de porqué a los madrileños se les llama gatos existe de verdad y quiero pensar que es cierta.

He incluido personajes que conocí. La señora de la bata rosa es mi madre que vivió durante sesenta años en ese barrio y fue una activista contra los ruidos y la suciedad. Con ochenta años, nos pidió un saco de dormir para ir a manifestarse enfrente del Ayuntamiento... En el primer libro, aparecía con más protagonismo y he querido que volviera a salir en este.

Otro personaje del libro, Don Jaime, también existió de verdad. Falleció en 2011 y fue un editor

famoso, hijo de un poeta de la generación del 27. Era el dueño de todo el bloque de pisos y con el tiempo, nos los vendió a los vecinos. Y, es cierto que construyó un ático en el edificio, en el que vivió hasta su muerte.

Como curiosidad, he de decir que lo incorporé en la historia porque en una presentación sorteé como regalo poder elegir un personaje para uno de mis libros. Mi hermano Luis ganó este premio y su personaje elegido fue Don Jaime. Incluyéndole, he querido rendirle homenaje porque fue una persona muy querida y respetada por la vecindad.

También quiero comentar que en todo lo relativo a violencia de género entre adolescentes he sido aconsejada por un psicólogo, hijo de unos amigos.

En cuanto al comportamiento del niño autista, también ha sido validado por otra psicóloga, amiga de mi hermano Paco.

Y, por último, quiero hablar del ilustrador, Iván Lapausa, que perteneció al mismo club de piragüismo que mi hermana Paloma y que dio color a mi primer libro y a este con unas ilustraciones tan reales que nos permite reconocer a los personajes y al barrio.

Como veis, tengo mucho que agradecer a todos mis hermanos su implicación en el libro, ayudándome siempre que se lo pido. Mi hermana María Jesús es la fotógrafa de mis presentaciones.

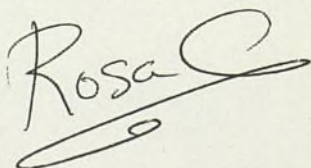
También tengo que dar las gracias a los que leísteis el primer libro de la saga pidiéndome que siguiera, a los que apoyasteis el proyecto de este

segundo libro y a todos los que lo habéis leído porque lo habéis comprado, os lo han prestado o lo habéis conseguido en una biblioteca pública.

Espero que os haya gustado leerlo tanto como a mí escribirlo. Podéis visitar mi página web: *rosacabezaolias.com* donde recomiendo sitios donde ir, libros y películas a gente que le gustan los animales. Además, de vez en cuando, incluyo algún relato mío. Si queréis contarme algo o tenéis cualquier duda, podéis contactar conmigo en *rosacabezaolias.web@gmail.com*.

Y antes de que preguntéis: sí, habrá tercer libro de *El café de los gatos*.

Un abrazo.

A handwritten signature in black ink. The word "Rosa" is written in a cursive, slightly stylized font. To the right of "Rosa" is a large, sweeping flourish that starts with a small circle and ends with a long, horizontal stroke that curves upwards at the end.

En *Todos tenemos una historia* encontrarás aventuras y misterio con un toque de fantasía.

Los personajes que presento son chicos de hoy en día, con los mismos sueños y miedos que tú. Quiero que empatices con los protagonistas y los que no lo son tanto, y de paso aprenderás más sobre Madrid, su historia y el secreto de la protagonista.

Este libro es perfecto para adolescentes, jóvenes e incluso para los adultos a los que les gusta la fantasía y la literatura de misterio.

El tema principal es la violencia de género entre adolescentes, y muestro cómo se va manifestando sin que sus víctimas se den cuenta.

Además, presento diferentes subtramas que resaltan la diversidad y la tolerancia con las personas, poniendo de relieve que antes de juzgar a nadie hay que conocer su historia.



AYUNTAMIENTO DE MADRID



1401858327

Julia, la protagonista de esta historia, puede convertirse en gata y, con este poder, resuelve misterios con su mejor amigo, Iván, que por ser disminuido auditivo tiene habilidades especiales.

En esta ocasión, se les acumularán las aventuras: se enfrentarán a una misteriosa cazagatas que ronda por el barrio, su amiga Celia (bueno, amiga amiga, no; compañera) empezará una relación tóxica con un chico mayor, los vigilará una gata tricolor que no conocían de nada... y por si esto fuera poco, Julia descubrirá nuevas pistas que explicarán el origen de su extraño poder. ¿Te lo vas a perder?

